
EL MILAGRO DEL SINCLAIR
JEANNE PARKER

El Milagro del Sinclair

Jeanne Parker

Derechos de autor © 2025 Jeanne Parker

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Epílogo
Agradecimientos.

Prólogo

Anthony Sinclair

Siempre supe que moriría joven…

Que mi tiempo era limitado en este mundo, y aunque intenté prepararme para ello, ahora que ha llegado el momento, el pensamiento de dejar a mi familia atrás duele mucho más que la bomba de relojería con la que he vivido desde que nací.

Todo era perfecto, me he sentido bien todo el día y he podido jugar con mi sobrina. Sus risas, su olor, su carita de felicidad me dan tanta paz que siempre que la veo intento acapararla. Sin embargo, el tan conocido dolor ha llegado de golpe y más letal que nunca, Ethan ha evitado que caiga de bruces, después como siempre ha llegado mi otra mitad y tomado el control de la situación. ¿Por qué hoy? Todos estábamos reunidos al fin, después de lo que ha costado que Scott y Alex dejaran de hacer el imbécil, mis padres estaban felices al ver a sus hijos junto a las personas amadas, y como siempre, soy yo quien tiene que fastidiarlo todo.

Me destroza la desesperación de Alexander, quien me tiene entre sus brazos, solloza suplicándome que no me vaya, mientras Scott conduce como un loco por las calles de Boston. Puedo imaginarme cómo está mi madre, lo que es peor, cómo vivirá después de mi muerte. Fui testigo de cómo el secuestro de Ethan casi acaba con ella, solo por eso intento mantenerme despierto a pesar de que todo mi cuerpo tira de mí para que me abandone a la inconsciencia, a ese limbo donde todo parece detenerse.

Lo hago por ellos, sin embargo, cuando los médicos corren arrastrando mi camilla y debo dejar atrás a las personas que amo, cuando esa puerta se cierra, pierdo la batalla, lo último que siento es cómo una lágrima desciende por mi mejilla.

«Lo siento mucho…».

◆◆◆

Sé que no estoy muerto porque puedo escuchar las voces a mi alrededor, no puedo abrir los ojos. ¿Por qué?

—¿Cómo es posible? —pregunta alguien, me cuesta reconocer la voz porque lo escucho todo como si estuviera en una burbuja—. ¿No me está mintiendo, doctor?

—Jamás bromearía con algo así, señor Sinclair —replica la otra voz—. Tenemos un donante, se encuentra en muerte cerebral, llevaba algunos meses en coma. La familia ha accedido a donar sus órganos, operaremos a Anthony hoy mismo.

«¿Van a operarme?», pienso incrédulo…

Toda mi vida he esperado por este milagro. Cuando era un niño, no se atrevían a semejante operación, por eso no me daban muchos años de vida. Rompí sus esquemas al llegar a la vida adulta, después solo era cuestión de tiempo que mi corazón no soportará más y se detuviera. Durante años, mi familia tuvo la esperanza de encontrar algún donante, por mi parte, durante el camino, la perdí al ver cómo los meses pasaban y yo no podía hacer lo que todos los jóvenes de mi edad hacían.

Soy consciente de que cada vez que bromeaba con mi muerte era un golpe para mi familia, una herida que nunca acababa de cerrar porque no lo permitía. Era la única manera de dejar el miedo atrás, y además de prepararlo para cuando ya no estuviera, al menos, quería que ellos me recordaran como alguien que no tenía miedo a morir, aunque en el fondo estaba aterrado. Sí, he tenido miedo cada día que abría los ojos preguntándome si iba a ser el último. Estudié una carrera, entré a trabajar en la empresa familiar, aparentemente todo era normal, pero los que me conocían sabían tan bien como yo que tenía las horas contadas. Tener un donante ahora me da una última oportunidad de vivir lo que hasta ahora no

he podido. Sin embargo, el miedo me invade; si no sale bien, no volveré a abrir los ojos. No podré despedirme de mis hermanos, de mis padres, de Emma y Giselle, Scott y de los mellizos que no veré nacer.

«Estoy acojonado, por favor, si hay un Dios ahí arriba, dame una segunda oportunidad»

Capítulo 1

Maya Rodríguez

Muerte cerebral…

Esas palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez. Sabía que podía suceder, ya que mi hermano llevaba meses en coma sin respuesta a ninguno de los estímulos. Soy enfermera, he visto muchas cosas, muchos pacientes, y sé reconocer cuándo una persona está al borde de la muerte.

Jason ya no está aquí, aunque mis padres se aferren a que sigue respirando, les he explicado que lo hace porque los doctores lo mantienen conectado al soporte vital, no es fácil verlos tan destrozados cuando yo misma siento que me rompo en pedazos, y una vez más tengo que ser el pilar de la familia.

—Debéis firmar —susurro, sabiendo que es crucial conseguir convencerles de ellos lo más rápido posible—. Estoy segura de que es lo que él hubiera querido —miento, porque a pesar de amar a mi hermano con todo mi corazón, soy consciente de todos sus defectos y era egoísta, cabeza loca y es lo que ha terminado con su vida. Agradezco cada día saber que el otro conductor está bien y que la imprudencia de Jason solo se ha cobrado su vida.

—Es mi niño —solloza mi madre—. ¿Cómo voy a permitir que lo maten?

—Madre —suspiro—. No van a matarlo, él ya está muerto. No hay actividad cerebral.

—¿Cómo puedes estar ahí parada tan tranquila? —acusa mi padre—. Ni una maldita lágrima diciendo que tu hermano mayor está muerto aunque nosotros vemos como todavía late su corazón. ¿Qué clase de monstruo eres? —Duele, mucho más que si me hubiera dado una bofetada.

—He tenido tiempo de asumir que no iba a despertar —exclamo ofendida, dolida—. He cuidado de él cada día, los médicos han estado muy pendiente de su evolución y han hecho todo lo que han podido, aun así, no han conseguido salvarlo. Si ahora mismo desconectara esa maldita máquina, veríais como no es capaz de respirar —alzo la voz perdiendo la paciencia, dolida porque no son capaces de ver que me estoy desmoronando.

Los observo durante lo que parece una eternidad, hasta que mi madre acepta firmar los documentos, corro para informar al doctor, sabiendo que es una carrera a contrarreloj, cada minuto cuenta para salvar los órganos y poder ayudar a pacientes que los necesiten.

Me había prometido no llorar, sin embargo, cuando todo acaba y se llevan a mi hermano, me rompo sin importar quién pueda verme, estoy harta de ser fuerte y de aguantar los golpes de la vida sin caerme de rodillas cuando algo me duele tanto como lo que acaba de suceder. La camilla se aleja para entrar a quirófano, donde se le extraerán todos aquellos órganos que estén en buen estado para salvar vidas de otras personas.

No me muevo del pasillo, veo cómo cada poco salen con neveras portátiles, corriendo para poder conseguir un trasplante con éxito, y con cada una de las veces siento cómo una parte de mí muere. Cuando todo termina, el cirujano se detiene a mi lado al verme, posa una de sus manos sobre mi hombro dándome un consuelo que no alivia el tormento que siento.

—Lo siento mucho, Maya —se lamenta—. Sabes que hicimos todo lo que pudimos…

—Lo sé —interrumpo mirándolo, intentando sonreír sin conseguirlo—. También sé que hemos hecho lo correcto.

—No lo dudes —asiente—. Jason ha salvado muchas vidas. Debéis estar muy orgullosos de él.

Me apena pensar que jamás lo estuve cuando vivía. No era un hombre del que estarlo, su existencia consistía en los excesos, meterse en problemas que yo tenía que solucionar, esta vez no he podido salvarlo.

—No debería decirte eso, pero sé que de cierta manera tú y Anthony Sinclair… —Le miro expectante—. Ingresó ayer en estado crítico, de hecho, no creíamos que pudiera sobrevivir esta vez, gracias a tu hermano, tendrá una oportunidad.

La noticia me golpea con fuerza. Conocí a Anthony en cuanto entre a trabajar en este hospital, ¿quién no lo conocía en la planta de cardiología? Su sentido del humor, su picardía y su modo de afrontar su enfermedad se había ganado a todas las enfermeras, por mi parte, a primera vista me cayó muy mal. Lo que pensé de él cuando entré en la habitación donde se recuperaba de una crisis fue que era un niño de papá, tan estúpido como para tomarse a broma el hecho de que su corazón podría detenerse en cualquier momento.

—¿Crees que saldrá bien? —pregunto, mirando a la nada.

—Hay un alto grado de posibilidades —afirma—. Somos optimistas. De todas formas, es la última carta que podemos jugar por él.

El cirujano se marcha al ver cómo mis padres llegan, su deber es hablar con ellos, explicarles cómo ha ido la extracción y el procedimiento para recuperar el cuerpo y poder enterrarlo. No me acerco porque no quiero escucharlos hablar sobre el tema, que sean ellos quienes tomen las riendas por una vez, estoy harta de que me carguen con todo sin recibir un mínimo de agradecimiento.

Debería irme, salir de este hospital que ha sido como mi hogar durante tres años, sin embargo, no tengo fuerzas ni siquiera para dar dos pasos. Me siento en una de las duras y frías sillas de la sala de espera, a mi alrededor los familiares de los pacientes que están siendo operados esperan con sus rostros mudados por la preocupación.

Sumida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que alguien se sienta a mi lado hasta que me habla, al mirar hacia mi derecha, descubro que no estoy sola, el corazón me da un vuelco, aunque pronto se repone al darse cuenta de que no es la persona que creía.

—Me alegra encontrarte aquí —dice en voz baja, parece nervioso, asustado y triste—. Quería agradecerte lo que has hecho.

—No hay nada que agradecer, señor Sinclair —respondo, el mellizo de Anthony es un hombre apuesto, con un aura de frialdad que siempre me ha impresionado—. Jason estaba muerto, donar sus órganos ha sido la mejor decisión, aunque no la más fácil.

—Gracias a él, Anthony tiene una oportunidad —intenta sonreír, aunque en sus ojos se percibe el miedo a que la operación no salga bien—. Nunca podremos agradecerte lo suficiente, Maya.

Me sorprende que sepa quién soy, solo asiento porque no sé qué decir. Soy muy consciente que este hombre y yo, al igual que su hermano, somos de mundos opuestos y no me gusta mezclarlos, es un error que no pienso cometer.

—Debe tener fe —le digo mientras me levanto dispuesta a marcharme—. Su hermano es fuerte, lo ha demostrado durante muchos años, esta vez no será diferente.

—¿Cuidarás de él? —su pregunta me detiene—. Sé que es muy egoísta por mi parte pedirte algo así en este momento en el que debes estar sufriendo por la muerte de tu hermano, pero…

—Es mi trabajo —respondo sin darme la vuelta para mirarlo—. Espero que todo salga bien.

Me alejo con rapidez para que no vuelva a detenerme, para que no me obligue a prometerle algo que no sé si podre cumplir. Salgo del hospital y respiro profundo intentando calmarme, observo a mi alrededor, todo el mundo continúa con su vida, el tiempo no se ha detenido aunque la mía haya cambiado para siempre.

◆◆◆

Mis padres han decidido incinerar a Jason. Los observo mientras reciben la urna de color negro que han elegido para que su hijo mayor descanse eternamente. Trago saliva con fuerza para intentar que el nudo que atenaza mi garganta desaparezca, no puedo creer que mi hermano se encuentre dentro de ese recipiente, pensé que sería más fácil porque había tenido tiempo para asimilar que no iba a despertar, pero no lo es. Todavía no soy capaz de asimilar que sus restos se han reducido a cenizas.

Detengo un taxi y los tres regresamos solos a casa. Al entrar, todo parece igual y a la vez distinto, porque sé que Jason no va a aparecer de la nada en calzoncillos y con un cigarro en la boca, despeinado y con una resaca de campeonato mientras se rasca el estómago.

Mi madre se marcha a su habitación sin dejar de sollozar, mi padre deja la urna de Jason sobre el mueble del salón, se gira muy lentamente hacia mí, no veo ninguna emoción en su mirada, retrocedo por instinto cuando da varios pasos en mi dirección.

—¿Estarás contenta? —pregunta—. Tu hermano ya no existe…

—¿De verdad crees que lo estoy, padre? —pregunto dolida—. Puede que Jason y yo tuviéramos nuestras diferencias, sin embargo, le quería, era mi hermano, maldita sea —grito furiosa—. Entiendo que tengáis que culpar a alguien, pero no fui yo quien lo mato.

—Mientras el corazón resista, siempre hay esperanzas —masculla —. Tú y esos malditos matasanos nos convencisteis no solo para que lo desconectáramos, sino que permitimos que lo abrieran en canal para… —guarda silencio, como si el dolor fuera demasiado fuerte como para continuar—. Es algo con lo que tendrás que vivir, Maya —sentencia.

—¿Te refieres a que tendré que vivir con vuestros constantes reproches? —pregunto de vuelta—. No hice nada que no hubiera hecho con otro paciente. Jason estaba muerto queráis reconocerlo o no.

—Fuera de mi casa —brama sorprendiéndome—. Hoy he incinerado a mi hijo mayor, bien puedo enterrar a mi hija pequeña.

—Papá —balbuceo conmocionada—. No puedes hablar en serio, ¡no he hecho nada! —recrimino, intentando contener el llanto, sé que no se va a ablandar por ello.

—Cada vez que te miro, lo recuerdo todo —musita—. Los días eternos, las noches en vela esperando el milagro de verlo despertar. Lo abandonasteis —recrimina.

—No es cierto —me defiendo—. No entiendes nada de medicina, los médicos cada día hacían lo imposible por hacerle reaccionar, pero sus lesiones eran demasiado grandes. Incluso si hubiera despertado, ni siquiera hubiera sido el Jason que conocíamos.

—Tonterías —sisea—. Recoge tus cosas y márchate, Maya.

—No puedes hacer esto —susurro—. Por favor…

Mis ruegos no sirven para nada, veo la resolución en su mirada, así que voy a mi habitación, recojo mi ropa y todo lo que voy a necesitar, una maleta y una mochila es todo lo que me llevo. Al salir de nuevo al salón, mi madre está sentada en el sofá mirando al vacío, la miro esperando que ella detenga esta locura… No lo hace.

Capítulo 2

Anthony

Escucho pitidos rítmicos a mi alrededor, el pecho me duele como si me lo hubieran abierto en canal, me encuentro cansado y adormilado, aun así, lucho por abrir mis ojos.

—¿Puedes oírme, Anthony? —Esa voz me resulta familiar—. Ya es hora que dejes de holgazanear.

Esa firmeza y dulzura a la vez… ¿Maya? Consigo abrir mis párpados y la veo frente a mí, más delgada, con ojeras bajo sus hermosos ojos verdes y pálida, algo raro en ella.

—¿Qué te ha pasado? —balbuceo, me siento la lengua como de trapo—. Agua —pido para aliviar la maldita sensación.

—¿Qué me ha pasado a mí? —intenta bromear mientras me ayuda a beber—. Es a ti a quien han trasplantado un corazón, Sinclair.

—¿Qué has dicho? —pregunto, negándome a creer que lo que me ha parecido escuchar es real.

—Voy a avisar a tu familia de que has despertado. —No me ha respondido, la detengo con las pocas fuerzas que tengo, mi mano apresa la suya, sus ojos descienden hacia ese punto—. Suéltame, Anthony, no pasa nada.

—Has dicho que me han trasplantado un corazón —susurro, asiente—. ¿Quién es el donante?

—Eso no importa —replica, llamando mi atención—. Lo único que tienes que hacer es recuperarte y vivir por ti y por esa persona que no lo logró.

Sale de la habitación dejándome un sabor agridulce. Me siento feliz y aliviado por esta segunda oportunidad, a la vez que no puedo evitar pensar que, para que yo viva, alguien ha tenido que morir.

Mi familia entra en tromba, riendo, llorando y exclamando lo aliviados que están al ver que todo ha salido bien. Mi madre no deja de abrazarme, mientras que mi padre debe conformarse con cogerme la mano que me queda libre, mis hermanos me contemplan desde los pies de la cama, Ethan abrazando a Emma y Alex sostenido por Scott.

—Me alegro de veros así —vocalizo a mi mellizo, este solo asiente, veo el brillo del llanto contenido en sus ojos, por eso le pido a mi madre que me suelte—. Ven aquí, Alex —le ordeno.

Me sorprende lo rápido que me obedece, lo abrazo y me mata sentirlo temblar, todos deben haberlo pasado fatal, pero sé que Alex, aunque pueda parecer un bloque de hielo, es el que más sufre, todo lo guarda dentro, carga con todo el peso, por lo que, cuando estalla, es como un cataclismo.

—No vuelvas a hacerme algo así —balbucea contra mi hombro—. Me has dado un susto de muerte.

—No era mi intención, créeme —bromeo—. Estoy bien, Alex.

Se separa y me mira fijamente. Al final, asiente y se aparta para dejar paso a Emma y su prominente barriga. La toco y mis sobrinos me saludan con fuertes patadas que me dejan impresionado.

—Están contentos —ríe mi cuñada—. Saben que su tío va a recuperarse. Me alegro de que estés de vuelta, Anthony. —El cariño impregnado en su voz es genuino.

—No podía perderme el nacimiento de estos dos —replico, haciendo reír a mi familia—. ¿Cómo estás, Emm?

—Mejor que tú, y eso que tengo dos bestias aquí dentro —bromea—. Todo va bien, puedo hacer vida normal…

—Con moderación —interrumpe Ethan, que se acerca—. Hermano, no vuelvas a hacer algo así —amonesta—. Creo que he perdido diez años de vida y me han salido algunas canas.

Emma lo golpea con el codo, yo solo me río porque sé que es su manera de decirme que lo he asustado como la mierda.

La llegada del doctor nos interrumpe, es el encargado de revisar que todo esté yendo bien, la sonrisa en sus labios me deja saber que está satisfecho de cómo evoluciono, además de sus palabras que me dejan claro que son muy optimistas en cuanto a mi recuperación.

—Una vez más, me sorprendes, Anthony —dice, anotando algo en mi historial—. No parece que hayas sido operado a corazón abierto hace una semana.

—¿Tanto? —exclamo—. ¿Cuánto llevo aquí?

—Diez días —responde Alex—. ¿No recuerdas nada?

—No —niego—. Solo estar en la barbacoa y caer al suelo, luego todo es confuso.

—Es normal —intercede el doctor—. Debes saber que vas a estar una temporada con nosotros. —Frunzo el ceño, eso no es lo que quería escuchar—. La operación ha ido fenomenal, parece que no hay rechazo y que te estás recuperando bien, pero no pienso correr riesgos.

—Haremos todo lo que usted diga, doctor —dice mi madre—. ¿Cree que puede haber rechazo? —El miedo en su voz no me pasa desapercibido.

—Sí. —Cierro los ojos—. Por eso quiero que permanezca en el hospital al menos un mes. —Los abro horrorizado ante la idea—. No me mires así —amonesta—. Esto no es un juego, Anthony. Estamos hablando de tu vida; antes de enviarte a casa, necesito asegurarme de que todo está bien.

Cuando se marcha, mis padres van tras él, imagino que lo asediarán a preguntas para calmar sus temores, por mi parte intento no pensar en mi larga estancia aquí en el hospital para no volverme loco. Intento verle el lado bueno, lo hago por una buena razón, y es que por fin he conseguido un nuevo corazón que me da la oportunidad de vivir todo aquello que hasta ahora me era prohibido.

—¿Sabéis quien ha sido el donante? —pregunto a mis hermanos —. Quiero agradecer a la familia.

—Sabes que eso es confidencial, hermano —dice Ethan, no me pasa desapercibido que mi mellizo aparta la mirada tras compartir una muy significativa con Scott.

—Vosotros lo sabéis —no es una pregunta—. Decídmelo —exijo.

—Siento interrumpir. —La llegada de Maya impide que puedan responderme y eso me frustra—. Tengo que hacerle la cura y debería descansar.

—No me siento cansado —mascullo, enfurruñado, al ver cómo mi familia obedece a la pequeña enfermera—. No os vayáis —exclamo.

—Volveremos esta tarde —dice Alex —. Ahora haz caso a Maya en todo, no hagas que me enfade —advierte, cerrando la puerta y dejándome solo con la chica que siempre ha hecho que mi maltrecho corazón lata más rápido de lo normal.

—Quédate quieto —me pide mientras comienza a desabrochar la camisa del hospital—. La herida está curando muy bien —dice mientras la observa, mi mirada se dirige hacia allí y me quedo impresionado—. Te acostumbrarás.

—Vaya estropicio —espeto—. Y duele un huevo.

—Es normal —asiente escueta—. Deja de fruncir el ceño, solo es una cicatriz, una que demuestra que eres un superviviente.

—¿Cómo está tu hermano? —pregunto, gimo cuando me hace daño, me doy cuenta de que ha palidecido—. ¿Maya…?

—Lo siento —se disculpa—. Iré con más cuidado.

Termina la cura y yo no dejo de darle vueltas a su reacción y a su falta de respuesta, un mal presentimiento comienza a formarse en mi cabeza.

—No me has respondido —insisto mientras ella recoge todo.

—Murió. —Suelto un taco, me odio por ser un bocazas—. No te disculpes, no tenías forma de saberlo.

Se dirige a la puerta, sin embargo, no pienso dejarla marchar hasta no conseguir las respuestas que necesito, ahora más que nunca es vital que lo sepa o no seré capaz de vivir en paz conmigo mismo.

—¿Tu hermano ha sido mi donante? —Detiene sus pasos, su espalda se tensa—. Maya, por favor, dímelo.

—¿Cambiaría eso algo, Anthony? —pregunta, mirándome sobre su hombro—. Concéntrate en vivir.

—Claro que lo haría —exclamo, hago una mueca porque al moverme con brusquedad me he hecho daño, ella parece darse

cuenta y frunce el ceño—. No sería un donante anónimo, tú y yo…

—Tú y yo nada —interrumpe con firmeza—. Solo nos conocemos porque he sido tu enfermera en muchas de las ocasiones que has visitado la planta de cardiología.

—¿Solo somos conocidos? —cuestiono dolido—. Maya, no entiendo porque no te caigo bien, suelo gustar a las personas, ¿sabes?

—Me alegro —espeta—. Tengo trabajo, si necesitas algo, pulsa el botón.

Se marcha sin haberme contestado; sin embargo, cada vez estoy más seguro de que el corazón que ahora late con fuerza dentro de mi pecho es el del hermano de Maya. ¿Cómo ha podido pasar esto? Sabía que había entrado en coma, en algún momento algo debió torcerse para Jason. Odio saber que ella debe estar sufriendo y, aun así, no lo demuestra, no deja que nadie se acerque, al menos, a mí no me lo ha permitido jamás. Desde el primer momento que nos vimos, llamó mi atención, esos ojos verdes con su cabello largo y rizado que siempre lleva recogido en un moño o coleta, esa piel aceitunada que invita a ser acariciada. No puedo evitar comparar el aspecto que tiene ahora, puede que consiga engañar a los demás, pero no a mí, llevo tres años observándola en silencio, aunque suene psicópata, por lo que soy capaz de ver el dolor y la tristeza que intenta ocultar.

Me considero un hombre paciente, he aprendido a serlo, ya que durante toda mi vida tuve que ver sentado a los demás. Contemplaba como Alexander jugaba al fútbol, se convertía en capitán en la Universidad, veía como entraba y salía de casa, algún fin de semana con amigos, una escapada para esquiar… Poca cosa, debo reconocer, porque siempre ha sido un ermitaño. Así que esperaba paciente a que me llegará el turno a mí, vivir o morir, siempre esperando.

Me duermo pensando en que necesito verla sonreír, ese es mi nuevo propósito, creo fervientemente que esta nueva oportunidad se me ha concedido para hacerla feliz. No sé cómo ni cuándo, pero pienso conseguir que se abra a mí, que me permita compartir sus

penas, su dolor, quiero aliviar esa pesada carga que lleva sobre sus delgados hombros.

No pienso rendirme, no ahora.

Capítulo 3

Maya

Nadie tiene por qué saber que he estado haciendo horas demás y no solo porque necesite el dinero, sino porque necesitaba saber que Anthony estaba aceptando el corazón de mi hermano sin problemas. He rezado, incluso hablado como si Jason pudiera escucharme para pedirle que deje su corazón latir en el pecho del menor de los Sinclair.

Me fui de casa de mis padres tal y como me lo exigieron y no sé nada de ellos desde entonces. No me han llamado, tenía la esperanza de que recapacitaran, qué ilusa, siempre espero lo mejor de los demás y suelo equivocarme tanto que he decidido que a partir de ahora dejaré de ser tan estúpida. Al no tener ahorros, estoy durmiendo en un hostal en la peor parte de la ciudad, y no puedo continuar allí. Nunca he sido asustadiza, sin embargo, cada noche ese lugar crispa un poco más mis nervios.

—Disculpa —me giro y veo al hombre con el que mi hermano tuvo el accidente, todo a mi alrededor es un maldito recordatorio constante—. Perdona que te aborde así —parece nervioso—. Soy el cuñado de Anthony —se presenta—. Me llamo Scott. —Tiende su mano y la estrecho.

—Sé quién eres —respondo, siendo la primera en romper el contacto—. ¿Le sucede algo? —frunzo el ceño.

—No —se apresura a decir—. Solo quería darte el pésame. Siento mucho que tu hermano no despertará de su coma.

—Gracias. —Estoy sorprendida, no sé qué más decir.

—Puede que esto suene muy mal. —Se rasca la nuca—. Estos días he tenido tiempo de observarte. —Alzo una ceja, no me gusta escuchar eso—. No me malinterpretes —se defiende—. Lo he hecho por Anthony, sabía que él querría que estuvieras bien y …

—Mira —interrumpo—. No sé qué significa esto, pero tengo trabajo que hacer.

—Solo quería decirte que, si necesitas ayuda, puedes acudir a mí. —Me detengo, dejo de respirar, me giro con lentitud para mirarlo preguntándome qué demonios sabe y cómo—. Pasas casi todo el día aquí, o no quieres ir a casa o es que no tienes. —Me tenso porque odio ver la lástima en sus ojos—. No sé lo que ha podido pasar; si quieres hablar con alguien, puedes contar conmigo.

—¿Por qué? —pregunto tras un breve silencio—. ¿Qué tiene que ver tu cuñado en esto?

—Para él eres importante. —Esa noticia no me sorprende del todo—. De verdad que no te digo esto con ningún propósito oculto ni nada parecido, soy abogado —añade como si por serlo no pudiera ser mala persona.

—No necesito uno —replico—. Si llega el caso, te lo haré saber.

Me alejo por el pasillo con el corazón golpeando en mi caja torácica con fuerza. Cuando creo que nadie puede sorprenderme, llega el que parece ser la pareja de Alexander Sinclair para ofrecerme una ayuda que no he pedido, ¿tan obvia soy? Pensaba que nadie a mi alrededor se había dado cuenta de que mi vida se desmorona a pasos agigantados y ahora descubro que alguien que ni siquiera me conoce parece saber más de lo que me gustaría.

Intento no pensar en esa extraña conversación, en mi hora del almuerzo decido que no estoy de humor para sentarme en la cafetería, el bullicio de ahí dentro me da dolor de cabeza. Me siento en una de las mesas en el exterior, y comienzo a buscar algún apartamento económico, aunque sea compartido, todo está por las nubes y empiezo a perder las esperanzas.

—No puede ser tan difícil —mascullo—. Solo pido una puñetera habitación —gruño frustrada.

La media hora pasa volando, me levanto furiosa, tan ensimismada en mis problemas que no me doy cuenta de que voy a

chocar con alguien hasta que lo hago.

—¡Perdón! —exclamo a la muchacha rubia y embarazada con la que acabo de tropezar—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Tranquila —responde sonriente—. Estoy bien.

Me agacho para recoger el movil que se me ha caído, y una mano masculina se me adelanta. Levanto la vista y abro mucho los ojos, frente a mí tengo al gran Ethan Sinclair, de los tres hermanos es el más imponente. Observa la pantalla antes de tendérmelo, se lo arrebato confusa y algo molesta al pensar que haya podido ver algo.

—Disculpa a mi marido —se apresura a decir la mujer—. Ethan —amonesta—. ¿No la conoces? Es la enfermera de Anthony.

—Tengo muy buena memoria, Emm —dice sin dejar de mirarme —. ¿Estás buscando casa?

Suspiro para calmarme y no responderle mordaz, finalmente asiento, no es algo que deba ocultar. Ambos comparten una mirada cómplice que no me pasa desapercibida.

—¿Te interesaría un trabajo? —pregunta descolocándome.

—Ya tengo uno —recuerdo lo evidente—. Trabajo en este hospital más de doce horas al día, señor Sinclair.

—Llámame Ethan —rectifica—. El señor Sinclair es mi padre.

—Lo que quiere decir mi marido —intercede la mujer llamando mi atención de nuevo— es que, cuando Anthony reciba el alta, estaríamos más tranquilos si tuviera una enfermera particular.

—Los doctores solo le darán el alta cuando consideren que no corre peligro, no deben preocuparse por ello —explico con profesionalidad.

—Aun así, toda la familia se sentiría mucho más tranquila sabiendo que alguien lo cuida las veinticuatro horas del día.

—Es su elección —me encojo de hombros—. Gracias por el ofrecimiento, pero no podría aceptarlo, tengo una jornada que cumplir en el hospital, y como comprenderán, no puedo abandonar un trabajo por otro que duraría solo unos meses a lo sumo.

—Piénsalo, Maya —grita la mujer, no me sorprende que sepa mi nombre.

No me detengo. La oferta suena tentadora, más que nada porque me ofrecerían una habitación y podría salir del maldito hostal

en el que me hospedo. Debo ser realista y no dejarme llevar por el miedo y la desesperación, Anthony no necesitará una enfermera para siempre y dejar el hospital no es una opción.

—¿Dónde estabas, Maya? —la jefa de enfermeras me reprende —. Tendrías que estar en el quirófano.

—Estaba almorzando —respondo—. Te recuerdo que todas tenemos media hora para hacerlo.

Me cambio con rapidez sintiendo su mirada en mi espalda, sé que me detesta y ha sido así desde el primer día que entré aquí, he conseguido estos años soportarla con la esperanza de que todo fuera a mejor, aunque, con la racha que llevo, no descarto que la perra intente joderme de alguna manera.

—Date prisa —apremia—. La vida de los pacientes no es ningún juego, Maya.

—Nunca he dicho que lo sea, Josie —rebato enfrentándola—. Creo que sabes mejor que nadie que me tomo mi trabajo muy en serio. Hago más horas que cualquiera de tus chicas, me como turnos dobles sin rechistar, fines de semana que nadie quiere cubrir por salvarte el culo, así que deja de tocarme la moral.

La dejo con la palabra en la boca y corro hasta el quirófano. Como imaginaba, nadie ha tenido que parar para esperarme, de hecho, el cirujano todavía no ha llegado. Me aseguro de que todo está preparado, me gusta tenerlo todo bajo control antes de empezar con una operación.

Cuatro horas después, salgo agotada, me quito los guantes manchados de sangre, en momentos como este me pregunto por qué demonios elegí este trabajo. Hemos perdido al paciente, un hombre de cuarenta años que deja esposa e hijos. Intento que no me afecte, últimamente, todo se me hace cuesta arriba. Tendría que irme, sin embargo, no quiero hacerlo sin dar una ronda más a la planta de cardiología y no es porque Anthony Sinclair se encuentre en ella.

—¿Qué haces todavía aquí? —pregunta en cuanto me ve entrar, su ceño fruncido me deja saber que no le gusta—. ¿Tu turno no ha terminado?

—Últimamente hago horas extras —respondo mientras anoto sus constantes—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —dice, y siento su mirada—. Por tu aspecto, mejor que tú. ¿Las horas extras tienen algo que ver con que estés buscando piso?

Le miro molesta, sus ojos parecen querer traspasar mi coraza en busca de las respuestas que no le doy, haciendo que me tense, aunque intento simular una tranquilidad que no siento.

—¿En tu familia sabéis lo que es la privacidad? —cuestiono, intentando desviar la conversación—. No creo que tenga que dar explicaciones sobre mi vida privada.

—Quiero ayudarte —le miro incrédula—. Deja que lo haga, por favor. Habla conmigo, dime cuál es el problema y lo solucionaré por ti.

Capítulo 4

Anthony

No he dejado de darle vueltas desde que Maya ha salido de mi habitación. Durante tres años, la he observado, sé cuándo está triste, preocupada o furiosa, y ahora ninguno de esos sentimientos la definen.

Devastada… Esa es la palabra que viene a mi mente cuando la miro. La muerte de su hermano la ha roto por la mitad, de eso no hay duda, y es comprensible, pero hay algo más, mucho más.

—¿Por qué querrías hacerlo? —pregunta desconfiada—. ¿Has hablado con tu hermano mayor y su mujer?

—Está claro que sí sé que estás buscando apartamento, solo ellos me lo han podido decir —confirmo, mentir no va a servir de nada, no soy partidario de hacerlo bajo ninguna circunstancia—. ¿Por qué no aceptas el trabajo que te ha ofrecido Ethan? Mis padres estarían encantados de tenerte en casa. Tenemos un sótano completamente reformado, podrías decorarlo a tu gusto, Maya.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar, la miro extrañado—. ¿Por qué tu cuñado me ha dicho que soy especial para ti?

«Voy a matar a Scott», rumio mortificado. Intento pensar algo con rapidez para no quedar como un acosador.

—Eres mi enfermera favorita —le guiño un ojo, haciendo que resople molesta, es mejor actuar como suelo hacerlo para ocultar la realidad—. Me conoces desde hace tres años, sabes que no soy un

psicópata —bromeo—. No pretendo llevarte con engaños a mi guarida, solo te ofrezco un trabajo y techo en casa de mis padres.

—Pareces olvidar que ya trabajo aquí —recalca—. ¿Cómo voy a estar en dos sitios a la vez?

Maldigo porque no lo había pensado, tan ansioso estoy por ayudarla que había pasado por alto el hecho de que tiene un contrato con este hospital.

—Podríamos llegar a un acuerdo —me encojo de hombros—. Puedes vivir igualmente en casa de mis padres. Trabajar aquí media jornada, y luego ayudarme un poco a mí.

—Cuanta generosidad por tu parte. —La ironía en su voz no me pasa desapercibida—. ¿A cambio de qué? De verdad, todo esto me resulta muy raro.

—De nada —respondo con seriedad—. Te lo he dicho y lo repetiré las veces que sean necesarias para que me creas. No hago esto con intenciones ocultas, solo pretendo ayudar, nada más.

—¿Siempre vas ofreciendo tu ayuda a desconocidas? —sigue interrogando.

—Soy una persona a la que le gusta ayudar a otras, y si está a mi alcance, lo hago —respondo—. Por supuesto, no puedo acoger a todo el mundo en mi casa.

—Muchas gracias por el ofrecimiento —dice tras pensarlo brevemente, sabía que iba a rechazarme incluso antes de que abriera la boca—. Ya tengo trabajo. Intenta dormir, mi turno ha terminado, nos veremos mañana. Buenas noches, Anthony.

La puerta se cierra y comienzo a maldecir frustrado. La conozco, aunque ella pueda creer que no, ni por un solo momento he creído que fuera a ser fácil conseguir que aceptara la propuesta laboral, pero tampoco que la rechazará tan categóricamente.

—Qué cabezota es —mascullo, mi movil suena—. ¿Qué? —espeto molesto.

—Parece que no ha habido suerte —se burla Emma—. De verdad, ¿dónde queda la persuasión Sinclair?

—No tiene gracia, Emma —replico—. Maya es orgullosa y desconfiada por naturaleza. Y más conmigo.

—¿Por qué? —pregunta mi cuñada—. ¿Qué le has hecho?

—Nada —me defiendo—. ¿Llamabas para algo más que para burlarte de mí? Ten un poco de corazón, cuñadita, que acaban de operarme.

—No tengas tanto cuento —se ríe—. Alex va para allá, hemos conseguido que tus padres no se muevan de casa, se merecen descansar en condiciones.

—Bien hecho —exclamo—. Ni siquiera necesito tener a Alex en mi chepa —musito—. Estoy bien y rodeado de enfermeras y médicos que me vigilan.

—Acostúmbrate —rebate—. Sabes que eso no es una opción. Buenas noches, Anthony.

Cuelgo y suspiro mirando la puerta que no tardará en abrirse para dar paso a mi mellizo. Sé que pedirle que no venga es como decirle que deje de respirar, sin embargo, necesito que entienda, todos en realidad, que, una vez salga de aquí, lo haré como un hombre sano y quiero gozar de la libertad que me ha sido negada hasta ahora.

Como imaginaba, llega justo para darme la cena. Siempre he odiado la comida del hospital, discutir con él es como hacerlo contra una pared, así que guardo silencio.

—Soy como un reloj Suizo —se jacta dejando una pequeña mochila a los pies de la cama—. ¿Qué tal estás?

—Igual que la última vez que me lo has preguntado, Alexander —replico—. ¿Qué haces aquí en vez de estar retozando con Scott? —cuestiono.

—¿De verdad pensabas que iba a dejarte aquí solo? —pregunta como si me hubiera vuelto loco—. Puede que hayas despertado y el doctor esté contento con tu evolución, por mi parte, no pienso bajar la guardia.

—Tenéis que relajaros —le pido—. Sé que os he dado un susto de muerte, pero ya ha pasado. —Frunce el ceño, no he elegido adecuadamente las palabras—. Ahora tengo un corazón sano, Alex.

—Y no sabes cómo me alegro —replica—. Sin embargo, ese corazón puede causar problemas todavía, por lo que voy a ser una jodida lapa, hermanito.

—Genial —mascullo, viendo cómo lleva las cosas de aseo al baño y regresa cambiado con unos pantalones de chándal grises y una sudadera negra—. Tú lo sabes, ¿verdad? —me mira con seriedad.

—¿Que el corazón que late en tu pecho es el del hermano de Maya? —Asiento, sabía que él sería el único que no me mentiría—. Sí, nosotros ya estábamos aquí esperando un milagro cuando nos dijeron que había un posible donante.

—Dios mío —susurro conmocionado, una cosa es suponerlo, saberlo es demoledor—. Nunca pensé que sería él quien salvaría mi vida.

—Sobre todo, porque estuvo a punto de acabar con la persona que es la mía —añade mi hermano—. Gracias a Dios, Scott sobrevivió.

—Lo sé —murmuro, mirando por la ventana, ha comenzado a llover, las gotas golpean contra el cristal, no puedo evitar preguntarme si Maya habrá llegado sin mojarse donde sea que viva ahora—. ¿No sabes nada de sus padres? —le miro de nuevo, niega.

—Ese día bajé a quirófano y lo único que pude escuchar es como Maya discutía con ellos —frunzo el ceño sin comprender—. Creo que no eran capaces de admitir la muerte de su hijo.

—Debió ser muy duro para ellos —murmuro pensativo—. Aun así fueron muy generosos donando los órganos.

—Hasta donde sé fue Maya la que los convenció —corrige—. Venga, come antes de que se enfríe.

Me ayuda y, cuando termino, lo recoge todo y lo deja fuera de la habitación para que se lo lleven. Me encuentro muy cansado, mis ojos pesan y siento que podría volver a dormir por varios días. Veo cómo saca su portátil y varias carpetas y comienza a trabajar.

—Deja de mirarme y duérmete de una vez —riñe en voz baja—. Me pones nervioso.

—Buenas noches, Alex —murmuro cerrando los ojos.

—Buenas noches, Anthony. —Es lo último que escucho antes de caer rendido ante el sueño.

◆◆◆

Escucho murmullos, me muevo con la esperanza de dejar de hacerlo y poder seguir durmiendo, sin embargo, algo en la voz de mi hermano me pone alerta, y presto atención, aunque esté medio adormilado.

—Dime quién te ha hecho esto, Maya —pide, me tenso, no abro los ojos porque no quiero que sepan que estoy ahora mismo muy despierto—. Y no me digas que te has caído, tienes la marca de una mano.

—No tengo por qué decir nada —rebate con terquedad—. Si me permite…

—Y una mierda —bien por mi hermanito—. Primero no me hables de usted, me hace sentirme viejo y no lo soy —contengo una carcajada—. Segundo, no pienso pasarlo por alto, así que dime quién te ha puesto las manos encima.

El silencio parece ser toda la respuesta que Maya está dispuesta a dar, después escucho cómo suspira para escuchar unas palabras que hielan la sangre en mis venas.

—Anoche, al volver al motel donde me hospedo, me atracaron.

Capítulo 5

Maya

Decirlo en voz alta me es más difícil de lo que creía porque a mi mente llegan todos los recuerdos de esos agónicos minutos en los que temí por mi vida. Alexander Sinclair no va a dejarlo pasar, por lo que alargar esta guerra de voluntades es una estupidez, y no me quedan fuerzas para continuar luchando.

—¿Cómo dices? —pregunta con una voz tan helada que siento un escalofrío, me abrazo a mí misma intentando entrar en calor—. ¿Has puesto una denuncia?

Suelto una carcajada casi histérica, recuerdo dónde me encuentro, e intento mantener el control de mis nervios.

—¿Para qué? —pregunto—. Me quitaron el poco dinero que llevaba y… —cierro los ojos intentando que los recuerdos que se agolpan en mi cabeza no me hagan vomitar—. Tuve suerte de que pasará gente y se asustaran.

—¿Suerte? —cuestiona furioso—. Tienes manos marcadas alrededor del cuello, el labio partido y a saber que más —enumera entre dientes—. ¿A eso le llamas suerte?

—Podrían haberme violado o matado —espeto—. Así que sí —alzo el mentón con orgullo, es lo único que me queda.

—Basta, Alex —ambos nos giramos sorprendidos para ver que Anthony ha despertado, es entonces cuando agacho la mirada—. Ven aquí, Maya —exige, no doy un paso en su dirección—. Por favor.

Mis pies se mueven reticentes porque sé lo que quiere ver, me acerco a la cama y su mano coge la mía con delicadeza, trago con

fuerza porque los gestos de afecto no son algo con lo que me sienta cómoda. Alzo la vista para encontrarme con los ojos casi negros de Anthony, su mandíbula apretada me sorprende, ya que no lo he visto nunca tan furioso.

—¿Tienes alguna marca más? —pregunta en voz baja, no respondo—. Maya —apremia.

—Nada de importancia —respondo escueta—. Soy enfermera, ¿recuerdas?

—¿Todavía piensas que vivir donde lo haces es seguro? —cuestiona—. ¿Seguirás negando que mi oferta te sacaría de donde sea que estés?

—No recuerdo haberlo negado en ningún momento —rebato, intentando mantener la compostura—. Ni ayer cuando me ofreciste el trabajo, ni ahora.

—No estoy de humor —masculla—. No me conoces, no suelo enfurecerme con facilidad, ¿lo hago, Alex? —se dirige a su hermano, que hasta ahora se había mantenido al margen responder.

—No, la mala hostia me la quedé toda yo —responde como si estuviera hablando del tiempo—. Deja de ser tan cabezota, sabes que no vas a volver allí.

—¿Qué os hace pensar que tenéis derecho a decirme cómo debo vivir? —pregunto—. No me contestes —mascullo harta de esta conversación—. Tengo que empezar la ronda, si me disculpáis…

Al cerrar la puerta, siento la necesidad de apoyarme en ella, a estas horas los pasillos siguen prácticamente vacíos. En cuanto me repongo un poco y siento que mis piernas pueden sostenerme lo recorro con rapidez hasta llegar a la sala de enfermeras, rebusco en mi taquilla algún pañuelo que pueda anudarme al cuello para intentar cubrir las marcas. Con la del labio y pómulo no puedo hacer gran cosa, intento cubrirlo con maquillaje lo mejor posible; si alguien me pregunta, diré que me caí en las escaleras del metro volviendo a casa.

Como imaginaba, en cuanto mis compañeras comienzan a llegar, preguntan con preocupación aparente, todas menos una, por supuesto. Josie me observa como si fuera culpa mía, como si desconfiara de mi excusa, lo cierto es que estoy mintiendo, aunque

no por los motivos que ella cree. Lo hago porque me avergüenzo de mi situación actual, y odio haber sido tan estúpida como para que me atacaran y no ser capaz de defenderme.

—Maya —me llama—. Ven un momento.

Las demás se van y nos quedamos solas. Me mantengo en silencio a la espera que diga lo que se muere por escupir. Me observa como si fuera un bicho raro, algo a lo que estoy acostumbrada por su parte aunque siga sacándome de quicio.

—¿Tienes algún problema en tu vida personal que pueda afectar al hospital o a tu desempeño de tus labores del que debería informar?

—Perdón? —pregunto incrédula—. ¿Qué te hace pensar algo semejante?

—Primero me pides hacer más horas que un reloj —enumera con ironía—. Después apareces golpeada —abro la boca para rebatir, y con un gesto me silencia—. No soy gilipollas, Maya. Sé reconocer los golpes y no te has caído, por eso te pregunto si tu mierda va a salpicar tu trabajo.

—No sé quién te crees que soy, zorra prepotente. —La veo enrojecer y sé que estoy cavando mi propia tumba, llevo demasiado tiempo conteniéndome—. Nunca permitiría que mis problemas personales, como tú los llamas —añado entre dientes—, fueran un impedimento en mi trabajo, valoro y cuido a mis pacientes como me gustaría que me trataran a mí, jamás vuelvas a poner en duda mi profesionalidad.

—Cuida tus palabras —advierte furiosa—. No sabes lo que puedo hacer…

—¿Crees que no sé qué te tiras a uno de los peces gordos? —pregunto, me mira sorprendida—. Me importa una mierda para quien te abras de piernas, tengo la conciencia tranquila de que he llegado donde estoy por méritos propios.

—¿Cómo te atreves? —alza la voz—. Te vas a arrepentir de esto…

—Mierda —exclamo cuando se marcha—. Lo que me faltaba hoy, va a despedirme —cubro mi rostro con mis manos temblorosas—. ¿Por qué he tenido que abrir mi bocaza?

Las consecuencias no voy a poder esquivarlas, así que continúo con mi trabajo lo mejor que puedo. Durante toda la mañana, espero a ser llamada a dirección, por los nervios ni siquiera paro a almorzar o comer, y por la tarde comienzo a encontrarme mal.

—Buenas tardes —saludo al entrar a la habitación de Anthony, durante la mañana he intentado evitarlo—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que tú, seguro —parece ser su respuesta comodín para todo—. Pareces a punto de desmayarte. ¿Has comido?

—Estoy bien —sonrío al darme cuenta de que está acompañado por su madre, la señora Sinclair, que me observa en silencio—. Vamos a controlar tus constantes, ya sabes cómo funciona, después la cura.

—Querida, mi hijo tiene razón. —La miro alarmada, de reojo veo cómo Anthony sonríe como si ya hubiera ganado. Le lanzo una mirada nada halagüeña—. Me ha contado lo que te ha sucedido —añade, casi suelto un gruñido poco femenino—. Tuviste que estar aterrada.

—Sí, pero intento no pensar en ello —sonrío mientras hago mi trabajo, necesito salir de aquí, porque siento como si hubiera caído en una trampa—. Son cosas que pasan…

—Eres muy valiente y fuerte —halaga—. Siento mucho lo de tu hermano —Asiento—. No creas que porque haya sido el donante para mi hijo no siento su muerte, era muy joven.

—Sí —concedo—. Jason siempre vivió tan rápido que se siente como si hubiera vivido cincuenta años —susurro, acabando con la cura—. Todo evoluciona bien y…

La puerta se abre y aparece Josie, su sonrisa no me engaña, sé que ha llegado el momento que he estado esperando durante todo el día y por extraño que parezca, me siento casi liberada.

—Te estaba buscando, Maya —dice—. Si me disculpan, debo hablar con ella —me coge del brazo con brusquedad mal disimulada, incluso escucho cómo Anthony intenta intervenir—. ¿Creías que te ibas a librar?

Me tiende un sobre, no me hace falta abrirlo para saber lo que contiene, aun así, lo hago. La miro como si hubiera perdido el juicio cuando me doy cuenta de que es un despido, pero que no me dan el

dinero que me corresponde por antigüedad, su sonrisa de suficiencia me enfurece, tanto que me siento tentada a girarle la cara de un guantazo, después de todo, ya se ha encargado de despedirme.

—Esto no es lo que me corresponde, y lo sabes —siseo intentando no llamar la atención.

—Es más de lo que mereces —replica encogiéndose de hombros —. Por mí te irías con una mano delante y otra detrás así que no causes problemas y lárgate.

—Eres una maldita perra —tiemblo por el coraje que me recorre el cuerpo—. No has parada hasta que no has conseguido echarme, nunca te he hecho nada y lo sabes.

—Siempre has sido demasiado altiva —se ríe—. Y no eres nadie, recuérdalo, Maya —se jacta creyendo que ella es mejor que todas las que estamos bajo sus órdenes—. Piensa en ello en la cola del paro.

La veo alejarse intentando contener el llanto, todo mi cuerpo tiembla y siento cómo estoy a punto de colapsar. Una mano se posa sobre mi hombro y ya no me siento sola, a la deriva.

Capítulo 6

Anthony

La jefa de enfermeras ni siquiera se ha molestado en cerrar la puerta ni en bajar la voz, imagino que ha disfrutado humillando a Maya de todas las maneras posibles. Si pudiera levantarme de esta maldita cama, le hubiera dicho varias cositas para dejarle claro que no pienso permitir que la trate de ese modo.

—¿La has escuchado, mamá? —pregunto entre dientes—. Habla con ella, por favor —le pido preocupado—. A mí no me escuchará.

—Tranquilo —asiente mientras se levanta—. Y, por supuesto, esa enfermera va a enterarse de quién es Diane Sinclair.

No escucho lo que le dice, se alejan, y solo espero que pueda convencerla para que acepte el trabajo y alojamiento que le he ofrecido hasta la saciedad. No puedo creer todo lo que le ha pasado en pocos meses, primero su hermano entra en coma tras un accidente de coche, finalmente entra en muerte cerebral, y después de ese duro golpe, no logro comprender por qué está viviendo sola y por su cuenta, y ahora, para rematar, la despiden sin motivo.

No pienso salir de este hospital hasta conseguir que esa harpía acabe también en la cola del paro, veremos si ríe tanto cuando acabe con ella, lo que no saben es que por Maya soy capaz de no dejar piedra sobre piedra de este jodido hospital.

—No pienso esperar ni un minuto más —susurro, marco el número de Ethan—. Hermano, tengo un trabajito para ti —saludo—. Escucha con atención. Han despedido a Maya, no sé por qué pero no me importa.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta.

—Habla con dirección —ordeno—. Déjales claro que van a darle este mes, y que cobrará el despido íntegro y luego me la llevo conmigo. Y quiero a la jefa de enfermeras de patitas en la calle hoy mismo.

—Hecho —dice sin más preguntas—. Dame media hora, luego te llamo.

Cuelga y suspiro intentando tranquilizarme. Estoy haciendo todo lo posible, mi madre cubre un frente y mi hermano el otro, y antes de que acabe el día, los que han jodido a Maya van a desear no haber nacido. Todos creen que soy el hermano tranquilo y bromista, lo que no saben es que, si tocas a los que quiero, voy a ir a por ti con todo lo que tengo.

Cuando mi madre vuelve, lo hace sola, y frunzo el ceño a la espera de que Maya entre por la puerta; no lo hace.

—Está despidiéndose de sus compañeras —explica—. Es cabezona, lo sabes, ¿verdad?

—Sí —asiento—. Lo sé muy bien. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha explicado que durante estos tres años nunca se ha llevado bien con la jefa de enfermeras —explica, sentándose a mi lado—. Hoy han discutido y ella no ha callado más, le ha dejado saber algunas cosas sobre esa mujer que no le han gustado e imagino que ha tomado represalias.

—Que solo han cavado su propia tumba —sentencio—. Me importa una mierda a quién se esté tirando. Ethan acabará con ella y con él si es necesario.

—No comprendo —replica mi madre—. Si quieres que Maya venga a casa…

—Claro que quiero —interrumpo—. Pero no que lo haga porque la hayan echado de su trabajo como a un perro. Saldrá de este hospital con la cabeza alta y con el dinero que le corresponde.

—Muy bien dicho, hijo —aplaude mi madre orgullosa—. Me ha parecido una muchacha con los pies en la tierra, muy madura para su edad, y muy rota también.

No me gusta escuchar eso, a pesar de imaginarlo, Maya no me permite ver esa parte de ella, y yo es lo que más ansío, porque me

encantaría ser su roca, su fortaleza, porque, aunque ella no lo sepa, ha sido la mía cuando mis esperanzas se habían esfumado.

—¿Dime? —descuelgo en cuanto mi movil comienza a vibrar.

—No he necesitado ni media hora —se jacta—. Ya está fuera y Maya saldrá de allí el mismo día que lo hagas tú.

—Gracias, Ethan —replico ahora un poco más tranquilo sabiendo que se ha hecho justicia—. Ha sido fácil…

—Hermanito, por muy buena que fuera en la cama, no puede competir con que el hospital pierda la ayuda de Pharmaceuticals Sinclair, ¿no crees?

—¿Lo hubieras hecho? —pregunto.

—¿Por Maya? —cuestiona—. Claro, ella es la elegida por ti, por lo que para mí ya es de la familia. Si se meten con ella, se meten conmigo, y sabes cómo actúo cuando tocan a los míos.

—Gracias —repito una vez más conmovido—. Ojalá ella lo acepte pronto.

—Lo hará —sentencia sin ponerlo en duda—. No podrá evitar enamorarse de ti, Anthony.

—¿Qué demonios has hecho? —entra hecha una furia, tanto que mi hermano es capaz de escucharla—. ¿Por qué demonios te metes en mis asuntos? —recrimina.

—Tengo que colgarte —no espero respuesta por su parte—. No iba a permitir que esa tipa pasará por encima de ti. Acostúmbrate, Maya.

—Y una mierda —exclama, mi madre jadea y yo solo puedo sonreír—. Esto era algo entre Josie y yo, Anthony.

—Ibas perdiendo, Maya, y no iba a permitirlo —replico sin inmutarme—. No me arrepiento, siempre he odiado a las personas que se creen más que otras.

—¿Y cómo te estás comportando tú? —su pregunta me descoloca —. Has utilizado a tu hermano, a vuestras influencias, para despedirla. No me malinterpretes, odio a esa perra, sin embargo, jugar con el trabajo de los demás no es algo que yo aplauda, Anthony.

—Te recuerdo que primero ha jugado con el tuyo —rebato—. No voy a disculparme —me niego—. Se lo merecía y tú mereces irte de

otra manera, y lo harás conmigo.

—Das muchas cosas por sentadas, Sinclair —escupe—. Que pases buena noche.

Se marcha dejándome solo con mi madre, que me observa con una sonrisa en sus labios. Sé lo que está pensando, con Maya nunca voy a aburrirme porque su carácter latino sale a la luz con mucha facilidad, y eso es una de las cosas que me gusta de ella.

—Te ha pillado enseguida —se burla—. Espero que Alex no aparezca por esa puerta o voy a patearle el trasero. Me ha llamado cinco veces en lo que va de tarde.

—Ya sabes cómo es —le resto importancia—. Puedes irte a casa, mamá —le digo preocupado porque se canse en exceso—. Estoy rodeado de enfermeras.

—No pienso moverme de aquí, señorito —niega con firmeza—. Me lo estoy pasando genial —bromea, acomodándose en el sillón de color negro—. En casa no estaría tranquila, y tu padre acabaría por volverme loca.

—Lo adoras —replico sonriente.

—No he dicho lo contrario —responde, encogiéndose de hombros —. Debes descansar, cariño.

—Madre —advierto—. Debes acostumbrarte a mi nueva realidad. No voy a agotarme por estar despierto varias horas.

—Puede que no —concede—. Aun así, te acaban de operar, no querrás estar aquí más tiempo del necesario, ¿verdad?

—No —exclamo horrorizado—. Tengo muchas ganas de salir de aquí y poder hacer todo aquello que no tenía permitido.

—Sé que ha sido duro para ti, Anthony. —La tristeza que escucho en sus palabras me hace mirarla preocupado—. Tenía tanto miedo de perderte que no pensé en cómo deberías sentirte tú —se lamenta.

—Lo entiendo, y lo hicisteis muy bien —intento consolarla—. No hubiera durado tanto si me hubieras dejado hacer la mitad de las cosas que se me pasaban por la cabeza —bromeo para intentar aligerar el ambiente.

—Lo que quiero decirte es que, aunque ahora creas que ya no corres riesgos —comienza a decir—, me gustaría que te tomaras las

cosas con calma, Anthony.

—Sabes que seguiré los consejos de los médicos como siempre he hecho —respondo—. Tengo claro que pienso ir cumpliendo cada uno de los sueños que pensé que jamás podría llevar a cabo.

—Y el primero, ¿cuál sería? —pregunta interesada, me remuevo inquieto en la cama.

—Pues… —carraspeo porque no es fácil decirle esto a una madre —. A riesgo de que pienses que soy un cerdo…

—No hace falta que digas nada más —interrumpe riendo—. He imagino que será Maya la afortunada…

Capítulo 7

Maya

Salgo del hospital tan cabreada que se me ha olvidado que no tengo donde ir hasta que veo a Ethan y Emma esperándome. Detengo mis pasos sorprendida mientras la mujer rubia y embarazadísima me sonríe y se acerca con paso lento hasta quedar frente a mí.

—Suponíamos que no tardarías en salir —saluda—. Te estábamos esperando.

—¿Por qué? —pregunto extrañada—. ¿Os ha ordenado Anthony que lo hagáis?

—No —interviene el mayor de los Sinclair—. Porque no se le ha ocurrido —se jacta—. Tiene demasiados frentes abiertos ahora mismo —bromea.

—Mi marido me ha contado lo que te pasó anoche, no pienso permitir que vuelvas a ese lugar —miro a Emma sorprendida—. Vendrás a casa hasta que Anthony reciba el alta y debas cuidarlo.

—No puedo hacer eso —exclamo—. No quiero causar molestias.

—Por supuesto que no —rebate, cogiéndome la mano y tirando de mí—. Vas a ser mi invitada, Maya. Deja de luchar, no va a servirte de nada conmigo.

Termino cediendo porque mi cabeza amenaza con estallar. Desde la parte trasera del coche, veo cómo Ethan comienza a conducir no sin antes asegurarse de que Emma lleva bien puesto el cinturón sobre su prominente abdomen. Al verlos cogidos de la mano, el corazón se me encoge, no recuerdo jamás haber visto un amor

como el suyo, no puedo evitar sentir envidia y ser muy consciente de lo sola que estoy.

Recorremos las calles de Boston en silencio, no tengo nada que decir y agradezco que ellos no me pregunten, ya que imagino que deben estar enterados de todo lo que ha sucedido en el día de hoy. No me cabe la menor duda de que ha sido Ethan el encargado de paralizar no solo mi despido, sino de que la persona que se creía intocable sea la que ha terminado en el paro. Me pregunto por qué Anthony y su familia se toman tantas molestias para ayudarme, ¿es porque mi hermano ha sido su donante?

—Ya hemos llegado —anuncia Emma—. Estabas tan ensimismada que ni cuenta te has dado —bromea—. Debes estar agotada, vamos —apremia.

Me doy cuenta que nos encontramos en uno de los mejores barrios de la ciudad. Casitas unifamiliares a ambos lados de la calle, jardines bien cuidados y la tranquilidad más absoluta nos rodea. Sigo al matrimonio y, al entrar a su casa, el aroma a hogar me recibe, una mujer les informa de que su hija ya está acostada y se marcha no sin antes mirarme de una manera bastante grosera consiguiendo que me sienta una intrusa.

—Acompáñame —dice mi anfitriona subiendo las escaleras—. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirla. Espero que te guste la habitación, no he tenido tiempo de prepararla.

—No necesito nada lujoso —respondo al entrar, me quedo con la boca abierta—. Joder.

—Espero que signifique que te gusta —se ríe—. Es sencilla porque no solemos utilizarla…

—Es perfecta —digo, mirando a mi alrededor—. Muchas gracias, Emma.

—No hay por qué darlas —resta importancia con un mohín muy gracioso—. El baño está aquí al lado, imagino que querrás darte una ducha, ya lo he dejado todo preparado.

—No cogí nada anoche —reconozco avergonzada—. Tendría que haber vuelto a por mis pocas pertenencias…

—Tranquila —su mano se posa en mi hombro—. Te dejaré algo, y mañana podemos ir de compras. Enviaremos a alguien a por tus

cosas, no tendrás que poner un pie allí nunca más.

Una vez en la ducha, mientras el agua caliente cae sobre mí, dejo que las lágrimas fluyan. Que unas personas que no me conocen sean capaces de ayudarme más que mis propios padres me deja muy claro que no me quieren, que posiblemente nunca lo han hecho y todo lo vivido con ellos regresa a mi mente, dejándome agotada y con un dolor de cabeza de campeonato. Intento que las huellas de mi debilidad no se noten, no me pasa desapercibida la mirada de lástima que ambos me dirigen.

—He preparado algo ligero para cenar —me informa, señalando un asiento frente a ellos—. ¿Todo bien?

—Sí —asiento—. Después de una buena ducha y un cambio de ropa, todo parece de otro color —miento, pero no tienen por qué saberlo.

—Queríamos ofrecerte un trabajo. —Alzo una de mis cejas al mayor de los Sinclair, que hasta ahora se ha mantenido al margen—. Como puedes ver —señala a su esposa—, Emma está a punto de dar a luz. —Asiento—. Mellizos —puntualiza con preocupación—. Y nos gustaría que durante el mes que Anthony todavía va a estar en el hospital te quedaras con nosotros para ayudarla, y en el caso de que el parto se adelantara…

—No soy matrona ni he ayudado jamás en un parto —interrumpo asustada—. No sería de gran ayuda, de verdad.

—Eres enfermera —puntualiza la rubia con unas sonrisa confiada —. Lo cierto es que te ofrecemos alojamiento, lo del trabajo solo era una excusa para que no dijeras que no —me guiña un ojo.

—Mi hermano se sentirá más tranquilo si sabe que duermes aquí —dice Ethan—. ¿Podrías al menos pensarlo?

—Imagino que os preguntareis por qué no vivo con mis padres —continuar escondiendo los motivos a las personas que han demostrado preocuparse por mí me hace sentir muy incómoda—. Necesitan culpar a alguien por la muerte de mi hermano.

—Culparte a ti no es justo —replica el hermano de Anthony—. Los médicos hicieron todo lo posible por salvarlo, imagino que ya había llegado su hora.

—Siempre lo sacaba de los líos en los que se metía, a pesar de ser la pequeña —explico—. Solo que esta vez no pude ayudarlo —me lamento porque cada día duele más.

—Lo intentaste —Emma intenta reconfortarme—. No pueden culparte, Maya.

—Perder a Jason ha sido un golpe muy duro para ellos —replico —. Además, fui yo quien les convenció para donar sus órganos, lo único que veían mis padres era que su hijo continuaba respirando.

—Debieron ser horribles esos momentos —asiente—. Y, aun así, pensaste en los demás, eso demuestra el gran corazón que tienes.

—No soy especial —niego avergonzada—. Al trabajar en un hospital, soy muy consciente de toda la gente que como Anthony necesita un trasplante. Jason ya estaba muerto, ¿qué mejor para honrar su paso por este mundo que hacer una buena acción? Puede que ya no esté, pero sí partes de él que han servido para salvar vidas.

—Jamás podremos agradecerte lo suficiente por esa decisión. —Ethan parece incluso un poco emocionado—. Habíamos perdido las esperanzas, Anthony hubiera muerto sin el corazón de tu hermano. Ahora él tiene una oportunidad de vivir con la que antes no contaba.

—Y me alegro mucho —asiento—. Lo he visto luchar durante tres años, es el momento de disfrutar de un nuevo futuro.

—¿Qué opinas de mi cuñado? —pregunta como si nada.

—Que es un grano en el culo —ambos ríen por mi ocurrencia—. Lo cierto es que, cuando lo conocí, me pareció un imbécil —muerdo mi labio inferior recordando que estoy hablando con su familia, vaya bocazas estoy hecha—. Lo siento.

—Puede tener ese efecto —confirma Ethan—. Es solo una coraza. —Frunzo el ceño—. Él puede que jamás lo admita en voz alta, pero ha sufrido toda la vida y su única manera de protegerse era ser un payaso, conseguir que la gente a su alrededor riera para que no lo mirara con lástima.

—Comprendo —me siento como una idiota en estos momentos —. Tenemos eso en común —asiento—. Odio inspirar lástima en los demás.

—Por eso no te gusta recibir ayuda —sentencia Emma—. En tu caso es distinto, Maya. Lo haces por orgullo, Anthony lo hacía porque su realidad era demasiado dolorosa.

—Creo que es hora de ir a la cama —intercede Ethan, ayudando a levantarse a su mujer—. Id subiendo, voy a dejar todo esto en el lavavajillas.

—Puedo hacerlo yo —me ofrezco—. Es lo menos que puedo hacer por…

—Basta. —Guardo silencio—. Eres nuestra invitada y no tienes que hacer nada más que descansar. Mañana seguro que Anthony te preguntará, y como te vea con esas ojeras, va a despellejarme vivo.

No puedo evitar sonreír porque no me puedo imaginar esa escena. Anthony no sería lo suficientemente fuerte como para plantarle cara a su hermano mayor, quien conoce a los Sinclair se da cuenta de que Ethan tiene un aura de peligro difícil de pasar por alto.

—Vamos, Maya —dice Emma—. Deja que mi maridito se encargue de todo. No sé tú, pero yo estoy molida —susurra, subiendo las escaleras—. Llevar dos niños aquí dentro me tiene con la espalda destrozada.

—¿Has probado con los masajes? —pregunto al llegar a la segunda planta—. Sobre todo, en la zona lumbar, es donde se concentra todo el peso extra.

—Obligaré a Ethan a que me los haga —sonríe maliciosa—. Es lo menos que puede hacer después de esto —se señala el bombo—. Buenas noches, Maya.

—Buenas noches, Emma —devuelvo—. Muchas gracias por permitirme quedarme en tu casa.

—Deja de agradecer —amonesta entrando en su habitación—. Hasta mañana.

Cierro la puerta y me apoyo en ella mientras observo a mi alrededor. La vida puede dar muchas vueltas, anoche me encontraba siendo atacada en un frío callejón, hoy duermo en uno de los mejores barrios de Boston, puede que haya juzgado mal a Anthony Sinclair, debería disculparme con él.

Capítulo 8

Anthony

Que Maya parece evitarme es un hecho comprobado.
Desde el día que decidí inmiscuirme como una apisonadora en su vida, casi no la he visto. Al principio no lo podía creer, después comencé a cabrearme y ahora realmente estoy furioso.

Puede que no debiera hacer lo que hice, sin embargo, en esos momentos no podía darme el lujo de dudar o preguntarle si le parecía bien o mal mi comportamiento, ya que estaba en juego su futuro laboral. No pensaba permitir que ninguna harpía con ínfulas de poder le jodiera la vida, no mientras yo pueda impedirlo. Sé por mi hermano que está quedándose con ellos, ayuda a Emma ahora que el parto cada vez está más próximo, incluso hace de niñera para Giselle.

Parece que adora a mi sobrina, y solo deja el desprecio para mí. Me encuentro enfurruñado, postrado en una cama que no puedo abandonar porque todavía no me lo permiten sin ayuda de alguien, y siempre en una silla de ruedas que me hace parecer un enfermo terminal.

—¿Por qué el tiempo parece haberse detenido? —pregunto a Alex, que trabaja en su ordenador frente a la ventana—. ¿Me estás escuchando?

—Lo cierto es que hace media hora que no —reconoce sin ningún pudor—. Pareces un viejo cascarrabias.

—Si estuvieras en esta maldita cama, veríamos… —mascullo—. ¿A ti te ha dicho algo?

—¿Quién? —pregunta mirándome—. ¿Maya?

—Sí —exclamo impaciente—. ¿O a ti también te rehúye?

—¿Por qué debería? —cuestiona frunciendo el ceño—. Creo que le caemos todos bien menos tú. Qué cosa más rara, ¿no? —bromea.

—Pues sí —me cruzo de brazos—. Soy el más gracioso de los tres y el más simpático.

—Cierto —asiente, dándome la razón—. Imagino que tu manera de acercarte a ella ha sido demasiado… —dice pensativo—. Eres como una apisonadora, hermano.

—¿Estás de coña? —pregunto incrédulo—. Solo intento ayudarla. ¿Pretendías que me quedara de brazos cruzados viendo como la despedían sin motivos? ¿O que dejara que volviera a ese cuchitril para que volvieran a hacerle daño?

—Por supuesto que no —replica—. Parece el tipo de chica a la que no le gusta que un hombre le ayude. Es independiente y muy orgullosa —enumera—. Seguro que solo necesita tiempo.

—Tiempo —espeto con un bufido—. He esperado demasiado para todo —rebato frustrado—. No pienso perderlo más.

—Cuidado, Anthony —advierte preocupado—. No tomes decisiones precipitadas ahora que te ves libre de tu enfermedad. No quieras correr antes de andar, ni hacer todo aquello que antes estaba prohibido para ti en un solo día.

—Quiero salir a bailar, a beber, a correr —digo emocionado—. Quiero besar, acariciar, foll… —me muerdo la lengua, Alex alza una de sus cejas—. ¿Qué? —inquiero—. No me mires así, como lo haces cada vez que te da la gana.

—Entiendo todo lo que dices —intenta tranquilizarme—. Pero intenta hacer todo eso con la persona correcta, ¿vale?

—¿Y si no quiere? —pregunto, mirando la puerta con la esperanza de que se abra—. No puedo obligarla, Alex —suspiro derrotado—. Y no pienso quedarme sentado penando, esperando algo que puede que no suceda jamás.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta, cerrando el portátil—. Deja que todo siga su curso…

—Cuando salga por la maldita puerta de este hospital, se acabó, Alex —sentencio sin dudarlo—. Comenzaré una nueva vida donde no

habrá opción a quedarme sentado esperando por nadie, ni siquiera por ella.

—No cometas estupideces —recrimina—. Después no vengas llorando, joder.

—Cierra el pico —escupo, alguien llama a la puerta, y cuando se abre, me quedo con la boca abierta—. ¿Hay fuego? —pregunto con ironía al verla entrar, no se inmuta.

—Buenos días —saluda—. ¿Qué tal, Anthony?

—Igual que ayer, lo sabrías si no enviaras a todas tus compañeras a hacer tu trabajo —recrimino.

—Yo no hago eso —se defiende, mirando de reojo a mi hermano, que parece encantado de la vida viendo nuestra discusión—. Tengo más pacientes, ¿sabes?

—No soy estúpido —increpo de nuevo, Alex carraspea llamando mi atención—. ¿No tienes nada que hacer? —le pregunto de malas maneras.

—¿Aparte de verte hacer el imbécil? —pregunta risueño—. No —se acomoda en el asiento—. Esperaré aquí a Scotty.

—No lo llames así, joder —mascullo—. Es nombre de perro.

—No lo es —rebate ofendido—. No te metas con mi novio.

—Mi hermano tuvo un perro que se llamaba Scotty —intercede Maya captando nuestra atención—. Perdón.

—¿Ves? —cuestiono vencedor—. Hasta Maya me da la razón.

—¿Todo bien? —pregunta Alex a la enfermera—. Estás muy callada.

—No es que hable mucho… —añado con ironía—. No se lo tomes en cuenta, no le caigo bien, no esperes que sea la alegría de la huerta en mi presencia.

—Yo no he dicho eso —se defiende, mirándome ceñuda—. ¿Se puede saber desde cuándo eres tan cascarrabias?

Las carcajadas de Alexander deben escucharse por toda la planta, le lanzo una mirada asesina para que se calle, no me hace ni caso. Miro a Maya dejándole claro lo que pienso de su preguntita, ella se encoge de hombros y continúa curándome la herida. Intento no pensar en sus manos rozando mi piel, mi cuerpo nunca había

reaccionado con tanta intensidad como ahora, me remuevo inquieto, me mira preocupada por si me ha hecho daño.

—Continúa —le digo—. No me has hecho daño.

Al menos, no físicamente, porque sí me duele su indiferencia, aunque desde el principio he tenido claro que no se puede forzar a nadie a querer a otra persona. Por ello, antes de mi operación, jamás me plantee tener algo con Maya, ahora tengo una posibilidad y ella parece que no está interesada.

—¿Estás nervioso por salir de aquí? —pregunta, la miro sorprendido.

—Si tengo que ser sincero, sí —respondo tras reponerme—. Justo le estaba diciendo a mi hermano que estoy impaciente por hacer un montón de cosas que nunca he podido hacer antes.

—Debes ir con calma. —Escucho cómo Alex susurra algo, genial, los dos se ponen de acuerdo—. Aunque tengas un corazón sano, debes recuperarte.

—Define ir con calma —le pido mientras ella vuelve a recoger todo lo que ha utilizado para la cura—. ¿Podré bailar? ¿Viajar? ¿Follar?

La bandeja que sostiene entre sus manos se cae al suelo causando un ruido estruendoso, yo solo puedo ver la cara de espanto que tiene en estos momentos. Alex se acerca solícito para ayudarla a recoger el estropicio mientras los observo desde la cama, me pregunto por qué todos reaccionan de la misma manera cuando no pido hacer nada del otro mundo.

—Joder, Anthony —masculla mi mellizo—. ¿Quieres dejar de pensar en eso? ¿Desde cuándo estás tan salido?

—Desde que mi cuerpo reacciona como el de un hombre normal, imbécil —siseo—. ¿Tiene que ver con mi corazón sano? —pregunto a Maya, que parece que no sabe dónde meterse.

—No soy médico —farfulla—. ¿Por qué no le preguntas a él?

—Lo haré —asiento—. Lamento haberte escandalizado.

Asiente y se marcha como si la persiguiera el mismísimo demonio, dejándonos solos de nuevo. Siento la mirada de mi hermano sobre mí, espero a que hable, le conozco y no va a morderse la lengua por nada del mundo.

—Ahora la chica debe pensar que eres un enfermo sexual —amonesta—. No vuelvas a hacerme pasar esta vergüenza —advierte.

—Parecéis damiselas del siglo pasado —replico—. Vale, ya me apañaré yo con mi inexistente sexualidad.

—Mejor me voy porque acabaré ahogándote con una almohada —exclama en el momento en que su novio entra por la puerta—. Al fin. —Se besan sin que les importe mi presencia—. Mi hermano va a volverme loco.

—¿Por qué te lo quieres cargar ahora que tiene un corazón nuevo? —pregunta risueño—. ¿Qué le has hecho? —me pregunta a mí.

—Solo he preguntado a la enfermera cuándo podré hacer vida normal —me encojo de hombros, sonriendo como si nunca hubiera roto un plato—. Me interesa mucho saber cuándo podré salir a bailar, viajar, mantener relaciones sexuales…

Scott, lejos de escandalizarse, mira a su pareja de reojo y comienza a reír como un loco, menos mal que una persona al menos me entiende. Espero a que se tranquilice para saber su opinión al respecto, lo cierto es que no logro comprender dónde ven lo extraño a mi incertidumbre.

—Dime que no ha sido a Maya —me pide, sujetándose el estómago por la risa—. ¿Cómo se te ocurre?

—No sé qué puñetero problema tenéis todos —digo harto del tema—. No quiero seguir hablando de esto. Solo quiero salir de aquí y hacer lo que me dé la gana.

—No te enfades —replica Scott—. Venga, lo siento, ¿vale?

—¿No tenéis que iros a alguna parte? —pregunto—. Id a trabajar.

Finalmente, se despiden de mí, me dejan solo, no por mucho tiempo porque, tarde o temprano, aparecerán mi madre o mi padre para quedarse conmigo. Comienzo a agobiarme, no solo por mi larga estancia en un lugar que he llegado a aborrecer, sino porque, como he dicho, quiero salir, vivir y disfrutar.

—A la mierda lo que piensen los demás —susurro, mirando por la ventana—. Nunca me ha importado lo que opinen y no pienso cambiar eso.

Capítulo 9

Maya

Recorro el pasillo hasta el baño de enfermeras y me mojo la cara con la esperanza de que mis mejillas dejen de parecer dos tomates.

—Maldito Anthony —mascullo mirándome en el espejo—. ¿Qué demonios le ha dado ahora con las preguntitas?

Llevaba varios días intentando no verlo, me avergonzaba recordar cómo se había hecho cargo de mi mierda de situación y mirarlo a la cara no era una opción para mí. Hoy ninguna de mis compañeras quería cubrir mi puesto, ya que no entienden qué tengo en contra del menor de los Sinclair, a todas les parece un amor, incluso a más de una le he escuchado decir que ahora que tiene oportunidad de vivir hasta los ochenta le darían un buen meneo.

Me ha parecido un comentario muy poco profesional, he salido de la sala de enfermería furiosa, al entrar a su habitación y ver en su mirada un brillo al verme que ha intentado ocultar, todo lo demás ha pasado a un segundo plano. No me han importado sus pullas, e he intentado obviar su estremecimiento cuando mis dedos han rozado su pecho, sin embargo, sus preguntas sobre lo que podrá hacer o no al salir del hospital me han pillado por sorpresa.

Durante los tres años que lo conozco, no lo había visto como un hombre, solo como un paciente con pocas posibilidades de sobrevivir a su enfermedad. Ahora, gracias al corazón de mi hermano, tiene una nueva oportunidad y parece que está ansioso por aprovecharla al máximo, es algo que no debería causarme ningún tipo de malestar y aun así siento algo en el estómago que no sé definir.

—¿Qué me importa a mí a quién quiera tirarse? —mascullo, mirándome por última vez al espejo para asegurarme de que no llamo la atención—. Todos los hombres son iguales.

Salgo del baño dispuesta a continuar con la ronda, el tiempo trascurre sin contratiempos, y cuando termino mi turno, al pasar por la puerta de Anthony, me detengo, como si de un imán se tratara. Algo más fuerte que yo misma tira de mí. Mi mano está a punto de girar el pomo para abrir cuando escucho que me llaman, al girarme veo cómo Emma me saluda.

—¿Ibas a buscarme? —pregunta—. Ambas hemos pensado lo mismo —ríe—. He ido a la sala de enfermeras, ya no estabas…

—Hola —saludo algo cohibida al verme sorprendida—. No hace falta que vengas todos los días por mí, Emma. No deberías conducir.

—Vengo a ver a mi cuñado favorito —replica—. ¿Qué tiene de malo que te espere para irnos juntas?

—Que el tráfico a estas horas es una mierda —rebato comenzando a caminar para alejarme—. No quiero que te pase nada por mi culpa.

—¿No vas a entrar? —pregunta, miro sobre mi hombro, ella señala la puerta.

—No —niego, continuando mi camino—. ¿No vienes?

Escucho cómo camina hasta llegar a mi lado, no dice nada, pero comienzo a conocerla y sé que se muere por opinar, por lo que me preparo mentalmente para lo que pueda escuchar. No lo hace hasta que arranca el coche y recorremos la ciudad.

—No tienes por qué mantener la distancia con él —musita—. ¿Creías que no iba a enterarme? —cuestiona.

—No lo hago —miento a la defensiva—. Tengo muchos otros pacientes, además, me han estado enviando a otras plantas para cubrir varias bajas.

—¿A qué le tienes miedo? —su pregunta me sorprende, la miro frunciendo el ceño, ella no aparta sus ojos de la carretera—. Anthony puede ser el hermano más fácil de llevar, de comprender, y, aun así, tiene su parte de sombras.

—No le temo —aseguro, y digo la verdad. Sé que ese chico no sería capaz de matar ni a una mosca—. Solo que no logro

comprenderlo y en este momento de mi vida no necesito más problemas de los que ya tengo.

—¿De verdad no te das cuenta de lo que quiere? —continúa interrogando—. ¿De por qué eres tan importante para él?

Muchas veces me lo he preguntado, me he negado a mí misma a indagar o preguntar. Recibir las respuestas por su parte es algo que sí me asusta porque no estoy preparada para escucharlas.

—No me lo he planteado —otra mentira—. Agradezco toda vuestra ayuda, de verdad. Sin vosotros, estaría bajo un puente o …

—No pienses en eso —interrumpe—. Creo que las cosas pasan por una razón. Estoy segura de que tú y Anthony estáis destinados de un modo u otro, y es algo que deberéis descubrir, no debes luchar contra ello.

—¿Y si no quiero? —ahora es mi turno de preguntar, ella me mira por un pequeño instante sorprendida—. No me malinterpretes, puede que cualquiera se sienta halagada si un Sinclair muestra interés,no obstante, yo no quiero nada con nadie, solo quiero vivir en paz.

—¿Y qué te hace pensar que no la encontrarás al lado de mi cuñado? —devuelve—. ¿De verdad no te parece atractivo? Puede que no tenga ese toque de misterio como mi marido o esa frialdad que llama la atención de Alexander; Anthony es un amor de hombre.

—No hace falta que me lo vendas —bromeo—. No dudo que será el hombre indicado para una mujer que lo merezca, aunque esa no soy yo. Él no necesita alguien que lleve una mochila a cuestas, ahora tiene que disfrutar de la vida, y yo solo sería un lastre.

—No estoy de acuerdo —rebate aparcando—. Sin embargo, como he estado en tu lugar, no voy a seguir machacándote, por hoy tienes bastante en lo que pensar.

—¿En mi lugar? —salgo tras ella, preguntándome que quiere decir.

—Luchando contra los sentimientos que provocan los Sinclair —responde, abriendo la puerta—. ¡Ya estamos en casa! —saluda, Ethan no tarda en aparecer por el pasillo con Giselle en brazos, que al verme comienza a moverse con energía demostrando lo contenta que está de vernos.

—Hola, pequeñina —saludo, olvidándome de todo, ella me calma, me da paz—. ¿Me has echado de menos?

—Te hace más caso que a mí —reclama Emma—. Tienes muy buena mano con los niños —alaba, cogiendo a su hija en brazos—. Deja que Maya se de una ducha, Giselle —musita.

—Gracias —replico, subiendo las escaleras de dos en dos—. Bajo enseguida.

Me doy una ducha rápida, ni siquiera me molesto en secarme el pelo. Elijo un pantalón de chándal y una vieja sudadera de Jason y vuelvo al salón en busca de Giselle. Como es normal, está sentada en su trona en la cocina esperando por su cena, al verme sonríe y mueve sus manitas, me siento a su lado e inspiro su aroma a bebé.

—¿Vas a comértelo todo, glotona? —pregunto mientras le hago cosquillas—. ¿Te ayudo en algo, Emma?

—No hace falta —su voz suena rara, su hija llama de nuevo mi atención—. Ethan está algo ocupado con una llamada de última hora, ¿puedes darle la cena?

Frunzo el ceño y lo hago, sin embargo, algo no va bien, puede ser intuición o por mi trabajo, la noto diferente a cuando hemos llegado a casa, se mueve diferente, incluso juraría que la he escuchado gemir. Me levanto despacio una vez Giselle termina su cena y con la excusa de dejar el plato en el fregadero me acerco a mi anfitriona.

—Emma. —Cuando me mira, me doy cuenta de que algo no va bien—. ¿Qué sucede? —pregunto al verla pálida y sudorosa—. ¿Te duele algo?

—Creo que estoy de parto —susurra aterrada—. He intentado aguantar pensando que podía ser una falsa alarma… —Se encoge y gime, la cojo de los brazos y la siento.

—Cálmate —ordeno, intentando ser yo la que mantenga el control de la situación—. Voy a avisar a Ethan y a llamar a una ambulancia.

—Él puede llevarme —rebate—. Por favor, quédate con Giselle…

—Por supuesto —asiento—. No te preocupes por nada, solo céntrate en respirar y traer a tus hijos al mundo.

Corro hasta el despacho de Ethan, llamo, pero no me molesto en esperar, no hay tiempo para eso; por el aspecto de Emma, me he dado cuenta de que todo avanza demasiado deprisa y un parto múltiple no es algo que tomarse a la ligera.

—Emma está de parto —anuncio—. Voy a por su maleta, tienes que llevarla al hospital inmediatamente

Corro de nuevo hasta la segunda planta y cojo todo lo necesario, menos mal que la convencí hace unos días para que lo dejará todo preparado, por experiencia sé que este tipo de embarazos no suelen llegar a término. Encuentro a Ethan arrodillado frente a su mujer, muerto de miedo, susurrándole palabras de aliento, me quedo inmóvil admirando la belleza del amor que los une.

—Ya está —llamo su atención—. Voy a dejarlo en el maletero, ayúdala si no puede caminar. Llamaré al hospital para que estén preparados para vuestra llegada.

Les aseguro que Giselle va a estar bien y veo cómo el coche se aleja. Cuando los pierdo de vista, entro deprisa a la casa, la pequeña sigue jugando en su trona, al verme, comienza a sollozar. Imagino que se ha dado cuenta de que algo sucedía a su alrededor y está asustada.

—Lo siento, pequeña —susurro meciéndola—. No pasa nada. mamá y papá vendrán muy pronto con tus hermanitos. —Camino por la cocina para intentar calmarla.

Tal y como he prometido, llamo al hospital para que a la llegada de los Sinclair todo esté preparado. Mientras tanto, intento recoger lo que se ha quedado en la cocina y me preparo algo ligero para cenar. No es fácil con Giselle en brazos, así que, cuando finalmente se duerme, la dejo en su cuna muy despacio y aprovecho para comer mientras no la pierdo de vista.

No puedo dormirme sabiendo que Emma debe estar pariendo, ¿y si algo se ha complicado y tienen que meterla en el quirófano? No tengo el número de teléfono de Ethan, me doy cuenta de que solo tengo el de su mujer, ¿por qué demonios no tengo el de Anthony? Por supuesto, la opción de irme para el hospital queda descartada, Giselle necesita a alguien que le inspire confianza, ya que ahora

mismo su mundo acaba de dar un giro de 180º, nada volverá a ser igual con la llegada de los mellizos.

Subo a su habitación y me siento en la mecedora que hay al lado de su cuna, la semipenumbra me permite verla dormir ajena a todo a su alrededor. Cierro los ojos cuando no puedo evitar pensar en Jason, él tenía cinco años cuando yo nací, ¿qué pensó en aquel entonces? Miles de recuerdos llegan a mi mente y no intento alejarlos como suelo hacer, dejo que me trasporten a otro tiempo, a otro lugar muy lejano a este, aunque duela.

◆◆◆

—Jason —llamo llorando, me acabo de caer de la bici y una de mis rodillas sangra—. Jason —vuelvo a gritar con la esperanza de que mi hermano aparezca para que deje de doler.

—¿Qué te ha pasado ahora, Maya? —se arrodilla frente a mí, sudoroso y con los ojos empañados por la preocupación—. Me han marcado un gol por tu culpa —recrimina—. Van a burlarse de mí hasta los treinta por lo menos.

—Me caí —sorbo mientras él me limpia las lágrimas con sus manos—. Tu bici es demasiado grande —mascullo mientras me levanta del suelo.

—Claro, eres una renacuaja —se jacta mientras me insta para que suba a su espalda—. Te llevaré a casa para curarte.

—Eres el mejor hermano del mundo —lo abrazo y escondo mi rostro en su cuello—. Te quiero.

—Siempre cuidaré de ti, pequeñaja —responde con una solemnidad extraña en un niño de once años.

◆◆◆

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que vuelvo al presente. ¿Cómo he podido olvidar algo así? Cubro mis labios con una mano temblorosa, no quiero despertar a Giselle con mi llanto, el cual casi no soy capaz de controlar.

Me había olvidado de aquel día como de muchos otros porque, unos años después, yo crecí, maduré por obligación, mientras que Jason decidió tomar el camino fácil. Entonces intercambiamos los

roles, era yo quien tenía que sacarlo de sus problemas, la que tenía que hablar con él cada vez que no era capaz de conservar un trabajo por su mala cabeza, la que discutía a gritos para hacerle entender que las compañías que elegía no eran las adecuadas.

—¿En qué momento nos convertimos en enemigos? —susurro apenada—. ¿Por qué dejaste de protegerme? —pregunto a la nada como si pudiera responderme, cierro los ojos porque el dolor de saber que jamás volveré a escuchar su voz ahora mismo es más de lo que puedo soportar.

Escucho como Giselle comienza a gimotear, me levanto como un resorte olvidándome de mi propio llanto y la cojo en brazos, de nuevo, esa sensación de paz que solo ella puede trasmitirme consigue calmarme un poco.

—¿Tienes hambre? —susurro—. ¿Echas de menos a mamá?

La mezo mientras tarareo una vieja canción de cuna que me viene a la cabeza, no tarda mucho en volver a quedarse dormida. El cansancio comienza a hacer mella en mí, por lo que me llevo el pequeño visor por donde puedo vigilarla desde mi habitación. Me meto en la cama para intentar descansar un poco, sabiendo que mañana va a ser un día complicado en el que tendré que llamar al trabajo para decirles que no podre ir, justo ahora que mi puesto pende de un hilo.

No estoy segura de qué horas es cuando empieza a vibrar mi móvil, lo busco a tientas por la cama, y descuelgo sin mirar de quién se trata.

—Maya —frunzo el ceño porque no reconozco la voz—. ¿Estás bien? ¿Giselle ha pasado buena noche? —despierto de golpe.

—Hola, Ethan —saludo incorporándome en la cama, miro el visor y suspiro aliviada—. Giselle ha dormido muy bien. ¿Cómo está Emma?

—Los mellizos han nacido —anuncia con entusiasmo—. Hace cosa de una hora. Los tres están bien, son algo pequeños, pero nos han dicho que es normal.

—Enhorabuena —exclamo—. Me alegro de que todos estén bien, no debéis preocuparos por Giselle.

—Sabemos que te pedimos demasiado porque tienes un trabajo… —lamenta—. Mi madre irá de inmediato, puedo hablar con tu superior para…

—No es necesario —interrumpo—. Imagino que tu madre querrá estar allí—añado—. Puedo cogerme un día, después de todo, si estoy todavía en el hospital es por vosotros.

—Muchísimas gracias, Maya —dice agradecido, incluso puedo escuchar su alivio a través del altavoz—. Avisaré a Anthony para que no le de un ataque pensando que te ha pasado algo —bromea, no puedo evitar sonreír.

Me levanto y me arreglo rápidamente, sé que la pequeña de la casa no va a tardar en despertarse reclamando su desayuno. Lo cierto es que es una niña muy fácil de cuidar, no me siento nerviosa pensando que no voy a poder con ella. Cuando lo tengo todo listo, la pequeña juguetea en su cuna con sus brazos y piernas, le doy los buenos días con dulzura y juntas bajamos a la cocina.

No puedo evitar preguntarme cómo estará Anthony, no habrá podido ver a sus sobrinos, debe estar subiéndose por las paredes. No es algo en lo que yo pueda ayudar, así que me concentro en cuidar de Giselle.

Capítulo 10

Anthony

—Has vuelto a ser tío —exclama Ethan, entrando a mi habitación —. Los mellizos han nacido.

—¿Están bien? —pregunto—. ¿Y Emma?

Ya me parecía raro que fuera mi padre quien pasará la noche conmigo, y ahora entiendo que saliera de la habitación tantas veces, el pobre estaba dividido entre su hijo y sus nietos.

—Todos bien —la sonrisa que adorna su rostro es genuina y demuestra lo feliz y aliviado que se siente en estos momentos—. Ha sido una noche muy larga, Emma es una puñetera guerrera. Joder, no he pasado más miedo en mi vida.

—¿Y Giselle…? —cuestiono.

—Con Maya —asiento—. Sin ella no sé qué hubiéramos hecho anoche —niega con la cabeza—. Ella tomo el control de la situación. En cuanto llegamos, todo estaba dispuesto y la matrona esperando.

En momentos como este odio verme postrado en esta cama. Me gustaría poder ver a mis sobrinos, a Emma, y, por encima de todo, estar con Giselle y Maya.

—Quiero verlos —anuncio, mi hermano me mira como si hubiera perdido la cabeza—. Busca una silla de ruedas y llévame.

—Están en la incubadora, solo podrás verlos a través de un cristal —dice—. ¿Crees que es conveniente que te arriesgues? Ya tendrás tiempo para verlos y…

—No —interrumpo con firmeza—. Estoy harto de estar aquí tumbado. No haré esfuerzos, por favor…

—Voy a hablar con el médico —claudica al fin, lo veo salir y suspiro dejándome caer sobre la almohada, esto ha sido un gran triunfo que seguramente no hubiera conseguido si estuviera por aquí mi madre.

Tras unos minutos que me parecen horas, vuelve a entrar con una silla de ruedas, me ayuda a levantarme muy despacio y me siento en ella. Recorrer el pasillo aunque sea de este modo es un avance, me siento bien, mejor que bien, por lo que no puedo evitar sonreír.

—Me ha dicho que solo diez minutos y de vuelta a la cama —replica mi hermano—. Ni se te ocurra pedirme nada más.

—Hecho —replico—. Aunque me hubiera gustado ver a Emma…

—Ni hablar —sentencia—. Pareces olvidar que tienes el pecho abierto, joder. Mamá va a matarme como se entere de esto.

—Pues no se lo digas —me encojo de hombros, y cuando llegamos frente a un gran ventanal lleno de cunas, me quedo sin palabras—. ¿Son ellos? —pregunto, señalando una con dos bebés diminutos.

—Sí —responde mi hermano—. ¿No son hermosos? Me han dicho que es mejor que permanezcan juntos.

—Me hubiera gustado que no nos hubieran separado a Alex y a mí —murmuro—. En cuanto nací, tuve que ser llevado a la UCI pediátrica y él no me podía acompañar.

Siento la mirada de mi hermano, casi puedo imaginar lo que debe estar pensando porque sé que estos meses han sido duros tanto para él como para Emma. Ahora que todo ha pasado y los tres están fuera de peligro, puede comenzar a disfrutar del doble regalo que la vida les ha dado. Han creado una hermosa familia, me hace feliz saber que mis sobrinos están sanos, que ninguno de los dos ha nacido con ninguna enfermedad que pueda condicionar su futuro.

—¿Habéis pensado nombres? —pregunto para romper el tenso silencio.

—Sí —sonrío impaciente—. Eric y Evan Sinclair.

—Me gustan —aplaudo sin dejar de mirarlos—. ¿A quién crees que se parecen?

—No tengo ni idea —se carcajea—. Nacieron arrugados como pasas —bromea—. Aun así, fue lo más hermoso que he visto desde el nacimiento de Giselle.

—¿Te has dado cuenta de lo que ha cambiado tu vida en tan poco tiempo? —cuestiono.

—Cada vez que lo pienso, siento un vértigo de la hostia —exclama dichoso—. ¿Quién me iba a decir a mí que dirigiría una de las empresas más grandes del país y estaría casado y con tres hijos con menos de treinta y cinco años?

—Eres feliz, ¿verdad? —le observo para que no sea capaz de mentirme, él me mira con seriedad.

—Por supuesto —asiente—. No cambiaría absolutamente nada de mi vida. Acabo de ser padre por segunda vez y todo ha salido bien, tú por fin has conseguido un corazón que te da una nueva esperanza, estoy casado con el amor de mi vida y tengo una familia maravillosa, ¿qué más podría pedir?

—Te envidio, ¿sabes? —replico, mirando a mis sobrinos—. Uno de mis sueño siempre ha sido formar mi propia familia…

—Lo harás —su mano se apoya en mi hombro—. Volvamos o nos echarán la bronca.

Asiento y dejo que me guíe de nuevo a mi habitación, al menos, he podido salir durante unos minutos y conocer a los pequeños Sinclair. Ha sido un milagro que mis padres no nos hayan pillado, seguramente se enteren de mi pequeña escapada, pero ya está hecho y no me importa recibir una reprimenda después, aunque me haga sentir como un niño pequeño reñido por hacer una travesura.

Una vez en la cama, le digo a mi hermano que se vaya con su esposa. Estoy bien y no necesito estar acompañado cada hora del día, Emma ahora lo necesita más que nunca y no me sentiría cómodo sabiendo que se siente partido por la mitad.

Los días a partir de ahora seguro pasarán más lentos porque cada vez tengo más motivos para querer salir de aquí y comenzar mi nueva vida.

◆◆◆

Un mes después…

Vuelvo a casa el mismo día que lo hacen mis sobrinos.

He pasado las semanas más lentas y aburridas de mi vida, a pesar de que comencé la rehabilitación y eso hacía que las horas pasaran con más rapidez, el resto del tiempo parecía detenerse mientras todos continuaban con sus rutinas mucho más interesantes que la mía. Incluso le pedí a Alex que me trajera mi ordenador para trabajar un poco, casi le dio un infarto e hizo que mi médico me diera una charla sobre la vital importancia de un buen descanso para mi recuperación total.

—¿Preparado? —pregunta el traidor de mi mellizo—. Al fin sales de aquí y no pareces muy contento por ello.

—Eufórico —corrijo—. ¿Dónde está Maya?

—No soy su niñera, Anthony —replica—. No tengo ni idea, la verdad. Puede ser que esté con Emma y los niños, ya sabes que le encantan.

¿Cómo es posible que tenga celos de mis propios sobrinos? Me siento como un imbécil, sin embargo, no es algo que pueda controlar, si pudiera hacerlo, muchas veces he deseado que Maya no tuviera tanto poder sobre mí. Ella no es consciente de que una simple palabra o gesto por su parte puede mejorar o empeorar mi día a día, y es algo que quiero comenzar a cambiar de inmediato.

—Lo sé —asiento, mirando a mi alrededor para asegurarme de que no me dejo nada—. Podemos irnos —sentencio—. Estoy deseando salir de aquí.

—No nos habíamos dado cuenta —bromea, abriendo la puerta, salir por ella sabiendo que no tengo que regresar se siente de maravilla, es como salir de una prisión—. ¿Qué es lo primero que vas a hacer?

—No estoy seguro —respondo pensativo mientras recorremos el pasillo a paso lento, no me fatigo como antes, aun así, intento mantenerme relajado, supongo que es la costumbre—. Por el momento, llegar a casa, ver a los demás, luego… —me encojo de hombros.

—¡Anthony! —me giro para ver cómo Maya camina rápido en mi dirección—. ¿Te ibas sin despedirte? —pregunta.

—Volveremos a vernos, ¿recuerdas? —replico, intentando calmar mi corazón—. Creía que estarías contenta por perderme de vista.

—Como siempre, poniendo palabras en mi boca que no he dicho —recrimina ceñuda—. Los mellizos también se marchan, el hospital pierde a todos los Sinclair.

—Volvemos a casa —aplaudo—. Creo que es una señal que tanto mis sobrinos como yo salgamos de aquí el mismo día, ¿no te parece?

—Tú sabías que tu estancia terminaba —señala practica—. Los bebés han evolucionado muy bien y rápido por lo que es mejor que estén en casa con sus padres.

—Hablando de eso… —comienzo a decir—. ¿Cuándo te trasladas a casa de mis padres?

Alex carraspea, Maya lo mira de reojo y sé de antemano que no me va a gustar lo que voy a escuchar a continuación.

—Por el momento, no lo voy a hacer —lo sabía—. Emma y los mellizos me necesitan más que tú.

«Eso es mentira». Me gustaría patalear como un niño al que le han quitado su juguete favorito. Podría intentar convencerla como siempre hago, pero me he cansado, y simplemente asiento dándole la razón porque es lo que se espera de mi parte.

—Como prefieras —digo, intentando ocultar mi desilusión—. Estoy seguro de que Emma y Ethan lo agradecerán mucho. Cuídate.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar rezando para que mi hermano me siga de inmediato y no tenga que alargar esta conversación. Puedo sentir la mirada de Maya sobre mí, y no me detengo, no me giro a mirarla por última vez, porque sí, puede que lo sea. Cuando salga por la maldita puerta del hospital, comenzaré mi nueva vida, y si ella no quiere estar presente, no pienso seguir rogando.

—No corras —riñe mi hermano—. El coche está allí —señala a la derecha—. ¿Estás bien? —pregunta cuando estamos ya dentro y se dispone a arrancar.

—Lo estaré —sentencio con el firme propósito de conseguirlo.

El trayecto se me hace eterno, y cuando diviso la casa donde he crecido, contengo la emoción, cuando salí de aquí pensé que no regresaría jamás. Alex aparca y desciendo sin esperarle, recorro el

corto camino de entrada, y cuando la puerta se abre, tengo frente a mí a toda mi familia.

Emma con uno de los bebés en brazos, Ethan con el otro en uno de sus brazos y Giselle en otro, mis padres a cada uno de sus lados y Scott sujeta un montón de globos, tras ellos una pancarta de bienvenida donde se lee mi nombre junto al de los mellizos. Nunca me he considerado un hombre demasiado sensible, sin embargo, mis ojos se humedecen, y cuando mi madre me abraza y huelo ese aroma tan familiar en ella, dejo que las lágrimas fluyan.

—Al fin estás de vuelta —murmura, besándome con ternura—. ¿Estás contento? —se aparta y me sonríe, limpia el rastro de humedad de mis mejillas.

—Mucho —asiento mientras los demás me rodean—. Qué callado teníais todo —acuso, riendo mientras dejo que todos me abracen.

—Era una sorpresa —replica Emma—. Hemos ido a por los niños a primera hora de la mañana y vuelto aquí de inmediato. ¿Creías que no íbamos a recibirte como mereces?

—Deja que vea a mis sobrinos —espeto acercándome—. Madre mía, si se parecen a Ethan —exclamo sorprendido, mi hermano hincha el pecho con orgullo mientras su mujer rueda los ojos. Tiendo los brazos para coger a Giselle, que viene encantada.

—Ya lo veremos —masculla de vuelta, todos ríen—. ¿No te habrás enfadado por quitarte a Maya? —pregunta mientras pasamos a la cocina, donde mi madre tiene la mesa preparada con un montón de comida.

—No me has quitado nada —respondo con indiferencia—. Ella es libre de elegir, Emm. ¿Tu pregunta es si me ha sorprendido su decisión? —la miro, mi cuñada a perdido su sonrisa—. No, para Maya jamás seré siquiera una opción a tener en cuenta.

—Creo que has malinterpretado todo, hermano —intercede Ethan —. Será poco tiempo, de verdad, es que nos vemos sobrepasados con los mellizos.

—¿Me habéis escuchado quejarme? —cuestiono, comenzando a comer, no he desayunado y estoy hambriento—. Mientras Maya tenga donde vivir y un trabajo, no tengo por qué preocuparme.

Cumplí mi promesa, estoy tranquilo con eso —sonrío—. ¿Comenzamos la celebración?

Intento obviar la mirada que comparte con su mujer, lo cierto es que estoy tan dolido y furioso como nunca antes y no sé cómo gestionar toda esta mierda. Por eso mi única arma ahora mismo para no explotar y fastidiar todo lo que mi familia ha preparado es la indiferencia, puede que incluso consiga creérmelo y de una vez por todas pueda dejar a Maya atrás.

—¿Cómo te sientes ahora que tienes un corazón nuevo? —pregunta Scott, sentándose a mi lado y desviando la atención. Me dan ganas de darle un beso porque ha aligerado el ambiente sin pretenderlo, o tal vez sí, su mirada es capaz de trasmitirme cierta tranquilidad—. Siento no haber podido ir más a verte, alguien tenía que quedar al frente del departamento legal y Alex no tenía la cabeza donde debería.

—Lo entiendo —asiento, restándole importancia—. De verdad que no habéis dejado que me aburriera en exceso, y mucho menos me habéis dejado solo —le digo para tranquilizarlo—. ¿Por qué demonios estamos hablando del hospital?

—Tienes razón, hijo —replica mi padre—. Hablemos de cosas más agradables. Todo ha terminado y debemos seguir hacia delante.

—Brindo por eso —alzo un botellín de cerveza, antes no podía beber alcohol sin arriesgarme a sufrir las consecuencias, ahora pienso resarcirme—. Pienso probar cada una de las cosas que no podía comer o beber.

Doy un buen trago y hago una mueca por el sabor amargo, aun así, no me desagrada, sigo disfrutando de mi bebida mientras mi familia habla sobre los mellizos, mi sobrina no se ha separado de mi lado, así que juego con ella, sigue gustándome tanto como la última vez que lo hice. Mi sonrisa tiembla al recordar que estaba con ella cuando mi corazón decidió que no soportaba más, doy gracias a Dios porque sea demasiado pequeña como para recordar lo sucedido aquel fatídico día. Odiaría el hecho de que pudiera quedar alguna escena en su memoria que le causara dolor.

—¿Qué planes tienes, Anthony? —pregunta Scott.

—Volver a mi vida —respondo, no me pasan desapercibidos varios suspiros—. Mientras disfruto de lo que nunca he podido hacer.

—Con moderación —replica mi madre—. No nos hagas volver al hospital porque te dejaré el culo rojo como un tomate, señorito.

—Intentaré que no me dé un infarto —bromeo, nadie ríe, por supuesto—. Puede que vaya siendo hora de que me busque un apartamento pequeñito y…

—¿Por qué? —interrumpe de nuevo horrorizada—. No puedes vivir solo, ¿y si te pasa algo?

—Mamá… —suspiro, sabiendo que no va a ser facil salir del nido, pero sí necesario—. No va a pasarme nada, tienes que pensar que estoy sano, que ahora soy como Ethan o Alex.

Capítulo 11

Maya

Lo veo marcharse esperando no haberle hecho daño con mi decisión, ya que creo haber tomado la correcta. Sé que en casa de sus padres va a estar rodeado de su familia y muy bien atendido, que no va a necesitarme, por eso no logro comprender por qué me ha parecido ver una sombra de dolor cruzar su apuesto rostro.

—Seguro que lo entiende —susurro para convencerme a mí misma y dejar de sentirme culpable.

Mi último día en el hospital pasa sin pena ni gloria, mis compañeras me hacen una pequeña despedida que agradezco de corazón; por extraño que parezca, no siento dolor por dejar esta etapa de mi vida atrás, al contrario, me siento liberada.

—Esperamos que te vaya todo muy bien, Maya —dice una de ellas—. Ven a vernos de vez en cuando, y si quieres regresar, seguro que vuelven a darte tu puesto…

—Puede que sí —me encojo de hombros, porque no me apetece dar mucho detalle, aunque las más cercanas a mí saben de sobra lo ocurrido con Josie—. No os preocupéis por mí. Creo que necesitaba este cambio y ni yo misma lo sabía, después de lo de Jason, yo…

Muerdo mi labio inferior para contener la emoción, hablar de él cada vez se me hace más difícil y temo que llegue el día que ni siquiera pueda recordarlo sin sentir que se me clava como un puñal en el corazón.

—Date tiempo. —Una de ellas me abraza—. Todo volverá a la normalidad.

Asiento sabiendo que jamás volverá a ser igual para mí. Aun así, no tengo por qué cargarlas con mis problemas e intento poner la mejor cara mientras damos buena cuenta de lo que han preparado. Una hora después, salgo del hospital donde he pasado los últimos tres años de mi vida para no volver, lo observo largo rato, recordando todo lo que he aprendido durante este tiempo, despidiéndome de algún modo de una etapa de mi vida que no va a volver para comenzar una nueva.

Cojo un taxi que me lleve hasta la casa de Emma y Ethan, a pesar de que vivo con ellos, no puedo sentirme como en mi propia casa, espero pronto poder alquilar algo decente y tener mi propio espacio. Las luces están encendidas, supongo que la celebración ha terminado, y al entrar, el llanto de los mellizos me recibe, en el salón la estampa que me encuentro amenaza con hacerme estallar en carcajadas.

—Menos mal que has llegado —exclama Ethan—. ¿Puedes ayudarnos? No se callan, ya les hemos dado de comer, cambiado, y nada.

Cojo el que tiene Ethan, en su *body* tiene escrito el nombre de Eric, lo mezo cantándole mi nana favorita, la que tantas veces le he cantado a Giselle, lo hago en español y creo que eso, en cierta forma, les relaja. Emma suspira aliviada y se sienta con Evan todavía en sus brazos, ya más tranquilo.

—¿Cómo lo haces? —pregunta impresionada—. Me siento como una mierda de madre —se lamenta.

—No digas eso —replico de inmediato—. Ellos sienten vuestro nerviosismo, debéis acostumbraros los unos a los otros, los primeros días van a ser muy complicados.

—Con Giselle no lo fue tanto —rebate Ethan—. Encima, ella sigue siendo muy pequeña y también demanda nuestra atención, tengo miedo de no poder llegar a todo —murmura—. Y además no me he podido coger la baja por paternidad, estamos hasta arriba de trabajo.

—¿Tus hermanos no te pueden ayudar? —pregunto, dejando por fin a Eric en su cuna dormido—. Ahora que Anthony puede incorporarse…

—Él estudió *marketing,* no puedo dejarlo a cargo de la empresa —niega cansado, se lo veo en su rostro—. Alex y Scott son abogados, puede que entre los tres pudieran hacer algo, aunque no puedo dejar mi puesto.

—Cielo, no te fustigues —dice su mujer comprensiva—. Sabíamos esto de antemano, solo que nos ha sobrepasado, eso es todo.

Se acerca y le da un suave beso en la frente, le susurra un te quiero que me llega al alma. Evan también se ha dormido y le aconsejo que lo deje al lado de su hermano.

—Ve a darte una ducha y relájate un poco —casi es una orden más que un consejo—. Ethan, tú haz lo mismo, o algo que te relaje. Dejadme a mí con Giselle.

—Ni siquiera te has cambiado —rebate Emma—. Ve tú primero, mi marido y yo nos tomaremos una copa de vino mientras —sonríe —. No me repliques —advierte, haciéndome reír.

Subo las escaleras porque es más sencillo obedecer que perder el tiempo y las energías discutiendo con ellos. El agua caliente sobre mis músculos doloridos por la tensión del día me viene genial, disfruto de unos diez minutos de paz sabiendo que la noche va a ser movidita, nunca antes trabajé en el hospital en la planta neonatal, pero creo que con los mellizos Sinclair, voy a sacarme un doctorado.

Al bajar lo hago con cuidado para no despertarlos, sería ideal si nos dejaran cenar y reponer fuerzas antes de volver a la batalla. Por lo que no puedo evitar quedarme quieta al escucharlos mencionar el nombre de Anthony y el mío.

—Lo conoces —dice Emma—. Nunca ha sido así de frío. Te digo que no le ha sentado nada bien que nos quedemos a Maya en casa, creo que estaba deseando salir para poder pasar más tiempo con ella.

Frunzo el ceño, sé que no estoy haciendo bien al escuchar una conversación privada, aun así, no puedo evitarlo.

—Me di cuenta —le da la razón—. Es mi hermano y lo conozco muy bien, mi miedo es que actúe como un imbécil ahora que no hay

nada que le impida vivir la vida.

—No lo creo —rebate su mujer—. Anthony no es así, además, le importa demasiado esa chica como para meter la pata.

—He hablado mucho durante las semanas que ha estado en el hospital, Emma —algo en su voz me hace tensarme—. Y está tan ansioso por disfrutar de todos los placeres que se le han negado que temo que haga algo muy estúpido.

—¿De verdad? —cuestiona—. ¿Como qué?

—Quiere salir de fiesta, conocer chicas. —Frunzo el ceño y no entiendo el motivo—. Viajar, bailar, yo que sé… —termina de enumerar—. La lista es interminable —masculla.

—Es normal, cariño —replica Emma—. No ha vivido, nos ha visto a todos durante años disfrutar y sufrir mientras era un mero espectador, ahora le toca a él.

—Y no digo que no —responde de inmediato—. Soy el primero que quiero que sea feliz, pero temo que confunda la euforia del momento con lo que realmente merece la pena.

—Y te entiendo —concede—. Puede que no sea Maya, eso solo el tiempo lo puede decir. Ella no parece interesada, y creo que Anthony se sintió atraído por verla seguido en el hospital, era su enfermera y de algún modo la puso en un pedestal.

Me canso de escucharles hablar sobre nosotros, además, no me gustan sus argumentos, por lo que carraspeo para llamar su atención mientras entro en la cocina como si tal cosa. Por supuesto, de inmediato, el rumbo de la conversación cambia, nos centramos en Giselle y en planificar la noche con los mellizos.

Sin embargo, mientras ceno, no puedo evitar darle vueltas a lo que he escuchado. ¿Anthony me tiene idealizada? No soy estúpida y puede que ya supiera que le llamaba la atención, aunque lo he visto intentar ligar con cada una de mis compañeras y no le di importancia. Era algo que me sacaba de quicio y por eso siempre lo mantenía a cierta distancia. Saber que quiere vivir es lógico, lo que no entiendo es por qué su familia da por hecho que a mí va a importarme o que él debería medir sus acciones.

—Intentad descansar lo que podáis —aconsejo una vez la cocina está recogida y Giselle en su cuarto dormida—. Recemos para que

nos den una tregua —bromeo—. ¿Hacemos turnos?

—Yo haré el primero —se ofrece Ethan—. Emma necesita descansar.

—Estoy bien —rebate, el cansancio es muy obvio en ella.

—No repliques —dice su marido mientras le coge la mano.

Los veo subir las escaleras murmurando, apago las luces de la planta baja, me aseguro de que todas las puertas y ventanas están cerradas y me dirijo a mi habitación, no sin antes echarles un vistazo a los niños. Duermen así que me meto en la cama dispuesta a aprovechar para hacer lo mismo antes de que demanden nuestra atención.

◆◆◆

Miro el reloj de mi mesita cuando escucho el llanto de uno de los niños, las dos de la mañana, casi no soy capaz de abrir los ojos, y corro rápido intentando no despertar a los demás.

—¿Qué es lo que sucede, señorito? —susurro cogiéndolo—. Eric, eres demasiado demandante —amonesto con dulzura—. Vamos a darte de comer y cambiar el pañal para que puedas volver a dormir.

Lo saco de la habitación para que no despierte a su hermano y bajo las escaleras con mucho cuidado, no he encendido las luces y solo me guío por la claridad que entra de las farolas de la calle, no quiero caerme por nada del mundo, mucho menos llevando al hijo de los Sinclair.

Preparo el biberón y me siento en una de las sillas de la cocina, bostezo mientras lo veo comer con ansias, a pesar del cansancio, no puedo evitar sonreír al ver lo glotón que es, todo lo contrario a su hermano pequeño, que suele dormir mejor saltándose tomas que no debería. Cuando termina, lo hago eructar y subo de nuevo muy despacio para cambiarlo, lo mezo con cuidado por la habitación, y por suerte, después de la comilona se queda rápidamente dormido.

Me debato entre despertar a Evan, son casi las tres, decido dejarlo dormir y hacerlo en la siguiente toma porque me da pena obligarlo. Vuelvo a la cama, aunque no puedo dormir, y miro por la ventana contemplando la noche estrellada, preguntándome que estará haciendo Anthony.

«¿Por qué pienso en él?» Últimamente, lo hago mucho, y aunque lucho contra ello, cuando me quiero dar cuenta, de nuevo, ocupa mi mente. Recordando alguna de sus bromas, preocupándome por él o simplemente imaginándolo frente a mí sin motivo alguno.

—Debo de estar volviéndome loca —murmuro, cerrando los ojos para volver a dormir—. La falta de sueño me debe estar afectando al cerebro. No puede ser por otro motivo, me niego.

Capítulo 12

Anthony

Volver al trabajo ha sido como comenzar de nuevo. Me doy cuenta de que había olvidado lo mucho que me gustaba, y las muchas veces que tenía que irme a casa cuando me sentía fatigado y la culpabilidad que cargaba por ello.

Ver cómo las horas pasan y no debo descansar, ni siento presión en el pecho ni debo hacer un esfuerzo por respirar es casi mágico. Cada día, al despertar, doy gracias a Dios y a Jason por esta segunda oportunidad, por el milagro de la vida, por ello es inevitable que Maya no llegue a mi mente y que mi corazón golpee con fuerza dentro de mi pecho.

—¿Cómo ha ido la primera semana? —Alex y Scott entran a mi despacho—. No sé si te has dado cuenta, eres el último en la oficina —bromea mi cuñado—. ¿Pretendes hacernos la competencia?

Miro mi reloj y me doy cuenta de que tienen razón. Tengo tanto trabajo acumulado que las horas vuelan sin que me dé cuenta, suspiro y me estiro, la espalda la siento demasiado cargada; no pienso quejarme para que comiencen a preocuparse por nada. Me levanto, pongo el abrigo y cojo mi maletín, los sigo a la salida, escuchando cómo hablan, aunque sin prestar atención a su conversación.

—¿Te apetece venir a casa a cenar? —pregunta mi hermano, le miro descolocado por un momento—. ¿Estás bien? Pareces distraído —señala el móvil en mis manos.

—Lo siento, he quedado —respondo contento.

—¿Con quién? —Lo veo fruncir el ceño—. Anthony, acabas de salir del hospital.

—Y te recuerdo que mi médico me ha dado el alta —replico molesto—. No hagas esto, Alex —le pido—. Déjame vivir ahora que puedo, deja de preocuparte por mí, estaré bien. Solo he quedado con varios amigos de la universidad que hace mucho que no veo.

—Tiene razón, Alex —intercede Scott—. Es mayorcito, sé que te va a costar dejarle a su aire, pero tienes que empezar en algún momento.

—Muy graciosos —masculla—. De acuerdo, pásatelo bien y no hagas ninguna locura —advierte señalándome con el dedo—. Recuerda que te emborrachas con una jodida cerveza, así que cuidadito con el alcohol…

—Sí, papá —interrumpo rodando los ojos—. Eres peor que ellos —acuso—. No me han dicho nada y tú estás aquí dándome un sermón como si fuera un adolescente.

Mi cuñado se ríe y tira de mi hermano para que camine y alejarlo de mí, siento cómo lucha, lo veo en sus ojos. Odio hacerle esto, pero todavía odio más que él me lo haga a mí. Me dirijo hacia mi coche y me alejo de ellos intentando no sentirme culpable, no estoy haciendo nada malo, maldita sea.

Al llegar al restaurante donde he quedado y ver el grupo con los que nunca había podido hacer algo así, me olvido de mi mellizo, de mis padres y de todo lo demás, me permito disfrutar porque me lo merezco. Se alegran de verme y nos pasamos horas poniéndonos al día, después se unen varias chicas que también iban a la misma clase, y algunas novias de mis amigos.

—Me alegro muchísimo de verte, Anthony —me dice una chica rubia muy mona, que me suena mucho, aunque no le pongo nombre —. Susan.

—Eso —digo algo cohibido por mi despiste—. Disculpa, soy malísimo para los nombres y han pasado años, deberéis tener paciencia conmigo.

—No importa —dice sin perder la sonrisa—. Es normal, no te lo voy a tomar en cuenta, aunque espero que a partir de ahora no se te vuelva a olvidar.

«¿Está ligando conmigo?», me pregunto; en momentos como este, me siento como un completo imbécil que ha vivido en una burbuja autoimpuesta y que ahora al salir al mundo real se encuentra como pez fuera del agua.

—Tranquila —replico—. No lo olvidaré —le prometo con una sonrisa sincera, me ha parecido una chica supersimpática, y conforme más tiempo paso con ella, más recuerdos llegan a mi mente.

—¿Qué ha sido de tu vida? —pregunta interesada—. Cuéntame…

—Poca cosa —me encojo de hombros—. Supongo que recuerdas que estaba enfermo del corazón. —Asiente—. Pues, hace cosa de algo más de un mes, dijo que hasta aquí habíamos llegado y los médicos no podían hacer nada más por mí. La única esperanza que me quedaba era recibir un trasplante.

—Dios mío, Anthony —murmura—. Ha tenido que ser horrible —se lamenta.

—Sobre todo, para mi familia —replico—. Sin embargo, ocurrió un milagro y pude recibir un corazón fuerte y sano, por eso hoy estoy aquí frente a ti y no a dos metros bajo tierra.

—Pues doy gracias por ello, sería un desperdicio haber perdido a Anthony Sinclair. —No estoy seguro de si está bromeando o lo dice sinceramente, y no sé como actuar—. Imagino que ahora es tu momento, quieres disfrutar, ¿verdad?

—Bingo —exclamo—. Eres la primera que lo ha entendido sin necesidad de explicaciones —añado—. Sí, durante mi infancia y adolescencia no pude hacer nada, creo que es el momento de recuperar todo el tiempo perdido.

—Lo comprendo —asiente, bebe de su copa—. ¿Y qué es lo primero que quieres hacer?

—Bueno, lo primero ha sido venir aquí y poder beber un par de cervezas —bromeo, haciéndola reír—. Tengo tantos planes que ni siquiera sé por dónde comenzar.

—Pues ahora que nos hemos reencontrado, me gustaría que contaras conmigo para alguno de esos planes —dice algo cohibida, juguetea con el borde de su copa.

«Vale, parece que sí está interesada en mí…», pienso incrédulo. No he salido esta noche buscando nada más que reencontrarme con viejos amigos con los que había perdido el contacto, ya que cada uno había seguido con su vida y yo no podía seguirlos. Encontrarme con Susan no entraba en mis planes porque ni siquiera la recordaba, supongo que por aquel entonces las chicas no me interesaban, ya que sabía que no podía darles todo lo que merecían.

—Bueno… —comienzo a decir, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No sé si te interesarán mis planes; si lo hacen, estás invitada, por supuesto.

—Para eso deberás tener mi número y yo el tuyo —busca algo en su bolso, me tiende su teléfono—. Te tengo —aplaude cuando se lo devuelvo.

El mío vibra en mi mano y me doy cuenta de que es una llamada perdida, guardo su contacto, después veo varios mensajes de mi familia. Los leo por encima y me doy cuenta de que es bastante tarde, el tiempo se me ha pasado volando hablando con Susan, me he sentido tan cómodo y escuchado que no he sido consciente de que llevamos algo más de dos horas hablando.

—Es tarde —digo preocupado—. ¿Has traído coche?

—Lo cierto es que no —hace una mueca—. Por si bebía, he preferido venir en taxi.

—Puedo llevarte a casa —me ofrezco mientras pago la cuenta—. No he bebido más que una cerveza hace horas —añado.

—Pues gracias —ríe bajando de su taburete—. A estas horas sería casi imposible encontrar un taxi en esta zona.

—Vamos —nos despedimos de los demás, salimos entre silbidos de alguno de ellos que siguen comportándose como adolescentes salidos—. He aparcado en esa calle —señalo.

Una vez dentro del coche, le pido su dirección y me doy cuenta de que no vivimos muy lejos. Ahora que estamos solos, me siento algo más tímido, y eso que no lo he sido en la vida, ella parece que le ocurre lo mismo, y me concentro en conducir e intentar aligerar el ambiente. Una vez llegamos al destino, aparco en doble fila frente a su edificio, llega el momento de la despedida y lo cierto es que no sé qué espera de mí.

—Gracias por traerme —dice en voz baja—. Me he alegrado mucho de verte, Anthony.

—No hay de qué —replico—. Para mí también ha sido una sorpresa —sonríe, y la verdad que al hacerlo mi corazón golpea fuerte en mi pecho—. Espero que nos volvamos a ver.

—No lo dudes —replica misteriosa—. Buenas noches, Anthony.

—Buenas noches, Susan —se acerca y deja un suave beso en mi mejilla, abro los ojos como platos mientras observo como sale del coche y se dirige hacia su casa sin mirar atrás—. ¿Qué ha sido eso? —me pregunto a mí mismo.

Arranco y hago el camino de regreso a mi casa con una sonrisa…

Capítulo 13

Maya

Han pasado un par de semanas y la rutina ya se ha impuesto en la casa de los Sinclair. Giselle y los mellizos continúan demandando mucha atención, como es lógico, entre los tres podemos sobrellevarlo mucho mejor que los primeros días.

—¿Has llamado a Anthony? —pregunta Emma a su marido mientras recogemos la cocina.

—Sí —responde, intento que esa información no me afecte—. No puede venir a la comida porque ya tenía otros planes, me ha dicho que vendrá después.

—¿Qué planes son más importantes que comer con su familia? —cuestiona su esposa.

—No vendrá solo. —El plato que estoy secando se me escapa de las manos, cae al suelo, se hace añicos y, muerta de vergüenza, me agacho para recoger los pedazos—. ¡Cuidado!

«Demasiado tarde», pienso cuando uno de los trozos se me clava en la palma. Siseo por el dolor y me doy cuenta de que es más grave de lo que parece cuando un frío recorre mi antebrazo.

—Mierda —exclama Ethan arrodillándose a mi lado—. Vamos al hospital.

—Te diría que no, pero creo que me he cortado algún tendón. —Escucho el jadeo de Emma, rápidamente me ayudan a levantarme porque me siento muy mareada y me cubren la mano con una toalla —. Joder, estoy sangrando mucho.

Suena el timbre mientras nos dirigimos a la puerta y, justo cuando la abrimos, aparece Anthony, acompañado, y es como el remate de lo que acaba de suceder.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al verme—. ¿Estás bien, Maya?

—Como si te importara —espeto con saña sin comprender porque me siento de esta manera—. Ethan, por favor, estoy perdiendo mucha sangre…

—Nos vamos —sentencia—. Emma, ¿podrás con los niños?

—Yo la llevo —se ofrece el recién llegado.

—No —exclamo con firmeza, y camino hasta el coche de Ethan, los escucho discutir, pero no me vuelvo, espero con la mano en alto rezando para no haberme jodido el brazo de por vida.

—Sube —me abre la puerta y me siento. Cuando arranca, miro por la ventana para ver a Anthony junto a una chica rubia muy guapa con cara de circunstancias—. Llegaremos enseguida.

—Voy a ponerte el coche perdido —me lamento, intentando que la sangre no manche la tapicería—. Lo siento.

—Eso ahora no importa —replica sin apartar la vista de la carretera—. ¿Qué te pasa con Anthony? —pregunta, me mantengo en silencio, de hecho, cierro los ojos porque me siento algo mareada —. No te duermas —exclama asustado—. Joder, ¿alguien puede morir por un corte en la mano?

—No lo creo —murmuro—. No te preocupes por mí. Esto me ha pasado por imbécil, para la próxima tendré más cuidado.

Llegamos al hospital y gracias a Ethan me atienden de inmediato sin tener que pasar horas en la sala de espera. Como imaginaba, me echan la bronca por haber arrancado el trozo de cristal, eso hubiera taponado la herida, lo cierto es que lo he hecho sin pensar en la gravedad. ¿Quién tiene tanta mala suerte?

—Tenemos que asegurarnos, Maya, esto tiene mala pinta —dice el médico que me ha atendido—. Puede que tengamos que operar, ¿en qué demonios estabas pensando?

«En un imbécil», pienso enfadada. No respondo porque sería quedar como una idiota, así es como me siento ahora mismo, no logro comprender por qué he reaccionado de esa manera al saber que no vendría solo primero, y después al verlo por mis propios ojos.

Tras las pruebas, debo entrar en el quirófano. No me da miedo, me preocupa mi recuperación; ahora, en vez de ser una ayuda, seré una carga. Cierro los ojos mientras espero a que me preparen, me sorprendo cuando Ethan entra en la pequeña habitación donde me encuentro, su preocupación es palpable e intento tranquilizarle.

—Vete a casa, tu familia debe estar allí —le pido—. La operación será sencilla.

—Maya, me ha dicho el cirujano que probablemente tengas que hacer semanas de rehabilitación —rebate—. Deja de comportarte como si no fuera contigo la cosa, acabas de seccionarte varios tendones, joder.

—Mala suerte —me encojo de hombros—. De verdad que no es nada. Estaré bien.

—Tendrás que quedarte al menos un par de días ingresada —replica—. ¿Crees que eso lo hacen por nada? Tienen que hacerte trasfusión de sangre. —Se pasa la mano por su cabello en señal de nerviosismo—. De verdad que no sabía que algo así podía pasar…

—Nadie lo hace. —No quiero que se sientan culpables por mi torpeza—. Le puede pasar a cualquiera, Ethan. He tenido mala suerte porque me he clavado el cristal en una zona por donde pasan los tendones, eso es todo.

—Espera —alza la mano pidiéndome silencio—. Anthony me ha llamado mil veces —descuelga—. ¿Qué quieres? No lo he cogido porque no tenía nada que decir —guarda silencio, escuchando—. La tienen que operar y hacer una trasfusión —me mira de reojo—. No sé si va a querer hablar con…

Me tiende el teléfono, estoy tentada a no cogerlo, no quiero alargar la discusión; tengo que entrar al quirófano y quiero hacerlo lo más tranquila posible.

—¿Maya? —pregunta tras mi silencio—. ¿Te encuentras bien? ¿Por qué tienen que operarte?

—Me he seccionado dos tendones —respondo como una autómata—. No hace falta hacer tanto escándalo.

—¿Me estás vacilando? —cuestiona incrédulo—. Dile a mi hermano que voy para allá. Cuando llegue, él podrá irse.

—Tu hermano se va ya —interrumpo, intentando controlar mi nerviosismo—. No quiero a nadie aquí, Anthony.

—Me importa una mierda lo que digas —rebate con rudeza—. No pienso dejarte sola.

—Siempre lo estoy, no te he visto estás semanas muy por la labor, por lo que ahora sobras, siempre lo has hecho. —El silencio tras mis demoledoras palabras es asfixiante—. Tengo que dejarte.

—Te has pasado —reprende con frialdad—. ¿Qué demonios te pasa, Maya?

Vienen a buscarme, así que me libro de tener que responder, buscar alguna excusa para mi comportamiento, que está siendo irracional, lo sé.

—Vete a casa, lo digo en serio, Ethan —le digo mientras me llevan en silla de ruedas, no comprendo por qué, ya que soy capaz de andar perfectamente—. Cuando salga, estaré medio dormida, y si necesito algo, están las enfermeras. Dile a Emma que no se preocupe y que lo siento…

El mayor de los Sinclair no me responde, lo pierdo de vista cuando cruzo las puertas que separan la sala de espera de los quirófanos. De verdad espero que al salir no haya nadie esperando por mí, ni lo quiero ni lo necesito.

Durante la intervención, tengo tiempo de pensar, de analizar mi comportamiento, y lo cierto es que no quiero sentirme así. No necesito estos dramas en mi vida porque ya tengo bastante con lo que me ha tocado en suerte. Lo mejor será alejarme de los Sinclair por completo, ya no sirve mantenerme alejada del pequeño de la familia. Una vez la decisión está tomada, me siento aliviada, no puedo permitirme depender de ellos porque después será mucho peor, lo mejor será ocuparme de mí misma como siempre he hecho.

Capítulo 14

Anthony

Verla sangrando y pálida después de semanas ha sido un mazazo de realidad. Hubiera corrido a su lado si Emma y mi hermano no me hubieran detenido, han tenido que ser ellos los que me recordaran que no he venido solo. No estaba previsto que llegáramos pronto, de hecho, les había dicho que llegaría después de la comida familiar porque pensaba que Susan no iba a sentirse cómoda, ha sido una sorpresa que aceptara sin poner ningún problema.

—Te dejo en tu casa —le digo cuando cuelgo el teléfono, me importa poco que Maya me haya ordenado mantenerme alejado—. Lo siento mucho…

—No entiendo… —balbucea—. ¿Quién es esa chica? —pregunta. Emma se mantiene al margen, aunque estoy convencido de que escucha la conversación, algo que me hace sentir un poco cohibido.

—Una buena amiga de la familia —respondo—. Vamos, quiero llegar antes de que salga de quirófano. ¿Estarás bien, Emm? —pregunto, rezando para que me diga que sí.

—Ve —asiente—. Seguro que Ethan vendrá en cuanto la deje en tus manos. Dile que no se preocupe por los niños y que haga caso a los doctores. Lamento que la visita haya sido tan corta, Susan —se despide de mi acompañante.

—No importa —replica—. En otra ocasión será…

Subimos al coche, conduzco a más velocidad de la indicada, no puedo evitarlo, solo quiero llegar junto a Maya a pesar de su negativa. Puedo notar la mirada de Susan puesta sobre mí, en otro momento, puede que me pusiera nervioso, o incluso me sintiera

culpable por cancelar nuestra cita por otra mujer, pero no ahora, no cuando la chica que me vuelve loco aunque luche contra ello sé que está siendo operada.

—Te llamaré —le digo como despedida, asiente tras unos instantes de vacilación y sale del coche—. Adiós.

Acelero y me encamino hacia el hospital, maldigo porque, cuando salí hace unas semanas, me prometí no volver a poner un puñetero pie allí y ahora Maya me obliga a incumplir esa promesa.

—¡Ethan! —grito al entrar, está sentado, al verme se levanta—. ¿No ha salido?

—Hace diez minutos que ha entrado —explica—. El cirujano ha dicho que puede tardar un par de horas, ya que la operación es delicada.

—Joder —mascullo, dejándome caer en una de las sillas—. ¿Qué ha pasado? —pregunto mirándolo, no he podido hablar con Emma porque estaba Susan.

—Estábamos recogiendo los platos. Emma fregaba y Maya secaba —comienza a decir con el ceño fruncido como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar—. No sé de qué estábamos hablando… —guarda silencio—. Hostia, sí —exclama—. Te he nombrado e y he dicho que no vendrías solo.

Parpadeo sorprendido y, aunque mi corazón reacciona emocionado, intento buscar una explicación lógica. Puede que haya sido una simple casualidad, Maya no ha hablado conmigo desde que salí del hospital, ¿por qué reaccionaría de ese modo cuando le soy indiferente y lo ha dejado claro de mil maneras distintas?

—Seguramente ha sido el susto al pensar en verme —intento bromear—. No busquemos explicaciones, accidentes de estos ocurren todos los días, solo habrá sido casualidad.

—Si quieres creer eso… —se encoge de hombros—. Emma debe estar preocupada, ¿puedes…? —pregunta sin terminar la frase—. Va a maldecirnos cuando te vea aquí, solo le ha faltado mandarme al infierno —hace una mueca, termino riendo porque es muy del estilo de Maya.

—Yo me hago cargo —asiento—. Dile a los demás lo que ha pasado, que no se preocupen, ella es dura de pelar.

—No sé si se alegrará de verte… —mi hermano duda—. ¿Podrás con ella?

—No lo dudes —me jacto—. Mueve el culo —ordeno entre risas.

—Por cierto, ¿quién es la rubia que te acompañaba? —pregunta levantándose—. ¿No te dije que no hicieras tonterías?

—Es una compañera de universidad, coincidimos la otra noche —explico—. La verdad es que ni me acordaba de Susan, conectamos y hemos quedado varias veces. No creo estar haciendo nada malo, Ethan.

Me mira frunciendo el ceño, niega con la cabeza como si me diera por perdido, se marcha dejándome solo en la sala de espera, y mi pierna comienza a subir y bajar por los nervios. Normalmente, soy yo quien hago esperar a mi familia, estar en la otra parte de estas puertas me es extraño.

Miro la hora por quinta vez, y cuando el cirujano sale, me levanto como un resorte, me explica que todo ha ido bien y que espera que la recuperación sea buena y rápida. Por desgracia, tiene que hacer rehabilitación, no sé cómo se lo va a tomar porque es una mujer muy independiente, va a detestar el hecho de necesitar ayuda, y lo cierto es que quiero ser yo quien se la preste.

—¿Qué haces aquí? —es lo primero que dice cuando sale en la camilla empujada por un celador—. Creía haber dejado claro que no hacía falta que nadie se quedará conmigo. Estoy bien, vete a casa, y atiende a tu invitada.

Si no la conociera, diría que lo dice con retintín. Como tenemos compañía y no me apetece hablar delante de extraños, guardo silencio. Una vez instalada en la habitación, me aseguro de que está cómoda y me siento para dejarle claro que no pienso marcharme. Su mirada furibunda me confirma que no está nada contenta, solo sonrío para sacarla de quicio, es tan fácil que resulta un juego de niños del que disfruto la mayor parte del tiempo.

—No te creas que vas a quedarte —masculla—. Puedes largarte de inmediato, casi lo agradecería. No soy ninguna inválida.

—No puedes mover esa mano, Maya —señalo—. Y como no eres zurda, apostaría a que tus movimientos se han limitado bastante.

—Me las apañaré —espeta; como imaginaba, no le gusta esta situación—. No me mires así —ordena—. No me estoy muriendo.

Pierdo la sonrisa que adornaba mis labios, no me gusta que hable de esa manera, he estado tan cerca de la muerte que detesto que la gente hable tan a la ligera de una vieja amiga de la cual no quiero saber en muchísimo tiempo.

—No hables tan a la ligera —amonesto—. No importa lo que digas o hagas, no pienso moverme de aquí.

—Pues tu novia va a estar encantada —exclama irónica, alzo una de mis cejas porque no sé de dónde se ha sacado que estoy saliendo con Susan—. Desde luego, eso de darte prisa en vivir lo estás cumpliendo a rajatabla.

—¿Tienes algún problema con eso? —pregunto, frunciendo el ceño, rezando para que diga lo que quiero escuchar—. Todavía no he hecho ni la cuarta parte de mi lista.

—Ah, que tienes una lista… —sigue ironizando—. Pues ahora ya me dejas más tranquila.

—¿Has tenido novio? —pregunto, dejándola sorprendida—. Yo no —no me avergüenza reconocerlo—. ¿Te han dado un beso? Me dieron uno con diez años y casi la palmo. —Recordar aquel día ya no me produce desazón—. ¿Has viajado? Yo no podía siquiera acabar mi jornada laboral.

—No he viajado porque nunca he tenido dinero —dice tras un breve silencio, mira hacia la ventana, no a mí—. Me dieron mi primer beso con catorce y Jason casi lo mata a golpes. —Una tenue sonrisa se dibuja en sus hermosos labios—. Nunca he salido con nadie porque no he tenido tiempo. Tenía que mantener a una familia y proteger a un hermano, como sabes, fallé estrepitosamente.

—No lo hiciste. —Me mira como si fuera estúpido—. No podías protegerlo eternamente, estoy seguro de que Jason, allá donde esté, no te guarda ningún rencor.

—Cuando estás a mi lado, lo siento cerca —susurra—. Sé que su corazón bombea en tu pecho…

No me gusta eso, no quiero que vea a su hermano en mí, necesito que me vea como un hombre. Sin pensarlo mucho, me levanto y recorro la poca distancia que nos separa, abre mucho los

ojos cuando invado su espacio personal. Estoy tan cerca que puedo ver las motas marrones en sus ojos de color verde, actuo con rapidez sabiendo que no tengo mucho tiempo; si se lo doy y reacciona, es capaz de darme un puñetazo.

La beso, cierro los ojos disfrutando, aunque no sea el mejor que le haya podido dar. Ella se mantiene inmóvil, no me devuelve el gesto, tampoco me aparta. Intento profundizar, y cuando me lo permite, me siento tentado a gritar, aunque para hacerlo tendría que dejar de saborearla y no estoy dispuesto. Mi mano se pierde entre su cabello castaño y me aferro a su nuca, la suya me coge de la sudadera que llevo, espero el empujón, aunque no llega, al contrario, siento cómo jala de mí para profundizar más en su sabor.

Soy yo el que me alejo cuando siento cómo mi cuerpo reacciona, gimo y me aparto con la respiración agitada. Maya abre los ojos lentamente, oscurecidos por el deseo, casi me hacen claudicar y cometer una locura, sin embargo, recuerdo dónde nos encontramos, me alejo y vuelvo a sentarme en la silla para intentar recuperar la cordura y templar mi ánimo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta tras un carraspeo y arreglar su cabello sin mirarme.

—Quería comprobar una cosa, además, tenías que ser tú la primera a la que diera un beso —replico, ocultando con un deje de ironía mi nerviosismo y mi miedo a su réplica.

—Cuánto honor —sisea—. Guarda los experimentos para tu novia —escupe, mirándome furiosa—. La próxima vez que se te ocurra algo semejante te arrancaré la lengua.

—Ni tú serías tan cruel —replico, fingiéndome horrorizado—. ¿Estás celosa, Maya? —pregunto.

Me mira como si quisiera matarme y no dudo que lo haría si pudiera, mantengo un semblante risueño aparentando una indiferencia que estoy a años luz de sentir.

—¿Eres imbécil? —cuestiona de vuelta, muerdo mi labio inferior y agacho la cabeza para que no vea que me estoy conteniendo para no reír, me siento eufórico porque no lo ha negado, podría haberlo hecho, pero ha optado por atacarme—. ¿Por qué debería estarlo? ¿Acaso hemos sido o somos algo el uno para el otro? —Esa pregunta

borra de un plumazo mi sonrisa, alzo la mirada—. Anthony, solo he sido tu enfermera, tú uno de los enfermos a los que cuidaba, uno muy tonto y pesado debo añadir.

—¿Solo soy eso? —pregunto, levantándome muy despacio, se tensa y me mira con desconfianza—. ¿Besas de ese modo a todos tus pacientes?

—Yo también quería comprobar algo —replica, alzando el mentón con orgullo—. ¿Eres el único que puede experimentar?

—No he dicho eso —me defiendo—. ¿Y qué querías comprobar si puede saberse?

—Si me eres indiferente —se encoge de hombros, espero que diga algo más con el corazón encogido; no lo hace.

—¿Y el veredicto es…? —cuestiono casi sin aliento llegando al lado de su cama, alza la mirada para encontrar la mía, rezo para que no sea capaz de leer el anhelo en mis ojos.

—Lo que suponía —termina diciendo tras nuestro duelo de miradas, aparta la suya—. Es como besar a un hermano.

Aprieto mis puños con rabia y dolor, la observo durante unos minutos intentando calmarme, finalmente no lo consigo.

—Vete a la mierda, Maya —escupo sin poder controlarme.

Salgo de la habitación con la intención de largarme…

Capítulo 15

Maya

Sé que me he pasado al escuchar el dolor en su voz, el portazo que le sigue a sus últimas palabras me hace dar un respingo en la cama. Espero que regrese, miro durante lo que me parecen horas… No sucede y mi corazón se encoge un poco más.

—Puede que él no sea capaz de verlo —susurro para animarme a mí misma mientras giro la cabeza y miro por la ventana, ya ha oscurecido—. Es lo mejor…

Llevo a mis espaldas una mochila que pesa demasiado como para que otra persona la cargue por mí. Es la primera vez que le he mentido, ese beso que me ha dado no era algo que me esperara, no estaba preparada para el estallido de sensaciones que se ha apoderado de mi cuerpo. Además, aunque no lo quiera reconocer, hay otro motivo más poderoso para hacer lo que he hecho; el miedo, he sentido miedo de lo que puede terminar significando Anthony Sinclair para mí.

Creo que siempre he sabido que sería demasiado peligroso dejarle acercarse, por ello me era más fácil mantenerlo alejado de mí ante el choque de caracteres; sin embargo, eso ahora ya no sirve. Me he visto poco a poco envuelta en su familia, adoro a sus sobrinos y ellos a mí, Emma poco a poco se ha convertido en una buena amiga a pesar de que he intentado mantener las distancias, incluso Alex o Ethan han conseguido que de cierta manera confíe en ellos.

No puedo evitar preocuparme por Anthony, ha comenzado a llover y he hecho que se marche furioso, me siento inquieta por la culpabilidad, cojo mi teléfono y llamo a Emma para saber si ha llegado a su casa. Puede que este con esa chica tan guapa ahogando su mal humor, eso hace que el mío crezca.

—Hola, Maya —saluda—. ¿Me llamas por qué ya sientes deseos de acabar con mi cuñado? —bromea, eso me deja claro que no está con ellos.

—No exactamente —mascullo, arrepintiéndome por llamar, ya que tendré que dar explicaciones—. Solo quería saber si estaba con vosotros.

—Estaba contigo… —replica dudosa—. ¿Qué has hecho? —pregunta, dando por sentado que he sido yo quien ha metido la pata, me conoce bien, no puedo negarlo.

—Ha sido él —me defiendo, al otro lado de la linea solo escucho silencio—. Me ha besado y…

—¡Alto! —grita sorprendiéndome—. ¿En qué momento habéis llegado a besaros? Si ni siquiera os habéis visto desde que salió del hospital…

Escucho murmullos y como un extraño forcejeo que me deja saber que no está sola y que alguien más se está enterando de una conversación que debería ser privada.

—Hablamos en otro momento —replico sin intención de contarle nada más—. Me duele muchísimo la mano, Emma…

—¿Has pedido algo para el dolor? —pregunta ahora preocupada —. No puedes pasar la noche sola, maldito Anthony, voy a llamarlo y…

—No —exclamo alzando la voz—. No quiero que vuelva obligado, ni de ninguna otra forma, pediré algo para el dolor y voy a pasar la noche durmiendo, es una tontería que alguien venga. Buenas noches, Emma.

Cuelgo, aunque escucho como rebate mis palabras; si dejo que siga hablando, me convencerá, y lo único que quiero ahora mismo es estar sola, que el dolor de mi mano disminuya y que acabe esta mierda de día. Aprieto el botón y una enfermera no tarda en aparecer. Le digo lo que me pasa y sale de la habitación para ir a por

la medicación, al volver cambia algo del gotero y me da una pastilla que me explica es para que duerma mejor.

—Gracias, buenas noches —me despido, ella hace lo mismo con una dulce sonrisa en su rostro. Recuerdo cuando yo hacía lo mismo, ahora eso también ha cambiado—. No debería haberlo dejado… —susurro esperando que la medicación haga efecto.

◆◆◆

Despierto cuando la claridad del sol es lo suficientemente fuerte como para molestarme, estoy acostumbrada a correr las cortinas, y si no lo hago, me despierto por la claridad.

Me sorprende encontrar a Anthony dormido en el incomodo sillón del acompañante; cuando caí rendida al sueño, él no había vuelto, ¿por qué lo habrá hecho? ¿Obligado, o por propia voluntad? Me molesta no saberlo, decido que es el momento de que despierte y me saque de dudas, nunca he sido una mujer paciente, comenzar ahora va a ser difícil.

—Anthony —susurro, espero unos segundos que se me hacen eternos, pronto me queda claro que no se entera y que tendré que tomar medidas drásticas, solo rezo para que no nos echen del hospital por ello—. ¡Anthony! —grito, se despierta sobresaltado.

—¿Qué pasa? —se acerca a mí somnoliento—. ¿Te duele? Cuando llegué, la enfermera me explicó que tuvieron que darte algo más fuerte para el dolor. Siento mucho haberme ido así, Maya —lamenta, yo solo puedo mirarle cierta parte del cuello donde veo una mancha amoratada que sé muy bien de que se trata, me enfurezco son poderlo controlar.

—¿Qué sientes, Anthony? —siseo, y si pudiera darle un guantazo, lo haría, pero justo está en mi lado de la mano herida—. ¿Haber tenido que volver y no poder pasar la noche entera con la tipa que te hizo eso en el cuello? —cuestiono, me mira horrorizado y se tapa la zona expuesta.

—Maya, yo… —Algo en mi mirada debe dejarlo sin palabras porque no sigue hablando, cosa que agradezco, las excusas siempre me han parecido patéticas.

—Jamás vuelvas a ponerme una mano encima, Anthony Sinclair —sentencio con una frialdad que nace de la furia y decepción más absoluta—. Ni a decir o insinuar que sientes algo por mí. A partir de este momento, quiero que te mantengas alejado, comprenderás que no vaya a vivir a una casa donde tú también estás, por el momento voy a quedarme con tu hermano y con Emma porque se lo debo, después me iré, continuaré con mi vida sin que ninguno de vosotros esté en ella.

—No me has dejado explicarme —acusa—. No es lo que crees, de hecho, no tengo por qué darte ninguna jodida explicación, Maya —espeta enfadándose ante mi silencio—. ¿Eres consciente de que no somos pareja? ¿De que llevo años intentando acercarme a ti y tú no me has dado ni la hora?

—¿Es culpa mía? —pregunto incrédula por su desfachatez—. ¿Te recuerdo que ayer me besaste, Anthony? Entiendo que vas a vivir todo aquello que no has podido hasta ahora, pero eso no significa que vaya a permitirte jugar conmigo, estas mierdas no me van.

—No estoy jugando —sisea pasándose una mano por el pelo ya bastante despeinado, me doy cuenta de que lleva la misma ropa que ayer—. Me fui de aquí hecho mierda por tu culpa. —Escuchar como lo reconoce casi me hace flaquear, casi—. Que me dijeras que el mejor beso que me han dado en mi vida para ti había sido un poco menos que una mierda me jodio vivo, Maya. No sé si eres consciente de lo hiriente que puedes llegar a ser, o tal vez es que yo te he dado demasiado poder, créeme que he intentado quitártelo, pero no lo consigo —se lamenta.

—Por lo que veo, encontraste quien te pudiera consolar —me burlo, sintiendo como una cuchillada—. Entonces no entiendo por qué te quejas tanto…

—No sé si eres estúpida o te lo haces. —Lo miro, advirtiéndole que no pienso consentir que me falte al respeto—. ¿Nunca te has enamorado a primera vista?

—Tú no estás enamorado de mí —señalo con mi mano buena la evidencia sin decir palabra alguna—. Como te dije, por algún motivo que no logro comprender, me has puesto en un pedestal, bájame y todo habrá acabado.

—¿Cres que no lo intento? —grita, perdiendo los nervios—. Y me lo pones fácil, muy fácil, Maya, porque eres una perra sin sentimientos.

—Lárgate de aquí —siseo harta de sus insultos—. O te marchas, o llamaré a seguridad. Ve a insultar a quien te aguante.

—Ya que me has sentenciado, porque, tarde o temprano, ibas a encontrar algún motivo para hacerlo —replica con rabia—, al menos, te lo he dado yo, no has tenido que inventarlo —se ríe, aunque no llegue a sus ojos—. Voy a decirte lo que llevo callando tanto tiempo, después de todo, ya no tengo absolutamente nada que perder contigo.

—Acaba de una maldita vez. —Aparto la mirada, duele demasiado porque he sido demasiado estúpida.

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. —Contengo la respiración, no le miro o terminaré rompiéndome—. Te observé durante tres años porque no podía acercarme a ti sabiendo que ni siquiera podría ofrecerte una relación normal, tenía un pie en la tumba. Y, ahora, cuando puedo darte todo —maldice en voz baja—, no haces otra cosa que apartarme como si fuera una mierda, un insecto molesto. Y si intento continuar con mi vida, tienes el cuajo de enfurecerte y recriminarme cuando no somos nada porque tú no quieres.

El silencio se instala en la habitación, solo se escucha su respiración agitada, tanto que lo miro preocupada por si le sucede algo por mi culpa. Me mira entre dolido y furioso, se acerca a mí, nos retamos con la mirada.

—No me mires como si tuvieras miedo por mí —ordena entre dientes—. Mi corazón está perfectamente, aunque me lo estés partiendo en mil pedazos. Puede que no lo creas por mis actos. —La tristeza en su voz es palpable—. Pero me estás matando. Sin embargo, no voy a intentar explicarme porque no quieres escucharme, me has juzgado y sentenciado, y de nada sirve darse cabezazos contra una pared salvo para seguir haciéndome daño.

—Eres un genio retorciendo la realidad a tu conveniencia —replico—. Eres tú el que ayer me besó, se fue de aquí para tirarse a

otra y el que ahora está de nuevo frente a mí jurándome amor eterno…

—No te equivoques —rebate—. No te estoy jurando amor eterno porque pienso encargarme de olvidarte —dice con firme convicción —. Me lo estás poniendo muy fácil, a partir de ahora no voy a sentirme culpable cuando preste atención a otra chica que no seas tú, cuando me deje querer, me has liberado, Maya.

—Pues me alegro —replico, intentando esconder el escozor que me producen sus palabras—. Sigue dejándote querer, sé feliz y aléjate de mí si tan mala soy. Es lo que siempre he querido, te ha costado entenderlo.

—Cierto —asiente alejándose, siento frío—. Adiós, Maya.

Capítulo 16

Anthony

Salgo con el corazón hecho pedazos, pero más convencido que nunca de que todo ha terminado con Maya, si es que alguna vez empezamos algo. Me siento como un gilipollas por haber vuelto anoche, por detenerme, por sentir que le estaba siendo infiel cuando siempre me ha dejado claro que le importo menos que una mierda.

—A la mierda todo —mascullo, subiendo a mi coche, arranco y me dirijo a mi casa, estoy agotado y lo último que necesitaba en estos momentos era una escena de celos.

Reconozco que después de la discusión de ayer me sentía tan furioso, escucharle decir que mi beso había sido como el de un maldito hermano, lo vi todo rojo y no sé como acabé en casa de Susan. ¿Por qué lo hice? Me lo he preguntado hasta la saciedad, y, aun así, no he obtenido una respuesta satisfactoria. Ella no tiene la culpa de mis problemas y de que mi corazón sea tan Kamikaze como para escoger a una mujer que en lugar de sentimientos tiene piedras.

Recordar lo que estuvo a punto de pasar entre nosotros todavía me pone muy nervioso.

◆◆◆

Llamo al timbre y Susan no tarda en responder, no me molesto ni en esperar el ascensor, subo los tres pisos sin ahogarme ni perder el conocimiento en el proceso, dejando claro que mi operación ha sido todo un éxito.

—Hola, Anthony —saluda, esperándome en su puerta, en su mirada hay una pregunta sin formular—. No te esperaba a esta hora…

—Hola, Susan —intento controlarme, ya que ella no tiene ninguna culpa—. Estaba por aquí y me apetecía verte —una mentira como una casa—. Espero que no te importe. Después de lo de antes, me sentía un poco mal…

—Por supuesto que no —replica sonriente—. Pasa. Estaba a punto de pedir algo para cenar, ¿te apetece quedarte? —La invitación me sorprende un poco, sin embargo, acepto sin pensarlo demasiado.

La cena pasa entre anécdotas y risas, lo cierto es que con Susan consigo olvidarme de los quebraderos de cabeza que me produce Maya, el enfado que me cegaba pasa a segundo plano, aunque mirar mi teléfono y ver que no se ha puesto en contacto conmigo me enciende, ni siquiera herida es capaz de pedir ayuda.

Hemos bebido bastante, me doy cuenta cuando nos sentamos en el sofá y todo me da vueltas, y lo confirmo cuando ella se lanza y me besa, no me aparto porque no soy capaz de actuar con rapidez, por lo que cuando mi cerebro registra lo que está sucediendo, mi cuerpo ya ha tomado el control. Me dejo llevar. Besos, caricias, jadeos y deseo, aunque no como yo pensaba que sería, ¿qué demonios me pasa? Me siento como un traidor, como un hombre que le está siendo infiel a su mujer, jadeo al sentir una fuerte succión en mi cuello y cómo una de sus manos se cuela en mi pantalón.

—Creo que deberíamos parar —me alejo, Susan me mira confundida, sus mejillas enrojecidas y sus ojos oscurecidos dejan claro lo excitada que se encuentra, y yo podría darme de cabezazos por rechazar lo que me ofrece—. No he venido para esto…

—¿No te gusto? —pregunta avergonzada—. Yo pensé que…

—Eres preciosa y una mujer increíble —interrumpo porque no quiero que piense que ella es el problema cuando lo soy yo—. Ahora mismo estoy hecho un lío, y no quiero comenzar nada sin estar seguro, no quiero hacerte daño, Susan.

Me mira durante unos instantes que parecen eternos, finalmente asiente comprendiendo, y una tenue sonrisa adorna sus labios hinchados por mis besos. ¿Cómo he sido tan imbécil como para rechazarla?

◆◆◆

Y ahora estoy más convencido que nunca de que fue un grave error detenerme, sé que le hice daño a una persona que no se lo merecía por otra la cual le soy indiferente. Si pudiera dar marcha atrás, no lo haría, y no pienso volver a hacerlo, sé que Susan se siente atraída por mí, por lo que no voy a seguir retrocediendo, puede que ella sea lo que estaba esperando, ya que me niego seguir aferrándome a un espejismo.

—Dime —pongo el manos libre al escuchar la melodía de mi móvil.

—¿Estás en el hospital? —pregunta Alex.

—Estoy yendo a casa. —Silencio—. ¿Por qué?

—Queríamos saber cómo estaba Maya…

—Muy bien —respondo—. No dudéis de que será capaz de apañárselas muy bien por ella misma.

—Anthony —no me pasa desapercibido el tono de advertencia—. ¿Qué estás haciendo? Nunca has sido un estúpido, pero últimamente te llevas la palma.

—Yo también te quiero, hermanito —replico—. He pasado la noche con ella, no la he dejado sola si eso es lo que me reprochas.

—Ahora nos vemos —cuelga, entiendo que o está en casa de nuestros padres, o va para allá. Le conozco y sé que no lo va a dejar pasar, supongo que es mi penitencia por haberme metido en las dos relaciones de mis hermanos mayores.

Mientras aparco, veo cómo Alex llega preparado para irse al trabajo. Entramos los dos en la casa, saludo a mis padres y le cuento lo sucedido, subo a mi habitación y me doy una ducha rápida, al salir descubro que mi mellizo está sentado en mi cama esperándome.

—¿Pensabas que te ibas a escapar? —pregunta con ironía.

—No estoy huyendo, Alex —respondo con tranquilidad—. Solo preparándome para ir a trabajar, al igual que tú.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. ¿Y quién cojones te ha hecho ese chupetón? Joder, pensé que jamás tendría que preguntarte algo así.

—Por el amor de Dios —exclamo harto del tema—. ¿Por qué te escandalizas como una vieja? —cuestiono molesto—. No tengo por qué darte explicaciones, lo sabes, ¿verdad?

—¿Me estás vacilando? —replica levantándose—. Anthony, esto no es un juego. ¿Por qué estás a la defensiva conmigo? No soy tu enemigo.

Suspiro mientras me hago el nudo de la corbata, no me sale a la primera y decido prescindir de ella, la arrojo furioso al suelo, no logro templar mi furia porque no logro olvidar lo que tanto deseo conseguir.

—No he dicho que lo seas —respondo, le miro—. No ha pasado nada. Solo las cosas normales de la vida —me encojo de hombros—. Supongo que alguna vez tenían que partirme el corazón… —intento bromear, sin embargo, él no sonríe.

—Has discutido con Maya —no es una pregunta—. Imagino que esa marca habrá sido el motivo, ¿qué esperas de ella? ¿De Susan? —Lo miro sorprendido—. ¿Creías que no me iba a enterar? Te dije que no actuaras por impulsos, joder.

—No fui a casa de Susan con la intención de follármela —me defiendo.

—¿Lo hiciste? —parece casi horrorizado, en otro momento me hubiera reído a carcajada limpia.

—No —espeto con rabia—. Fui tan imbécil de pararla porque me sentía mal por Maya.

—Menos mal —suspira aliviado, lo miro como si hubiera perdido la cordura—. Al menos fuiste capaz de pensar con la cabeza y no con lo que cuelga entre tus piernas.

—Tiene cojones que me lo digas tú —replico.

—Perdona, nunca he sido promiscuo —es su turno de defenderse —. Ese fue Ethan…

—No lo hice y me arrepiento. —Me mira con el ceño fruncido—. Ya he dejado las cosas claras con Maya, soy libre para hacer lo que me dé la gana, de hecho, siempre lo he sido, pero como soy un estúpido, mi corazón no lo entendía.

—Ahora estáis enfadados —intenta mediar—. Deja que se calme y volvéis a hablar, ¿no ves que si siente celos es porque no le eres indiferente? —pregunta.

—Pues lo disimula de maravilla —ironizo—. Me dijo que era como besarse con un hermano —añado entre dientes—. ¿Cómo te quedas? —pregunto al ver que me mira sorprendido.

—¿La has besado? —Asiento—. ¿Antes o después de eso? —señala la marca, ruedo los ojos harto de tanto escándalo.

—Antes —respondo de mala gana—. ¿Qué diferencia hay?

—Joder —exclama pasándose una mano por el pelo—. Eres gilipollas.

—¿De parte de quién estás? —cuestiono ofendido—. Te recuerdo que eres mi hermano.

—Supongo que al verlo se ha puesto hecha una furia, ¿me equivoco? —No respondo, no lo creo necesario—. Y tú habrás reaccionado como el culo.

—Le he dicho la verdad —rebato—. Estoy hasta los huevos de tener que ir con pies de plomo a su alrededor cuando mi único crimen ha sido enamorarme de quien no debía.

—Le has dicho a la chica de la que estás enamorado desde hace tres años lo que sientes, después de haberla besado —le miro con desconfianza porque no sé por donde me va a salir—. Te largaste y te acuestas con otra, ¿y dices que no entiendes por qué se enfada?

—No lo hice —vuelvo a repetir—. ¿Estás sordo? —alzo la voz—. Y, aunque así hubiera sido, no tendría derecho a decirme nada —añado.

—¿Y si ella hiciera lo mismo? —No necesito expresarme con palabras para dejarle claro lo que pienso, su risa lo dice todo—. No te gustaría, y lo sabes, y pretendes que Maya te dé una palmadita en la espalda y te felicite por ser un machote.

—No he dicho eso —inquiero—. Te recuerdo que tenemos que ir a trabajar. Si has terminado de echarme la bronca, yo me voy, tú haz

lo que te dé la gana.

—Estás a la defensiva porque sabes que has metido la pata, Anthony. —Me sigue mientras bajo las escaleras—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Nada —respondo, entrando en la cocina, me sirvo un café y le doy un mordisco a una tostada.

—¿Por qué discutís? —se interesa nuestra madre—. ¿Qué es eso que tienes en el cuello? —pregunta, entrecerrando los ojos y acercándose a mí, me aparto mientras mi hermano comienza a reír.

—Me voy, algunos trabajamos —mascullo, huyendo de mi madre como de la peste. Aunque me llama, no me detengo y llego al coche como alma que lleva el diablo.

Ni siquiera me molesto en asegurarme de si mi mellizo me sigue o no, me importa poco si llega tarde o ni siquiera se presenta en la oficina. No me ha gustado su sermón, puede que diga que está de mi parte, pero no es lo que me ha parecido. Soy consciente de haber cometido un error, mas no es necesario lapidarme, al menos me ha ayudado a continuar rumiando mi furia, seamos sinceros, me conozco y sé que dentro de unas horas comenzaré a flaquear.

No pienso permitirlo, si quiero seguir conservando mi cordura, necesito alejarme de Maya y darme la posibilidad a mí mismo de conocer a una chica que sepa lo que quiere, y lo más importante, que me quiera a mí.

Al llegar a la empresa, Ethan ya está en su despacho y rezo a todos los dioses que se me ocurren para que no me haga parar, con Alex he tenido suficiente. Cuando parece que he sido escuchado porque está hablando por teléfono, me encierro en mi despacho dispuesto a sumergirme en mi trabajo e intentar olvidar lo sucedido.

Ni Scott ni mi hermano mayor han sacado el tema en todo el día y debo agradecerlo, Alex no está muy contento, y me importa poco. Lo único que tengo más claro que nunca es que todo ha terminado incluso antes de comenzar, y ha sido decisión de Maya.

Capítulo 17

Maya

Me niego a llorar…

Cuando Anthony ha salido por la puerta, al igual que el día anterior, he sabido que esta vez es diferente. Lo he visto en sus ojos, la convicción de quien se ha desilusionado tanto que le resulta fácil alejarse de la persona que lo ha herido, y esa he sido yo.

Mis motivos han sido varios; el primero, el sentirme traicionada cuando Anthony tiene razón, no somos nada, que me haya dado el mejor beso de mi vida no lo convierte en mi propiedad, ni me da derecho sobre su persona. Mi parte racional lo entiende, la otra, la que no soy capaz de controlar porque no me entiendo ni yo misma, no lo hace, por lo que mi lucha interna me está volviendo completamente loca.

—Me he comportado como una imbécil —mascullo, el nudo que tengo en la garganta no desaparece, dejándome claro que, aunque estoy librando una batalla contra sentimientos que me niego a sentir, la estoy perdiendo.

Intento controlarme cuando vienen para hacerme la cura, le pido al doctor que me dé el alta, puedo curarme la herida yo misma, estar aquí ocupando una cama es una soberna tontería. Lo hace a regañadientes, haciéndome prometerle que iré a todas las visitas, y lo más importante, a rehabilitación. Vestirme sin ayuda es un suplicio y fuerzo más de la cuenta la puñetera mano, pero solo quiero salir de aquí y pensar en qué voy a hacer a partir de ahora.

Abandono del hospital y cojo un taxi, por más que quiera huir lo más lejos posible, no puedo hacerlo sin recoger mis pocas pertenencias, mis escasos ahorros y despedirme de las personas que me han dado un hogar estas últimas semanas. El trayecto se me hace demasiado corto, y cuando toco al timbre, me siento muy nerviosa por lo que me pueda encontrar.

—¿Qué haces aquí? —exclama Emma con uno de los mellizos en brazos—. ¿Te has escapado del hospital? —acusa mientras me permite pasar.

—No —me río sin ganas porque la pregunta me parece demasiado graciosa como para contenerme—. Me han dado el alta.

—Imposible —rebate con firmeza—. Te operaron ayer.

—Cirugía menor —corrijo mintiendo.

—Y una mierda —inquiere molesta—. Te seccionaste dos tendones, Maya. Puede que no haya estudiado medicina, pero no soy gilipollas.

—No he dicho que lo seas —me disculpo—. Solo es una mano, Emma. Puedo curarme yo, solo debo ir a las revisiones para la retirada de puntos y hacer la rehabilitación. No me sentía bien ocupando una cama cuando estoy bien.

Finalmente, claudica, el niño ya se ha dormido, y lo deja en la pequeña cuna de viaje que tienen en el salón. La observo sintiéndome inútil ahora que no puedo ayudar, cuando me mira de nuevo, veo muchos interrogantes en sus ojos, me hace un gesto para que la siga a la cocina.

—¿Dónde están Giselle y Evan? —pregunto extrañada.

—Mi hija con mi suegra —responde, sirviéndome un café—. Se la ha llevado a dar un paseo, Evan sigue durmiendo en su habitación, no ha pasado buena noche. Ambos te echaban de menos…

—Lamento escuchar eso —susurro apenada—. Para mí también ha sido raro no escucharlos.

—Lo importante es que tú estés bien —sentencia—. Y no lo estás.

—Ya te he dicho que lo de la mano tiene solución —la alzo despacio—. Es más aparatoso que otra cosa. No voy a morirme por esto, de verdad.

—No hablo de tu mano —niega con la cabeza—. Tus ojos están apagados. No me malinterpretes, desde que te conozco, nunca los he visto brillar, en cambio, ahora son como dos pozos oscuros.

—He pasado mala noche, eso es todo —miento, esquivando su mirada—. No te preocupes.

—Ha pasado algo —insiste, la miro sorprendida—. ¿Ha sido Anthony?

Niego con la cabeza con lentitud, bebo un sorbo de café, me siento muy cansada, tanto física como mentalmente. ¿Quiero explicarle lo sucedido? ¿Me juzgará con dureza? ¿De parte de quién se posicionara?

Demasiadas preguntas sin respuesta, sin embargo, huir de este tema no va a solucionarlo, ni cambiar el hecho de que puede que haya metido la pata.

—No ha pasado nada —me decanto por seguir mintiendo; si él quiere contarlo a su familia, estará en su derecho—. Viniendo hacia aquí he estado pensando… —es mejor abordar el tema sin demora —. Ya que voy a estar semanas sin poder hacer nada, más las que deba hacer rehabilitación, creo que lo mejor es que me vaya.

—¿Cómo? —pregunta asombrada—. ¿Por qué? ¿Crees que te hemos ofrecido una habitación solo porque nos ayudabas con los niños y como no lo puedes hacer ahora voy a echarte de mi casa? —cuestiona dolida—. Eso no me deja en muy buen lugar, ¿cierto?

—No es eso —me excuso, no quiero hacerla sentir mal porque no se lo merece, es lo único que consigo que sientan las personas a mi alrededor—. No quiero ser una carga, tienes bastante con tres hijos.

—Eres adulta, y como has repetido hasta la saciedad, lo tuyo no es tan grave, por lo que no tendré que ocuparme de ti, ¿me equivoco? —cuestiona, me veo atrapada por mis propias palabras—. No me engañas, Maya. Algo ha pasado y estoy convencida de que tiene que ver con Anthony, no me hagas que le pregunte a él porque quiero escucharlo de tu boca.

—Hemos discutido, eso es todo —respondo escueta, alza una de sus cejas rubias—. ¿No vas a dejarlo pasar? —Niega, suspiro—. Ayer me beso y discutimos, él volvió en algún momento de la noche, pero

lo hizo con un regalito —mascullo con rabia al recordar el puñetero chupetón.

—¿Y te has enfadado por eso? —pregunta sin comprender—. Maya, creo que eres la única mujer del mundo que se enfada si le regalan algo…

—¡No! —exclamo—. Me refiero a que tiene una marca en el cuello —corrijo, frunce el ceño—. Imagino que fue a que la rubia que lo acompañaba ayer le diera cariñitos —espeto con ironía.

Emma me mira lo que me parece una eternidad para después comenzar a reír como una loca, se tapa la boca cuando se da cuenta del alboroto que está formando. Me cruzo de brazos con cuidado de no darme ningún golpe en la mano herida y espero a que se calme para preguntarle qué le hace tanta gracia, ya que yo no sé la encuentro.

—Maya, ¿no te das cuenta? —frunzo el ceño—. Si mi cuñado te fuera indiferente, no te sentirías amenazada por Susan.

—No me siento amenazada por nadie —mascullo—. Ni me importa cómo se llame. Lo único que no quiero es ser el juguete de un hombre —apunto—. Anthony puede hacer lo que le dé la gana, menos jugar conmigo. Si quiere tirarse a una tía cualquiera, que lo haga, después que no pretenda hacerme creer que soy especial para él. No soporto las mentiras, Emma.

—Vamos a ver —suspira —. Empecemos por partes; no eres su novia, no quieres ni darle la hora. Desde que vives aquí, ¿le has llamado? ¿Has hablado con él? —Niego porque ella sabe tan bien como yo la respuesta—. Entonces, ¿qué debe pensar?

—Sé que he reaccionado mal, ¿de acuerdo? —concedo—. Pero sé muy bien lo que no quiero en mi vida, no quiero ningún triángulo amoroso ni nada por el estilo. Mi vida es una mierda por si sola, ¿es mucho pedir un poco de tranquilidad?

—¿Y no quieres alguien que comparta contigo las cosas buenas y malas? —cuestiona con dulzura—. Anthony estaría dispuesto, no me cabe la menor duda de ello. No lo defiendo porque sea mi cuñado, lo conozco desde que nació y es uno de los mejores hombres que me he encontrado en la vida, no encontrarás a nadie como él. Y sé que te quiere, aunque no te lo haya dicho…

—Sí lo ha hecho —interrumpo para que sus palabras no calen en mi corazón y me hagan quebrarme—. Después de enrollarse con otra. Permíteme dudar pues de esos sentimientos tan profundos hacía mí.

—No hay más ciego que quien no quiere ver —susurra—. Maya, he estado en tu lugar, ¿crees que mi relación con mi marido siempre ha sido fácil? —Me encojo de hombros—. Pues te equivocas. Ethan también fue un capullo y yo una idiota, cometimos errores que nos mantuvieron alejados por años y Anthony ya ha esperado por ti demasiado.

—No se lo he pedido —me defiendo—. Ni siquiera lo sabía, maldita sea. ¿No lo comprendes? Si dejo que se acerque a mí, le permito entrar en mi vida y dejo que me enamore, voy a sufrir, y no puedo más —ahogo un sollozo mordiendo mi labio inferior—. No puedo perder a nadie más o me volveré loca, no puedo depender de nadie más…

Capítulo 18

Anthony

He dejado pasar un par de días para hablar con Susan. Primero, para templar mi ánimo; segundo, para que ella también se tranquilizará, ya que, cuando me marché de su apartamento, no estaba nada contenta.

También he aprovechado para pensar mucho porque no quiero dar un paso en falso, mucho menos hacer sufrir a nadie por mis problemas amorosos. Estoy más convencido que nunca de continuar con el plan establecido, de seguir conociendo gente, pero quiero hacerlo con Susan. Con la muchacha que ha llegado a mi vida cuando menos lo esperaba. Ella se merece una oportunidad más que nadie, ha sido paciente, me divierto a su lado, es comprensiva y no me es indiferente; me parece perfecta para olvidar a Maya.

No me gusta pensar que la estoy utilizando porque no lo veo así por mucho que Alex sí y no esté de acuerdo con mi decisión. Ethan no ha hablado conmigo sobre el tema, aunque estoy seguro de que lo sabe, imagino que se mantiene al margen porque Maya vive en su casa y se siente obligado a ello. Me he tenido que contener mucho para no preguntarle por ella, para saber si está bien o sigue en el hospital, podría preguntárselo a Emma, aunque comenzará a sermonearme y no me siento con ánimos para escucharla.

—¿Vienes a cenar con nosotros? —pregunta Scott—. Hemos reservado mesa en un restaurante nuevo cerca de casa de tus padres.

—He quedado —le digo sonriente—. ¿Puede venir Susan?

Veo la duda, me tenso, más les vale que la acepten porque es la persona que elegido para intentar comenzar una relación.

—¿Ya has hablado con ella? —indaga, niego—. ¿Entonces?

—Lo podría hacer antes o después. —Me encojo de hombros—. Si no os sentís cómodos…

—No es eso —se excusa—. Creo que primero tendrías que hablar con ella. Anthony, debes aclararte, asegurarte de lo que sientes y quieres. No puedes estar mareando la perdiz —alzo una ceja ante su regaño—. Mira que complicáis las cosas…

—¿Debo recordarte los quebraderos de cabeza que me disteis tú y mi hermano? —pregunto.

—No, y por ello lo digo —replica sin inmutarse—. Nos hubiéramos ahorrado mucho dolor. No tengo nada en contra de Susan porque no la conozco, tú te encargaste de que conociéramos a Maya y para mí es complicado aceptar que la vas a sacar de tu vida con tanta facilidad cuando has esperado por ella tres años.

—Por eso mismo —replico con cabezonería—. He sido yo quien ha dado los pasos hacia delante, Maya no está interesada y no puedes obligar a nadie a corresponder tus sentimientos.

—Mira que los Sinclair sois cabezotas —masculla—. Maya lo está pasando mal. ¿Te has parado a pensar que acaba de perder a su hermano? ¿Que sus padres le han dado la espalda? Está sola en el mundo, se ha mantenido a sí misma y a su familia desde que era prácticamente una niña, no está acostumbrada a recibir cariño, no sabe dejarse querer, Anthony.

Me duele que él sepa más cosas de ella que yo mismo, porque eso significa que le ha permitido acercarse lo suficiente como para hacerse confidencias, ¿por qué me aleja y a los demás no? Es otro puñetazo que recibo por su parte, seguramente no lo haya hecho conscientemente, no por ello es menos doloroso.

—Si ella me hubiera dejado, sabes que hubiera puesto el mundo a sus pies —me lamento.

—Hablas en pasado —replica sorprendido—. ¿Tan decidido estás a dejarla atrás? No sabes cómo me jode —se queja, mira su reloj—. Tengo que irme o tu hermano me matará. No soy yo quien debe convencerte, solo tú sabes lo que quieres y lo que es mejor para ti.

—Créeme que esto es lo mejor para ambos —me mira con tristeza—. Maya encontrará al hombre que la haga feliz y yo intentaré hacer lo mismo.

Se marcha tras asentir en silencio. Lo veo alejarse con una pesadez en el pecho difícil de obviar y no tiene nada que ver con mi reciente operación. Es el dolor que siempre siento cuando pienso en alejarme de la mujer que escogí tanto tiempo atrás, puede que ella piense que la he idealizado o algo por el estilo, yo no pienso lo mismo. Creo en el amor a primera vista porque lo he vivido y nadie va a convencerme de lo contrario, ni siquiera Maya.

Le envío un mensaje a Susan para saber si puedo ir un poco antes a su casa, necesito mantener esa conversación, y quiero ir a esa cena, porque quiero que las personas más importantes de mi vida puedan hacerle un hueco a la muchacha que puede rescatarme del pozo oscuro en el que puedo caer si lo permito, si dejo de luchar.

—No me gusta hablar por mensaje —dice en cuanto descuelgo—. ¿De qué quieres hablar con tanta urgencia, Anthony? La otra noche creo que quedó todo claro…

—No —rebato preocupado—. De verdad, Susan, quiero explicarte, por favor.

La escucho suspirar, finalmente, me dice que sí, así que me despido y apago el ordenador, dejo el despacho recogido y salgo por primera vez en semanas temprano. He intentado ocultarme del mundo sumergiéndome en el trabajo, pero no es lo que quiero para mí. Me prometí a mí mismo que iba a vivir, no me iba a enterrar en vida porque ya he tenido que desperdiciar demasiado tiempo por mi enfermedad.

Intento mantenerme tranquilo mientras conduzco hasta su apartamento, al llegar, incluso olvido todo lo que le quería decir. Paso más de cinco minutos dentro de mi coche intentando armarme de valor, ya que admitir que he hecho el idiota por una mujer ante otra no es plato de buen gusto.

—Maldita sea —mascullo, salgo y no me detengo hasta llegar frente a la puerta de Susan, se abre incluso antes de que llame, lo que me deja claro que estaba esperándome—. Hola —saludo avergonzado.

—Hola —replica—. Pasa —me invita sin su acostumbrada sonrisa —. ¿Quieres algo de beber?

—Agua estaría bien —le pido con la esperanza de que el nudo de mi garganta desaparezca—. Gracias —digo cuando me la da.

—Me alegro de verte bien —dice mientras bebo—. Estaba preocupada por si habías recaído…

—¿No me has llamado por eso? —pregunto algo confuso, la veo tensarse—. No te estoy recriminando nada.

—Solo faltaría —exclama—. Puede que esa noche fuera muy directa, pero créeme que ningún hombre se ha quejado antes —la veo dolida.

—Lo siento —susurro, no sé qué más decir—. No hiciste nada malo, la culpa fue mía y por ello quería explicarme. Debo reconocer que no esperaba encontrarte, Susan. —Me escucha en silencio sin interrumpirme, sus ojos no se apartan de los míos—. Hace tres años conocí a la que pensaba sería la mujer de mi vida, aunque no podía darle nada, ni siquiera un futuro.

—Esa chica… —comienza a decir—. ¿Es la que vive en casa de tu hermano? —pregunta.

—Sí —asiento, no voy a ocultarle nada, ni pienso mentir porque ambos debemos estar en igualdad de condiciones—. Maya ha sido mi enfermera cada vez que ingresaba en el hospital —me guardo que el corazón que late en mi pecho ahora mismo es el de su hermano—. Me enamoré en cuanto la vi, y en cuanto me operaron, mi intención era acercarme a ella y enamorarla, sin embargo, ella no está interesada.

—Eso es imposible —rebate con convicción—. ¿Te lo ha dicho ella?

—Con palabras y actos —inquiero, sonriendo con tristeza, no la oculto—. No se puede obligar a nadie, ¿verdad? Por eso quiero decirte que quiero intentarlo…

—¿El qué? —pregunta confusa.

—Contigo. —Abre los ojos como platos—. No quiero perder el tiempo con alguien que nunca va a quererme.

—Anthony, no quiero ser segundo plato de nadie —replica—. Tú mismo has dicho que no se puede obligar a nadie a sentir como

queremos. Eso también se aplica a ti. —Ahora es ella quien sonríe, a pesar de que sus ojos están nublados por una emoción que no logro descifrar.

—Me gustas —exclamo acercándome—. No me eres indiferente, además, me siento atraído por ti, sé que tú eres quien me hará olvidar un amor que no va a llevarme a ningún lado.

Acaricia mi mejilla, cierro los ojos disfrutando de su tacto. Puede que no sea esa pasión abrasadora que Maya es capaz de hacerme sentir con su simple presencia, pero sé que puede funcionar, tiene que hacerlo, lo necesito.

—Tú también me gustas, mucho —añade, abro los ojos y le sonrío, me devuelve el gesto—. ¿Estás seguro? —pregunta.

Por toda respuesta, cojo su rostro entre mis manos y uno mis labios a los suyos. El beso comienza suave y va subiendo de intensidad, en pocos segundos la he tumbado sobre el sofá y me posiciono encima, sus manos se pierden en mi pelo, descienden por mi espalda. Esta vez no pienso detenerme.

Capítulo 19

Maya

No ha sido fácil, al final, tanto Emma como Ethan lo han entendido, creo que se ven reflejados en mí, ya que ambos me han contado cómo vivieron el inicio de su relación, y me he dado cuenta de que fueron unos idiotas; puede que yo lo esté siendo en estos momentos, no puedo negarlo, prefiero huir que enfrentarme a Anthony.

—Qué cobarde —murmuro mientras recojo mis cosas del baño, cogerlas con una sola mano me hace ir más despacio.

—¿Hablando sola? —pregunta Emma desde la puerta—. Ethan acaba de marcharse a la oficina y los niños duermen, ¿te apetece un buen desayuno? —pregunta sonriente.

—Gracias —replico, sintiéndome mal porque tenga que hacerlo todo ella, es uno de los motivos principales por los que prefiero marcharme a ser una carga, aunque sea temporal—. Acabo con esto y bajo.

Asiente y se marcha, escucho sus pasos bajar las escaleras, incluso eso voy a echar de menos. Al principio, pensé que no podría acostumbrarme a vivir en un ambiente tan distinto al mío; ahora que me voy, sé que voy a sentir el vacío al volver a estar sola. Guardo todo en mi pequeña maleta, miro a mi alrededor una vez más y suspirando salgo de la habitación que ha sido mi hogar durante las últimas semanas.

—¿Ya has terminado? —pregunta al verme entrar—. ¿Estás segura de esto? Tengo que llevar a los niños a su revisión con el pediatra y mi suegra debe estar a punto de llegar, ¿hablamos

después? —se ofrece, creo que todavía tiene la esperanza de poder convencerme.

—Estaré bien —replico negando—. El pequeño apartamento que me habéis conseguido es más de lo que necesito.

Hace un ruidito con la lengua para dejar claro su descontento, remuevo mi café pensativa, ¿qué debo hacer con mi vida a partir de ahora? No he querido pensarlo mucho, necesito ir paso a paso, y lo principal es alejarme de los Sinclair.

—Estarías mucho mejor aquí o incluso en casa de mis suegros como ya te ofrecieron en su momento —rebate.

—Anthony ya no necesita una enfermera, y en todo caso no a mí —mascullo sin querer pensar mucho en lo que debe estar haciendo —. Dejemos las cosas como están.

El timbre suena y poco después la puerta se abre para dar paso a Diane Sinclair, lo hace radiante, y no puedo dejar de buscarle el parecido con su hijo, soy capaz de ver algo en ella que me recuerda a Anthony.

—Buenos días —saluda—. ¿Cómo estás, querida? —pregunta con su dulzura acostumbrada.

—Bien —respondo—. Es aparatoso, nada más.

—No le restes importancia, señorita —amonesta—. Sé que te han operado, no se entra a quirófano por nada, ¿verdad?

Solo sonrío, ya que diga lo que diga no le va a gustar. Menos mal que su atención cambia de inmediato a su nuera para preguntarle por los bebés, las dos suben las escaleras para prepararlos, y con mi única mano sana intento recoger la cocina lo mejor posible. Por supuesto, no puedo mojarme la mano herida, así que intento meter los platos y vasos sucios en el lavavajillas y limpiar la mesa, lo consigo torpemente, asiento victoriosa.

No tardan en bajar de nuevo con los mellizos y Giselle, mi instinto me grita que las ayude, pero no pienso a arriesgarme a coger un bebé solo con un brazo; si se me cayera al suelo, jamás podría perdonármelo.

—¿Te llevas también a la niña? —pregunto, mordiéndome el labio con nerviosismo—. Sé que no sería de mucha ayuda, sin embargo, puedo intentar…

—Ella también tiene su revisión —interrumpe—. Quise aprovechar el viaje —bromea—. No debes preocuparte por nada. Y ni se te ocurra intentar limpiar o nada por el estilo. —Algo en mi mirada debe darle una pista porque camina hasta la cocina—. No me lo puedo creer —exclama, se gira hacia mí con Eric en brazos—. No vuelvas a hacer algo así, Maya —riñe preocupada—. De verdad que no es necesario, no quiero que te hagas daño, por favor.

—Solo he movido esta mano —alzo el brazo bueno—. Aunque quisiera, no puedo moverlo sin ver las estrellas —ahora soy yo quien intenta bromear para aligerar el ambiente—. No volveré a hacerlo —prometo al ver que las dos mujeres me miran ceñudas, asienten y se marchan dejándome sola.

No por mucho tiempo, poco después suena el timbre, abro la puerta confundida porque no pueden ser ellas, abro mucho los ojos cuando descubro a Anthony con cara de pocos amigos frente a mí.

—No hay nadie en casa —saludo, entra como si tal cosa, como si no me hubiera escuchado.

—Lo sé —responde cuando llega al salón—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo, Maya?

—No entiendo lo que quieres decir —replico nerviosa.

—Me ha dicho Ethan que te marchas. —Asiento, no tiene caso negarlo—. ¿Por qué? No solo te vas del hospital cuando te da la gana, si no que ahora pretendes vivir sola cuando no eres capaz de utilizar esa maldita mano.

—Es mi mano y mi vida —respondo, intentando mantener la calma porque no quiero volver a hacerle daño—. Mi decisión, Anthony.

—Eres una egoísta de mierda —acusa furioso, aprieto mi puño bueno con ganas de golpearlo—. ¿Por qué te es tan sencillo dar la espalda a la gente que te aprecia? —pregunta dolido, sé que esto no solo se trata de su familia, sino de él.

—No sabes nada —grito de vuelta—. No me conoces.

—Porque no me has dejado —se acerca, pero no retrocedo, no le tengo miedo porque sé que jamás me haría daño físico.

—Ya hemos tenido esta conversación. —Ruedo los ojos, doy varios pasos hacia atrás porque necesito mantenerme alejada de él,

oler su perfume no ayuda—. ¿Querías algo más aparte de insultarme?

—Sacas lo peor de mí —masculla mirándome desde su altura—. No sé por qué cojones he venido…

—No te he llamado —inquiero.

—Nunca lo harás. —De nuevo, soy capaz de escuchar el dolor en su voz—. ¿Por qué? —Agacho la mirada porque me está matando.

Capítulo 20

Anthony

Me odio a mí mismo más de lo que quiero odiarla a ella. No tenía que haber venido hasta aquí, pero cuando Ethan me ha dicho que Maya se marchaba, no he podido evitarlo. He sentido tanta rabia al pensar que prefiere estar sola en un momento como este que recibir ayuda sin poder dar nada a cambio, miedo por no volver a saber de ella y preocupación por su mano. Puede que intente hacer ver que ha sido una tontería, aunque solo miente, como siempre.

Ahora, al tenerla frente a mí, puedo ver sus ojeras, su delgadez, puede que engañe a los demás, no a mí. Algo muy dentro de mi ser me grita que la coja sobre mi hombro y la lleve hasta casa de mis padres como si fuera un hombre de las cavernas, pero debo pensar en Susan. Me ha dado una nueva oportunidad y no puedo desaprovecharla por alguien que no se quiere dejar ayudar.

—No sé a qué te refieres —que rehúya mi mirada me deja claro que está mintiendo—. De verdad que aprecio todo lo que habéis hecho por mí, sin embargo, no puedo quedarme aquí eternamente.

—¿Y no puedes al menos esperar a que puedas valerte por ti misma? —cuestiono entre dientes, sabiendo que no va a dar su brazo a torcer, hacerlo sería mostrar una debilidad que no quiere.

—No —sentencia, alzando el mentón, aunque por primera vez veo vulnerabilidad en su mirada—. Ahora, si me disculpas, quiero terminar de hacer la maleta.

La veo subir las escaleras incrédulo por la facilidad pasmosa con la que puede marcharse, dejarme atrás, y la furia vuelve a hacer

acto de presencia. Subo los escalones de dos en dos y la encuentro guardando algo en una pequeña maleta que ha visto tiempos mejores. No pienso ni siquiera en lo que voy a hacer hasta que cojo y la lanzo al suelo esparciendo la ropa y las pocas pertenencias que tiene dentro.

—¿Qué crees que estás haciendo? —grita enfurecida, con su mano sana me empuja, pero no me mueve ni un centímetro—. ¿Te has vuelto loco?

—Seguro —siseo—. Debo estar como una cabra para haberme enamorado de alguien como tú.

—Creía que ya lo tendrías superado —se burla—. Después de todo, consuelo no te falta.

—Deja de echarme eso en cara —ordeno—. Te di innumerables oportunidades, rezaba para que me detuvieras, no lo hiciste.

Ambos nos miramos retándonos con la mirada, somos como dos enemigos mortales, soy yo quien pierde la batalla. Cuando Maya mira mis labios, lo mando todo al infierno y me apodero de los suyos con un ansia desmedida, como un caminante en el desierto que no ha bebido durante días. Sé que no hay vuelta atrás cuando sus brazos, incluso el herido, rodean mi cuello, la empujo despacio sobre la cama sin dejar de devorarnos porque Maya me sigue a cada paso. Me cuido mucho de no hacerle daño en la mano, por lo cual alzo ambas para dejarlas sobre la almohada, sus ojos se abren obnubilados por la pasión encendiendo todavía más la mía.

—Detenme ahora —suplico, besando su cuello, impregnándome de su olor mientras mis manos vagan bajo su camisa—. O no podré hacerlo…

—Cállate —ordena, besándome de nuevo, pierdo el poco control que luchaba por conservar, comienzo a desnudarme y hago lo mismo con ella, como si tuviera toda la experiencia del mundo, solo espero no hacer el ridículo. Me estremezco cuando acaricia la cicatriz que parte mi pecho, y su mano tiembla para posarse sobre mi corazón, que bombea con fuerza—. Me alegro que él esté aquí dentro —susurra, nos miramos lo que parece una eternidad antes de descender para apoderarme de uno de sus pezones, que piden atención a gritos. El gemido que recibo como recompensa casi hace

que me corra en los calzoncillos que es lo único que todavía conservo, sus piernas rodean mis caderas y mece las suyas buscando mi erección. Siseo ante el ramalazo de placer al sentir su humedad a través de la fina tela que nos separa.

—No puedo más —mascullo, mordiendo su cuello mientras me deshago de la única barrera que nos separa, me posiciono por puro instinto, Maya sale a mi encuentro y ambos gritamos cuando me adentro en su interior—. Joder —gruño, sintiendo cómo mi frente se perla de sudor, mis brazos tiemblan sosteniendo mi propio peso.

—Fóllame —me pide enardecida, su mano recorre mi espalda, y me araña en el proceso consiguiendo que sisee por el placer y dolor que me recorre cada terminación nerviosa—. Hazlo, Anthony.

No aguanto más y comienzo a bombear con rapidez, buscando el alivio que pugna por salir, los gemidos llenan la habitación y no tardamos en correrno a la vez. Me dejo caer sobre ella porque no me siento con fuerzas para hacer otra cosa, jadeo en busca de oxígeno, ¿cómo he podido vivir sin esto tantos años?

—¿Estás bien? —pregunta preocupada—. Tal vez ha sido demasiado pronto y…

—Estoy bien —interrumpo, dejo un suave beso en su hombro y me aparto. Al salir de su interior, me siento vacío, helado, es hora de volver a la realidad, una que se impone con una fuerza demoledora —. ¿Y tú? —Mientras espero su respuesta, comienzo a vestirme, me detengo al darme cuenta de que no he utilizado nada.

—Sí —responde escueta, comienza a vestirse con prisa sin mirarme, por lo que no soy capaz de saber lo que está pensando en estos momentos—. Deberías marcharte, si llega Emma, hará preguntas…

—No tengo por qué esconderme —replico, intentando encontrar sus ojos, cuando lo hago, me queda claro que se arrepiente, no debería sorprenderme y, aun así, lo hace—. Maya…

—Por favor —alza su mano, le tiembla, dejándome saber que no es tan indiferente como quiere hacer creer—. Aunque pienses lo contrario, nunca he querido hacerte daño. —¿Por qué lo siento como una despedida? —. No soy buena. —Abro la boca para replicar, pero

continúa hablando—. Lo digo en serio, Anthony. No soy buena para ti, mereces alguien mucho mejor.

—Creo que eso debería decidirlo yo —rebato.

—Ya lo has hecho. —Palidezco, ¿sabe algo sobre Susan? —. Debes darle una oportunidad a la chica con la que pasaste la otra noche…

—¿Es alguna forma de castigarme por ello? —pregunto incrédulo —. ¿Qué mujer después de acostarse con un hombre lo lanza en brazos de otra?

—¿Me estás diciendo que estos días no la has visto? —Siento cómo me sonrojo, veo cómo sonríe con tristeza—. Te conozco algo mejor de lo que crees, sabía que irías a refugiarte en ella.

—Maya, joder —mascullo entre la espada y la pared, siento que acabo de traicionarlas a las dos—. ¿Por qué lo complicamos todo? Siempre he sido un hombre tranquilo que no tomaba decisiones a la ligera, pero contigo…

—Eso me da la razón —termina por mí—. Saco lo peor de ti y no mereces eso. Espero que algún día mires atrás, me recuerdes con una sonrisa y te des cuenta de que tenía razón.

—No quiero recordarte —exclamo—. Quiero compartir esas sonrisas contigo, ¿no sientes nada por mí? —pregunto aterrado por su respuesta.

—Anthony, no me hagas esto —me pide—. Necesito alejarme, me siento tan… —aprieta los labios, le tiembla el mentón y me doy cuenta de que está a punto de estallar.

—Quédate conmigo, sea lo que sea, lo afrontaremos juntos —le suplico por última vez. Ahora que la he tenido, no sé si voy a ser capaz de dejarla marchar—. Te ayudaré en todo, te daré tu espacio, lo que tú quieras.

Sonríe mientras se acerca a mí, se alza de puntillas para llegar a mis labios y los besa con una ternura que me paraliza el corazón. Mis manos se aprietan a mis costados para no aferrarme a ella, para no continuar arrastrándome pidiéndole que se quede a mi lado, cuando está claro que no quiere hacerlo.

—Si pudiera, sería tú a quien elegiría —susurra con sus ojos todavía cerrados, la observo sin esconder mi anhelo sabiendo que

esto es una despedida, que no voy a ser capaz de detenerla—. Espero que no me odies, lo deseo de verdad.

—Lo he intentado y no ha funcionado —susurro, abrazándola contra mí, escondo mi rostro en su cuello—. Siempre te voy a querer. —Siento cómo se estremece—. Si necesitas ayuda, no dudes en llamarme, ¿lo harás?

Asiente sin decir una palabra más, la magia se rompe cuando escuchamos cómo se abre la puerta de la calle. La voz de Emma y de mi madre llega hasta nosotros, la mujer que tengo entre mis brazos se separa de mí como si mi contacto le quemará y comienza a arreglar la cama con rapidez.

—¿Ahora qué hacemos? —pregunta como si fuéramos un par de adolescentes siendo pillados por nuestros padres con las manos en la masa.

—Tranquilízate —le ordeno—. Les diré que he venido a hablar contigo y punto. Tú no des más explicaciones, yo me encargo de ellas.

Asiente mordiéndose el labio inferior, como siempre que está nerviosa. La miro por última vez, salgo de la habitación y al descender las escaleras encuentro a mi cuñada y mi madre, que al verme se sorprenden y no lo ocultan, después de todo, tendría que estar en la oficina.

—¿Qué haces aquí, hijo? —pregunta mi madre.

—¿Maya está bien? —cuestiona Emma a la vez.

—No sucede nada —replico, intentando sonar indiferente—. He venido a hablar con Maya, ya me voy antes de que Ethan me eche la bronca —bromeo para que dejen de mirarme como si me hubieran salido dos cabezas, no me pasa desapercibido que mi cuñada mira hacia las escaleras esperando a que su invitada baje—. No la he matado, Emm —sigo bromeando, paso por su lado y dejo un beso en su mejilla y otro en la de mi madre.

Salgo de la casa sabiendo que dejo mi corazón en ella. Ahora tengo claro que no me sirve de nada intentar odiarla, nunca voy a conseguirlo, moriré amándola, aunque no estemos juntos.

Capítulo 20

Maya

Seis meses después…

No hay día que no me arrepienta de la decisión que tomé. Alejarme de los Sinclair no fue tan difícil como hacerlo de Anthony, mucho más después de haberme acostado con él. Además, no sabía que ese día tendría consecuencias, acaricio mi vientre de seis meses sintiendo los movimientos de mi hija.

—Estaremos bien —susurro mientras espero para ser llamada por mi ginecóloga. Mi miedo es que algo se complique y mi hija se quede sola, pedirle ayuda a mis padres no es una opción ni quiero que sea criada por ellos.

—Maya —alzo la vista, la enfermera me sonríe—. Pasa.

Lo hago, y tras preguntas de rutina, me hacen la ecografía; cada vez que puedo verla en la pantalla, me emociono, el miedo no desaparece hasta que me dicen que todo está bien. Cuando lo hacen, puedo respirar un poco más tranquila, me visto y me siento frente a mi doctora.

—Maya, todo va bien, me sigue preocupando que puedas tener preeclampsia. —Aprieto mis manos con nerviosismo—. ¿Te estás cuidando?

—Por supuesto, nunca haría nada que pusiera en riesgo a mi hija —afirmo—. Puede que se equivoque.

—Eso espero —asiente no muy convencida—. Conforme el embarazo avance, podremos saberlo seguro, sabes cuáles son los síntomas de alerta; si sientes alguno, quiero que vengas corriendo aquí —ordena—. Sé que estás sola, y aunque te he aconsejado que cambies ese hecho, estoy segura de que nada ha cambiado, ¿me equivoco?

—No necesito a nadie —rebato—. Soy una mujer adulta capaz de cuidarse por sí misma.

—No lo parece —replica—. No tienes el peso que deberías para los seis meses de gestación, sé que vomitaste al principio, aun así me preocupa —añade—. Por no decir que trabajas muchas horas de pie…

—No soy ni la primera ni la última —interrumpo—. ¿Usted cuándo cogió la baja?

—Yo trabajo el mayor tiempo sentada —rebate—. No de un lado para otro. Y a los seis meses estaba en mi casa quietecita.

—Suerte la suya —mascullo—. Si no trabajo, no como, ni pago el alquiler.

—Es imposible hablar contigo —exclama—. Nos vemos el mes que viene. No lo olvides, Maya —advierte mientras me levanto—, al menor signo, corre hacía aquí, o llámame y me encargaré de todo.

—Lo haré —asiento—. Gracias.

Salgo de la consulta y me voy hacia la parada del autobús más cercana para llegar cuanto antes a casa, lo cierto es que cada vez me encuentro más cansada, y aunque sé que mi doctora tiene razón, no cuento con la ayuda de nadie, ¿podría tenerla? Sin dudarlo, sé que Anthony correría hasta aquí para hacerse cargo de todo, pero no tengo derecho a volver a su vida cuando ya la ha rehecho.

No le he ocultado la existencia de mi hija por un motivo egoísta, en cuanto supe que estaba embarazada, fui a verle, pero llegué demasiado tarde.

◆◆◆

Me bajo del taxi delante de Pharmaceuticals Sinclair. Observo el gran edificio acristalado impresionada por su altura, sabía que la familia era una de las más ricas de la ciudad, incluso del país, es imponente.

Justo cuando voy a cruzar la calle dispuesta a ir en busca de Anthony, lo veo salir sonriente, no puedo evitar imitarlo al verlo tan feliz, mi sonrisa se borra cuando me doy cuenta de que una mujer rubia se acerca hasta él, se lanza a sus brazos para besarlo, y mi

corazón parece detenerse en mi pecho. Sé que fui yo quien le dijo que siguiera con su vida, y sabía que sería ella la elegida, pero duele muchísimo más de lo que esperaba. Cubro mi vientre todavía plano como si quisiera proteger al pequeño ser que crece en él de lo que estoy viendo.

Ni siquiera espero para ver si llega otro taxi porque necesito alejarme de aquí, no puedo dejar que me vea porque no tengo una excusa por la cual estar aquí. Después de ver lo que he visto, me niego a volver a su vida, es mejor que continuemos por caminos separados, aunque eso me rompa en pedazos. Debería acostumbrarme a la soledad, ya que siempre hemos sido viejas amigas, pero no, muy en el fondo, soñaba con una gran familia a la cual pertenecer.

Ahora sé que seremos mi hijo y yo contra el mundo, no tengo miedo al trabajo duro, haré lo que haga falta para que crezca sano y feliz.

◆◆◆

La decisión que tomé ese día me ha costado mucho mantenerla, sobre todo, cuando me encontraba tan mal que pensaba que no podría lograrlo sola. Aguanté como tantas veces hice en el pasado, ahora lo peor parece haber pasado y puedo mirar hacia el futuro con esperanza.

Conseguí trabajo en una pequeña clínica de barrio, no gano lo mismo que en el hospital, aun así he conseguido ahorrar un poco para cuando Hope nazca, es el nombre que he elegido, porque, pase lo que pase, siempre será mi esperanza, llegó en uno de los peores momentos de mi vida y me sacó de la oscuridad en la que yo misma me había sumido.

Ya en la parada, tan sumida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que se detiene un coche oscuro, y no es hasta que veo unos zapatos negros de hombre que alzo la mirada, me quedo con la boca abierta al ver a Alex Sinclair frente a mí.

—Dime que ese bombo no te lo ha hecho mi hermano —me pide sin apartar los ojos de mi vientre—. Maya…

—Hola, Alex —saludo mientras me levanto con esfuerzo, intentando aparentar una tranquilidad que estoy lejos de sentir, después de todo, estoy frente al tío de mi hija—. ¿Cómo estás?

—Embarazado no —replica—. Maya, respóndeme —ordena, cruzándose de brazos.

—Hope no tiene nada que ver con tu hermano —miento, rezando para que no me pille, le veo fruncir el ceño.

—No te creo —espeta—. Tú y yo vamos a hablar largo y tendido.

Me coge la mano y me insta a subir a su coche en la parte trasera, y cuando la puerta se cierra veo que Scott se encuentra en el asiento del copiloto.

—La hostia —exclama al verme—. No me lo puedo creer…

—Hola, Scott —saludo contenta de verlo.

—¿Hola, Scott? —pregunta, mirándome con los ojos muy abiertos —. ¡Estás preñada! —me señala el abultado vientre—. ¿Se puede saber por qué no sabíamos nada de esto, señorita?

No puedo evitar sonreír, aunque mis ojos se humedecen por la emoción, no había sido consciente de cuánto los echaba de menos hasta ahora que los tengo enfrente.

—No llores —me pide preocupado—. No estoy enfadado, no llores —repite nervioso—. No soporto cuando hacéis eso —masculla, mirando a su novio, que se ha mantenido en silencio trasteando con el móvil.

—¿Qué haces? —pregunto mientras me muevo en el asiento para intentar arrebatárselo—. Ni se te ocurra llamar a tu hermano —le grito asustada.

—Tu reacción me deja claro que la niña que crece en tu vientre es de Anthony, y no pienso guardarme algo como esto, ¿estás loca? —cuestiona enfadado—. ¿Qué te hicimos para hacerte creer que no podías acudir a nosotros?

—Detén el coche —le pido al verme acorralada.

—Y una mierda —escupe, mirándome por el retrovisor—. No pienso permitir que mi hermano tenga una hija sin enterarse. No lo entiendo, de verdad que no —añade apesadumbrado—. Anthony será un padre maravilloso, ¿por qué ibas a quitarle esa oportunidad? ¿Tanto lo odias?

—Nunca le he odiado —rebato—. No es justo que me sentencies, Alex. Sí fui para hablar con tu hermano. —Scott mira a su pareja—. Me di cuenta de que había continuado con su vida, no me pareció justo volver para joderle de nuevo.

—Que magnánima —exclama, riendo con ironía—. No sé lo que entiendes tú por continuar con su vida, me importa poco, ahora mismo vas a hablar con él.

—No estoy preparada —alzo la voz, poniéndome todavía más nerviosa—. Alex, por favor, no nos hagas esto. Deja que Anthony continúe con Susan y…

—¿Susan? —interviene por primera vez Scott—. ¿Quién te ha dicho que están juntos?

—Los vi —respondo, intentando que esa imagen no llegue a mi mente porque es una cuchillada directa a mi corazón. A pesar de entender que no tengo derecho a sentirme así, no es algo que pueda evitar—. Por ello di media vuelta y decidí que no iba a meterme entre ellos dos de nuevo. Ninguno lo merece.

—Esto es acojonante —murmura el mellizo del padre de mi hija —. Tú y tu puñetera manía de ver lo que quieres, sentenciar sin preguntar y decidir sin dar la oportunidad a la otra persona. Siempre he estado de tu parte porque sabía que mi hermano estaba enamorado de ti, pero esta vez, lo siento mucho, Maya, no puedo apoyarte.

—Lo entiendo —susurro asustada por haber tomado una vez más una decisión equivocada—. Si prometo que hablaré con él, ¿me dejarás unos días de tregua?

—No —espeta sin pensarlo siquiera—. Si te dejo ir, volverás a huir, y yo jamás podría perdonarme ser el culpable de que mi hermano no pueda criar a su hija. Tiene tanto derecho y las mismas obligaciones que tú, no tengas miedo, no va a darle la espalda.

—Eso es algo que jamás puse en duda —replico, mirando por la ventanilla—. Es a mí a la que va a odiar todavía más cuando sepa que le he ocultado mi embarazo durante seis meses.

—Es algo que tendrás que solucionar —dice Scott—. Habla con él, siendo sincera por primera vez —inquiere—. Si lo hubierais hecho,

esto no habría pasado. Alex tiene razón, esa niña tiene derecho a tener un padre y una madre.

—¿Creéis que no lo sé? —cuestiono harta de sus acusaciones—. ¿Creéis que durante estos meses no he estado apunto de llamarlo? Claro que sí —grito de nuevo—. Cada vez que no era capaz de levantarme de la cama por los vómitos, cada vez que sentía que no podía dar un paso más por el cansancio, cada vez que temía que me sucediera algo y mi hija se quedara sola…

Guardo silencio cuando un sollozo desgarra mi garganta, me doy cuenta de que Alex ha aparcado y que estamos frente a la casa de los Sinclair. No me siento capaz de enfrentarme a Anthony tal y como estoy ahora, mis hormonas son una bomba de relojería a punto de estallar y temo decir o hacer algo que empeore la situación.

—Cálmate, Maya —me pide Scott preocupado—. Esto no es bueno para la niña. No va a pasar nada, Anthony no es un ogro.

—Va a odiarme por volver a su vida —sollozo, intentando controlarme.

—No lo va a hacer —rebate Alex—. Voy a por él, ¿de acuerdo?

No es que me dé mucha opción, sale del coche dejándome con su novio, que me observa apenado. Siempre he odiado ese tipo de miradas, ahora estoy tan asustada que no me siento con fuerzas para decirle que deje de hacerlo.

—Limpia esas lágrimas —apremia—. Ya vienen.

Scott sale en el mismo momento que la puerta de la parte trasera se abre. Cuando Anthony se asoma y nuestros ojos se encuentran puedo ver la sorpresa primero, después la decepción cuando sus ojos se dirigen hacia mi vientre.

—Entra —dice su hermano—. Entretendremos a mamá y papá.

Nos dejan solos, el padre de mi hija no se mueve, haciendo que muerda mi labio, preocupada. Finalmente se, sienta a mi lado y cierra la puerta, el silencio que reina en el vehículo es asfixiante.

—Supongo que no estás aquí por propia voluntad —dice, al fin, sin mirarme, dejando claro que no está muy feliz—. ¿Verdad, Maya? —insiste.

—Si me preguntas si te lo iba a decir, mi respuesta es que lo hubiera hecho en algún momento —respondo con cuidado.

—¿En algún momento antes de los dieciocho años? —cuestiona con ironía—. Cuando pienso que no puedes sorprenderme más…

—Anthony, no te he ocultado mi embarazo con intención de hacerte daño. —Lo escucho reír bajito—. Deja de comportarte así —exclamo, perdiendo los nervios—. Te estoy diciendo la verdad.

Capítulo 21

Anthony

Cuando mi hermano me ha obligado a salir hasta su coche, jamás hubiera imaginado lo que me iba a encontrar. Volver a ver a Maya ha sido una sorpresa, he sentido un mazazo cuando me he dado cuenta de que está en avanzado estado de embarazo, no he dudado ni por un minuto que es mío.

—Nunca haces nada para dañarme, sin embargo, eres la persona que más daño me ha hecho —mascullo. Sé que me estoy pasando, el dolor es difícil de controlar.

—Y ese fue uno de los motivos por los que el día que fui a buscarte y te vi con tu novia no quise dejarme ver. —La miro sin comprender—. Crees que no he querido decírtelo, y te equivocas. Fui a tu empresa. —Veo cómo abre los ojos sorprendido—. Y te vi muy sonriente mientras Susan te besaba, me di media vuelta y decidí que no iba a entrometerme de nuevo entre vosotros.

—Esto es acojonante —exclamo incrédulo—. ¿Qué tendría que ver mi nueva supuesta relación para querer estar en la vida de mi hijo?

—Hija —corrige, mi corazón golpea con fuerza—. Se llama Hope.

Trago saliva con fuerza para no comenzar a llorar como un niño por lo que todo esto significa. Voy a ser padre, una pequeña niña crece en el vientre de la única mujer que he amado, un ser diminuto parte de mí nacerá y mi miedo es que lo haga enferma como lo hice yo, ese temor amenaza con ahogarme, tanto que intentó tranquilizarme y respirar con normalidad.

—¿Anthony? —me llama, se mueve a mi lado, no soy capaz de que el oxígeno llegue a mis pulmones, o al menos eso me parece—. Respira, por Dios —exclama asustada.

Se abraza a mí, oler su perfume es como volver al hogar, consigo poco a poco respirar con normalidad sintiendo su calor, incluso puedo notar varias patadas que me regala mi hija, como si supiera que estoy a su lado. Mis ojos se humedecen al ser consciente de que dentro de tres meses, como mucho, nacerá una persona que dependerá toda la vida de mí, y no sé si voy a ser capaz de hacerlo bien.

—Eso es —susurra, no me he dado cuenta de que mis brazos la han rodeado, ni de que una de mis manos se ha perdido en su cabello castaño—. ¿Mejor? —pregunta, separándose un poco para mirarme, y asiento avergonzado por mi estupidez.

—¿Lo hiciste porque crees que no voy a ser buen padre? —pregunto, expresando mi temor—. ¿Crees que puede nacer enferma por mi culpa?

—Por supuesto que no —replica—. Ni por un solo momento pensé eso, serás un padre maravilloso, lo harás mucho mejor que yo. Nunca lo he dudado, y respecto a tu enfermedad, estuve hablando con los médicos y no es hereditaria, no debería haber ningún problema.

—¿Ella está bien? —pregunto—. ¿Y tú?

—Hope está muy bien —asiente sonriente—. No tienes que preocuparte por nada.

—No me has respondido —me doy cuenta, la conozco—. ¿Qué te sucede? No sé mucho de embarazos, pero estás delgada y ojerosa.

—Muchas gracias —ironiza—. No he engordado mucho porque los primeros meses fueron difíciles, vomitaba prácticamente todo lo que comía.

—¿Y ahora? —sigo interrogando—. ¿Qué dice tu médico?

—No quiero seguir ocultando nada. —No me gusta cómo comienza—. Hope está bien, pero yo tengo bastantes probabilidades de sufrir preeclampsia.

El miedo vuelve a apoderarse de mí, sé algo al respeto y no es algo que me tranquilice porque Maya podría morir. En mi cabeza

bullen miles de preguntas, la incertidumbre no es algo que maneje muy bien.

—Imagino que estás trabajando cuando no deberías, lo que significa que estás poniendo en peligro no solo tu vida, sino la de mi hija, por lo que, te guste o no, voy a asumir el mando de esta situación —sentencio con firmeza para que no le quepa la menor duda de que no pienso dar mi brazo a torcer en este asunto.

—Anthony, este fue otro de los motivos —suspira—. Sabía que querrías tomar el control de todo y que te ocuparías no solo de Hope, sino de mí, y no tienes obligación ninguna para conmigo.

—No puedo creer lo que estoy escuchando —mascullo ofuscado, paso una mano por mi cabello—. Eres la madre de mi hija, ¿de verdad piensas que podría vivir tan tranquilo sabiendo que te hace falta mi ayuda? Si no fueras tan cabezota y orgullosa, esto no habría pasado, como te he dicho, te permití alejarte porque no puedo ni quiero obligarte a amarme, sin embargo, esto ya no se trata de nosotros.

—No quiero ser una molestia, de verdad, podrás ver a Hope cuando quieras, y cuando sea más mayor, compartiremos custodia si es lo que quieres —intenta convencerme. Puede que para muchos hombres lo que me ofrece sea lo mejor, no para mí.

—Quiero estar en su vida, no solo verla algunos fines de semana. —Me niego a eso—. Quiero que sepa que tiene tíos, primos y unos abuelos que van a amarla.

—Y lo agradezco —puedo escuchar la emoción contenida en su voz—. Sé que tanto tus padres como los demás van a quererla, Hope va a ser una niña muy amada y doy gracias a Dios por ello.

La miro dándome cuenta de que ella no ha tenido esa suerte, y estoy convencido de ello por cómo sus padres han sido capaces de darle la espalda después de la muerte de su amado hijo. Adoraban a Jason y no quedaba nada para Maya, por eso creo que le cuesta tanto aceptar que alguien pueda quererla, porque nunca lo han hecho.

Sé que tenemos que entrar en casa, Alex no creo que sea capaz de entretener por mucho tiempo a mis padres, sobre todo, a mi madre, que cuando vea el estado de Maya, va a poner el grito en el

cielo. Pienso con rapidez cómo puedo arreglar esta situación de la mejor manera posible. Vivir con ellos no es una opción, quiero intimidad y que Hope tenga un hogar incluso antes de nacer.

—Deberíamos entrar —digo pensativo—. No creo que el coche sea el lugar adecuado, ¿no crees? —Me doy cuenta de que no se siente cómoda con la idea, suspiro cerrando los ojos, me dejo caer sobre el reposacabezas—. ¿Qué es lo que quieres de mí? —cuestiono sin mirarla.

—Nada que no quieras dar —responde tras un breve silencio—. Aunque me quedaría más tranquila sabiendo que, si me pasa algo, tú estarás ahí para Hope.

Me incorporo de inmediato, no me gusta escucharla tan derrotada y mucho menos imaginar el escenario pésimo que ha dibujado para mí. No concibo un mundo donde Maya no esté, me niego a rendirme, no lo hice con mi enfermedad y no pienso permitir que ella lo haga.

—No hables así —ordeno—. Hoy mismo voy a buscar un apartamento para nosotros, yo cuidaré de ti. Por supuesto, dejarás de trabajar, si tu doctora no lo recomienda, no vas a seguir poniéndote en riesgo.

—No vas a mantenerme. —Golpeo el asiento del conductor que tengo enfrente furioso—. Podría trabajar media jornada hasta dar a luz y después…

—¿Eres consciente del dinero que tengo? —pregunto, mirándola harto de su orgullo—. Podría mantener diez familias, Maya, y no lo notaría, maldición. Deja que cuide de vosotras, es mi obligación.

Sé que he metido la pata antes de que hable porque se tensa, y su mirada se oscurece, me maldigo en silencio por ser tan bocazas, aunque con ella nunca sabes cómo va a reaccionar; si me hubiera negado, seguiría siendo el malo de la historia.

—No quiero ser la obligación de nadie, Anthony —rebate con frialdad—. Y mi hija tampoco.

—Me has malinterpretado, a propósito, además —añado molesto —. Nunca lo has sido ni lo seréis. ¿Tan difícil de entender es para ti que quiera el bien tanto para mi hija como para su madre?

—Tengo algo ahorrado, no es mucho; si consigues un alquiler barato, puedo darte la mitad al menos de los tres meses que me quedan para dar a luz —dice pensativa, como si hiciera cálculos en su cabeza.

—No pienso aceptar tu dinero —espeto ofendido—. Guardarlo, y gástalo en lo que quieras o crees conveniente, Maya.

—Así no vamos a llegar a un acuerdo —exclama frustrada—. ¿No puedes ver que no me siento cómoda con la situación? No me quedé embarazada a propósito como una garantía para vivir bien al menos los primeros dieciocho años de mi hija.

—Nunca te acusaría de algo así, estaba allí, ¿recuerdas? —La miro buscando alguna señal para saber si estoy haciendo mella en su resolución—. No fui cuidadoso, ambos somos responsables, la única inocente aquí es Hope, y no tiene por qué pagar por nuestras acciones.

Me mantengo en silencio, no hablo, y dejo que piense en lo que acabo de decir. Necesito que entienda que no pretendo manipularla ni obligarla a nada, solo quiero apoyarla, cuidar de ambas y ver crecer a mi hija. No voy a pedirle que me ame porque nunca lo hará.

Capítulo 22

Maya

Sé que tiene razón, no podría haber pedido un padre mejor para mi hija, aun así, no voy a permitir que se haga cargo de mí sería darle un poder que no sé si podría cederle.

Me juré hace mucho tiempo no volver a darle a nadie ese poder, porque el precio de los años que era mi padre el encargado de mantenernos fue demasiado elevado. Los recuerdos de aquellos días son todavía difíciles de digerir y ya soy adulta, pero la niña que fui sigue escondida y no he conseguido rescatarla.

—De acuerdo —termino cediendo, porque esto no solo se trata de mí, no puedo ser tan egoísta—. ¿Crees que es conveniente darles la noticia ahora mismo a tus padres? —pregunto pregunta.

—No van a comerte —intenta bromear, y me doy cuenta de que está tenso como la cuerda de una guitarra—. La noticia les hará muy felices, créeme.

Asiento, cojo aire y me armo de valor para salir del coche. Todavía no he terminado de abrir la puerta cuando Anthony ya está a mi lado, ¿cómo se ha movido tan rápido? Me ayuda a salir, murmuro un gracias, me sorprende porque no suelta mi mano mientras caminamos hacia la entrada, la abre sin llamar, de inmediato se escuchan voces desde la cocina. Me detengo, Anthony mira hacia atrás, creo que es capaz de leer en mis ojos mi miedo porque aprieta mi mano con delicadeza y me sonríe, aunque no como antes, y eso me duele más de lo que me gustaría.

Al entrar en la cocina, todos se quedan en silencio, Scott y Alex nos miran expectantes, los señores Sinclair lo hacen con la boca abierta. Primero miran mi vientre, luego nuestras manos unidas, por último a su hijo en busca de una explicación.

—¿Anthony…? —el señor Sinclair parece reaccionar primero—. ¿Tienes algo que contarnos?

—Voy a ser padre —anuncia con entusiasmo—. Maya está embarazada de una niña a la que llamaremos Hope.

El tiempo parece detenerse, tras unos instantes que me parecen una eternidad, Diane es la primera en acercarse para abrazarme con la ternura acostumbrada en ella.

—Qué maravillosa noticia, querida —susurra emocionada—. ¿Tú estás bien? —cuestiona, apartándose para mirarme a la cara con detenimiento—. Estás muy delgada…

—La cuidaré a partir de ahora —interviene el padre de mi hija—. Me encargaré de que coma y descansará porque no va a seguir trabajando.

—Por supuesto que no —dice ella horrorizada—. ¿Trabajas, cielo? ¿Por qué no viniste desde el principio a pedir nuestra ayuda? —pregunta sin comprender mi comportamiento.

—Eso ahora ya no importa —replica su esposo acercándose—. Deja que la abrace, mujer —reprende con cariño—. Ahora nosotros cuidaremos de ti —me dice, parpadeo para alejar las lágrimas.

—Buscaremos un apartamento cerca de aquí —dice Anthony, como si quisiera cambiar el foco de atención hacia él, me sorprende lo mucho que me conoce—. Quiero que, cuando Hope nazca, tenga un hogar y…

—Este puede ser su hogar —interrumpe su madre—. ¿Por qué la prisa? Entiendo que podáis desear vuestra intimidad, pero el sótano…

—Déjales que hagan lo que quieran, Diane —intercede su esposo —. ¿No recuerdas lo desesperados que estábamos por vivir solos e independientes?

—Yo no estaba embarazada —rebate—. Yo puedo cuidarla mientras nuestro hijo está en la oficina. ¿Y si le pasa algo estando sola?

—¿Qué tiene que pasar, mamá? —pregunta Alex—. No seamos alarmistas. Deja que vivan solos, Maya estará bien porque nos ocuparemos de ello entre todos, como siempre hacemos.

—Claro que sí —añade Scott—. Va a tener muchos ojos sobre ella sacándola de quicio —bromea, aligerando el ambiente.

—Si tan empeñado estás en irte, deja que al menos tu hermano se encargue de encontraros algo en buen estado —pide Diane, mirándome casi suplicante, supongo que siente que está perdiendo a su hijo menor e intenta que interceda, no puedo hacerlo porque yo soy la que más necesito mi espacio personal.

—Puedo encargarme personalmente, mamá —dice Anthony—. No te preocupes por nada, de verdad. Todo va a salir muy bien, en tres meses tendrás otro bebé al que malcriar.

—Siéntate, Maya —me lleva hasta una silla—. ¿Quieres algo de beber?

—Un poco de agua, por favor —respondo cohibida, que no hayan preguntado en qué demonios pensábamos para acabar en semejante situación me ha sorprendido bastante.

—¿Qué te ha dicho el doctor? —pregunta mientras me la sirve—. ¿Todo está bien? —comprendo su preocupación, no me molesta volver a repetir lo mismo que le he dicho a su hijo.

—Sí —asiento tras dar un buen trago—. Hope crece bien, no hay ningún problema.

—Es un alivio —susurra, sentándose al lado de su marido—. El nombre que has elegido me parece precioso —sonríe.

—Gracias —replico—. Me pareció muy indicado.

—Hope Sinclair —replica Alex—. Tiene clase y fuerza.

—¿Lo saben Ethan y Emma? —Veo cómo Anthony, sentado a mi lado, niega—. Se van a sorprender mucho, pero no dudo de que se alegrarán por vosotros.

—Deberíamos irnos —anuncia el padre de mi hija sorprendiéndome, lo miro extrañada—. Iremos a tu casa y recogerás tus cosas.

—No hemos mirado ninguna casa… —susurro mientras me levanto—. ¿Por qué la prisa?

—Hablaremos después —dice por toda respuesta, se despide de su familia y salimos de la casa—. ¿De verdad querías discutir delante de los demás? No quiero preocupar a mi madre más de lo que está.

—Parecía contenta —exclamo mientras me abre la puerta del coche.

—Y lo está, pero también preocupada —replica sin darle demasiada importancia.

Arranca sin estar segura de hacia dónde se dirige porque no le he dicho dónde vivo. Muerdo mis uñas por el nerviosismo, siento a Hope moverse en mi interior, por inercia cubro mi vientre con una de mis manos y acaricio despacio como si ella pudiera sentirlo.

—Veo que la mano ha quedado bien. —Detengo el movimiento y la miro, asiento no queriendo entrar en detalles, la cicatriz es visible y puede que jamás desaparezca, no es que me importe demasiado —. ¿Dónde vives? —pregunta.

Le doy la dirección, no me pasa desapercibido cómo aprieta los labios, no es una de las mejores zonas, aunque tampoco es la misma donde me crie o donde viví durante semanas cuando mis padres decidieron que tenía que irme de su casa.

—No es necesario que me acompañes —inquiero—. Si estás ocupado…

—Si estuviera ocupado, no me hubieras pillado en casa, ni Alex y Scott estarían fuera de la oficina, ¿no crees? —cuestiona, mirándome de reojo—. Deja de preocuparte por mí, centrémonos en lo realmente importante. ¿Dónde te gustaría vivir? ¿Prefieres casa, o apartamento?

—No necesito mucho y lo sabes —respondo, mirando por la ventanilla—. Lo que tú escojas estará bien, después de todo, eres el que paga.

—Deja de hacer eso o no va a funcionar —masculla, sus nudillos están blancos porque aprietan con demasiada fuerza el volante dejando patente que no está contento con mi contestación—. Te conozco e imagino que siempre has soñado con una casa al estilo de la de Emma y la de mis padres, ¿me equivoco?

Me muerdo mi labio inferior para no contestar. No sé si molestarme o alegrarme por el hecho de que sepa mejor que yo

misma lo que quiero en todo momento. ¿Por qué es capaz de hacerlo? Me he preguntado muchas veces durante estos meses qué es lo que vio en mí para creer que me amaba, no soy una belleza, no al menos al estilo de su novia. No tengo buen carácter ni soy muy sociable, ni siquiera fui excesivamente amable con él, entonces, ¿por qué?

—Creo que sería bonito que Hope pudiera crecer en una casa, sí —concedo—. Pero no es necesario que gastes tanto dinero, ella no va a ser consciente de nada al principio, después, cuando pueda dejarla en la guardería, yo puedo ayudar y…

—Decidido —interrumpe con brusquedad, me está costando controlar mi carácter—. Intentaré buscar algo por la zona, mientras tanto, tendremos que conformarnos con el sótano de mis padres. Lo acondicionamos cuando creía que vendrías y no hemos tocado nada…

—No hace falta que tú vivas ahí. —Me pone nerviosa el hecho de tenerlo cerca, además de que no creo que sea correcto que viva conmigo solo porque vaya a tener una hija suya cuando ya tiene una pareja—. Tienes tu habitación…

—Lo siento, vas a tener que soportar mi presencia —me lanza una mirada—. Al menos, hasta que nazca Hope y sepa que ambas estáis bien.

—No quiero causarte problemas con Susan. —Alza una de sus cejas interrogante—. Si fueras mi pareja, no permitiría que vivieras con otra mujer, Anthony.

—Lástima que siempre te haya importado una mierda —masculla —. Déjame a Susan a mí —añade críptico.

—Esto no funcionará si sigues con esos dardos envenenados hacia mí —replico—. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, pero no me lo estás poniendo fácil.

—¿Debo ser yo quien lo haga? —pregunta, mirándome por un pequeño instante—. Te recuerdo que siempre te lo he puesto fácil, Maya. Tanto que dejé que te fueras, ahora vuelves porque el destino ha querido que te encontraras con mi hermano, porque si es por ti, no dudo de que no me habrías dicho nada. Lo cual agradezco, no

creas que no —añade—. Pedirme que olvide lo sucedido así como si nada es poco realista.

Capítulo 23

Anthony

Intento controlar mi furia, no es fácil olvidar el hecho de que Maya no estaría aquí si Alexander no se la hubiera encontrado por casualidad. Me he perdido los seis primeros meses de embarazo, y podría haberme perdido mucho más, eso es lo que más me enfurece.

Por eso, que sea ella quien me regañe por mis comentarios me toca los huevos. Podría haber aclarado el tema de Susan con mucha facilidad, pero lo cierto es que no me da la gana seguir quedando ante Maya como un imbécil. No necesita saber qué he estado haciendo estos últimos seis meses en los cuales no mantuvimos contacto porque así lo decidió.

—Entonces no me hables. —Aprieto con fuerza mis dientes para no blasfemar—. Ya que estás empeñado en no perderme de vista, al menos, intentemos mantener una convivencia civilizada por el bien de Hope.

Me guardo mis opiniones porque llegamos a nuestro destino, odio pensar que haya tenido que vivir aquí, mientras que a mi lado habría tenido todo lo que hubiera querido.

Se baja del coche y hago lo mismo siguiéndola. Como imaginaba, no tiene ascensor y tiene que subir tres pisos por unas escaleras que han visto tiempos mejores. Las ganas de cogerla y sacarla de aquí son enormes, pero me controlo porque Maya no es una mujer que acepte un trato así.

—Puedes sentarte aquí —señala un pequeño sofá—. ¿Quieres algo de beber?

—No —niego mirando a mi alrededor—. ¿Te ayudo?

—No es necesario —responde mientras se dirige a lo que supongo es su habitación, la pierdo de vista y me fijo en la única fotografía que tiene a la vista, me acerco y cojo el marco entre mis manos.

Una Maya adolescente sonríe mientras un chico la sostiene sobre sus hombros. No dudo de que se trata de Jason, el brillo en sus ojos tan distinto del de su hermana, el gesto de victoria como si quisiera comerse el mundo, la alegría de vivir que es casi palpable incluso tras la fotografía

—Acababa de ganar su último partido antes de que el entrenador lo echara —la voz de la madre de mi hija me sorprende, miro hacia atrás y la veo sosteniendo una mochila y su pequeña maleta—. Todavía no lo sabíamos, Jason estaba eufórico, era un buen jugador y puede que hubiera llegado lejos…

Se acerca con lentitud y se posiciona a mi lado para contemplar a su hermano, es por su forma de mirarlo que me doy cuenta de una cosa que me había pasado desapercibida, ¿cómo he podido ser tan idiota? Puede que le diera muchos quebraderos de cabeza, pero en sus ojos soy capaz de ver que, a pesar de todo eso, lo idolatraba y lo ha perdido. ¿Cómo me sentiría si perdiera a Ethan o Alex? Devastado, sin ser capaz de avanzar, de ver la luz al final del túnel, y esta pequeña mujer a mi lado no solo ha sobrevivido, sino que ha conseguido mantenerse en pie.

Paso un brazo por sus hombros con el miedo de que me aparte, no lo hace y eso me confirma lo que hasta ahora solo era una sospecha. Su hermano era su mundo, uno caótico, pero, al fin y al cabo, lo amaba tanto como para ayudarlo y apoyarlo hasta el final.

—Le echo de menos. —Cierro los ojos porque su voz suena rota, la abrazo contra mí—. Odio pensar que, allá donde esté, me odie por la decisión que tomé.

No me cabe la menor duda de que el motivo por el cual se está desahogando conmigo se debe a que el embarazo la tiene más sensible que de costumbre; de otra manera, dudo que ella me hubiera confiado algo tan íntimo como sus propios sentimientos. Me siento un egoísta de mierda porque, en cuanto me desperté de la

operación, aunque me sentí muy agradecido, me concentré en ir a por Maya, no en cómo debía sentirse realmente. Durante meses, he estado culpándola, y puede que yo también tenga parte de responsabilidad, no era el momento indicado para un acoso y derribo por mi parte para conseguirla, por muy ansioso que estuviera por vivir la vida que siempre me había sido negada.

—Estoy seguro de que no lo hace —murmuro, intentando trasmitirle tranquilidad—. Tu hermano no podría odiarte.

—Muchas veces pensé que yo sí lo hacía. —La siento estremecerse, la cojo entre mis brazos, me siento con ella sobre mis piernas en el destartalado sofá y dejo que se desahogue—. Estaba tan cansada de ser yo la que cargaba con todo, tan harta de no ser capaz de salvarlo de sí mismo.

—No podías hacer nada sí él no quería ser salvado, Maya —susurro, acariciando su espalda—. No le des más vueltas —le pido—. Siempre que quieras hablar de él, puedes hacerlo conmigo.

—Gracias —alza su rostro, sus labios y los míos quedan muy cerca, trago con fuerza intentando contenerme—. Gracias por escucharme y entenderme.

—No hay de qué —murmuro sin perder de vista mi objetivo, cuando su lengua asoma y recorre su labio inferior, cierro los ojos perdiendo la batalla—. Lo siento, Maya. —Me mira sin comprender, y no le doy tiempo a preguntar nada porque me apodero de su boca sorprendiéndola.

Es como si el tiempo no hubiera pasado, me siento como si volviera a aquel día en el que perdimos la cabeza y engendramos a nuestra hija. El deseo que parecía que no podía volver a experimentar reaparece como un tsunami, mis manos se pierden bajo su camisa premamá para apoderarse de sus pechos ahora más grandes, su gemido me enciende todavía más olvidándome de todo lo que no sea su sabor.

Aprieto uno de sus pezones, el otro lo saboreo mientras sus manos tiran de mi cabello, mi polla va a estallar dentro de mis pantalones, y casi me corro cuando empieza a estremecerse entre mis brazos, alzo la mirada para contemplar cómo alcanza el éxtasis. Es una visión completamente maravillosa, sus gemidos, sus mejillas

sonrojadas, sus labios hinchados, es la mujer más hermosa para mí y la tengo de nuevo entre mis brazos.

—Dios mío —jadea, intentando recuperar el aliento, y cuando me mira, me doy cuenta de que está algo avergonzada.

—Había escuchado que las embarazadas estáis más sensibles, esto ha sido… —no tengo palabras—. Estás preciosa.

Se remueve inquieta en mi regazo y siseo cuando su trasero se topa con mi erección, se queda inmóvil mirándome fijamente. Tengo un dolor de huevos importante, ya que, contrario a lo que piensa la morena sentada sobre mí, he descubierto que no soy promiscuo, que soy un hombre de una sola mujer, lo he intentado, no voy a mentir, pero no he sido capaz.

—No has… —Niego con una sonrisa tirante en mis labios—. ¿Ya no me deseas? ¿Es por mi cuerpo?

No puedo creer que me esté preguntando algo semejante cuando tengo la polla como la Torre de Pisa. Me muevo con rapidez, también con cuidado, la dejo sobre el sofá y me mira sorprendida.

—¿Quieres que te demuestre cuánto te deseo, Maya? —le pregunto en voz baja. Cuando asiente muy despacio, siento que el mundo se detiene, deja de girar sobre su propio eje—. ¿Segura?

Su respuesta es posar una de sus manos en mi nuca para buscar mi boca, es cuando pierdo todo rastro de cordura y dejo que mi cuerpo me domine y tome el control. Me desnudo, y la desnudo a ella con cuidado, disfrutando de cada cambio que mi hija ha obrado en ella, acaricio su vientre hasta perderme entre sus piernas. Necesito verla correrse de nuevo antes de que yo lo haga, hacerla disfrutar podría convertirse en una droga para mí.

Me pierdo entre sus muslos, mi lengua recorre su sexo inflamado mientras la escucho gritar mi nombre, sus manos aprietan mi rostro contra ella como si no pudiera controlarse, gimo degustando su sabor. No me detengo hasta que vuelve a estallar, es entonces cuando sin más preámbulo me sumerjo en su humedad, es mi momento de gritar porque no puedo creer que tal placer pueda ser posible. Me engulle de una manera que con unas cuantas estocadas me precipito a mi propio orgasmo.

Capítulo 24

Maya

No puedo controlar los temblores de mi cuerpo ante los dos orgasmos tan demoledores que he tenido en menos de diez minutos. Anthony se estremece sobre mí, siento cómo se vacía en mi interior, y eso casi me lleva al borde de nuevo. Me doy cuenta de que se cuida mucho de que su peso no recaiga sobre mi vientre, y una sonrisa bobalicona se me dibuja en los labios.

—¿Te he hecho daño? —pregunta preocupado, me observa con detenimiento mientras sale de mi interior con sumo cuidado.

—No me has hecho daño —me apresuro a responder, buscando con la mirada algo con lo que cubrirme, ya que me avergüenzo un poco de cómo ha cambiado mi cuerpo—. No debes preocuparte.

—¿Qué buscas? —murmura—. ¿Tienes frío? —me tiende su camisa, alzo una de mis cejas porque no me va a caber—. Si me dices lo que necesitas, puedo traerlo…

—Date la vuelta —le pido sorprendiéndole—. Iré a mi habitación para darme una ducha y vestirme.

—Ya te he visto desnuda, ¿qué problema tienes? —cuestiona, haciéndome caso—. No escondas tu cuerpo de mí, Maya —me pide deteniendo mis pasos, lo miro sobre mi hombro—. Es precioso.

Mi corazón da un vuelco porque de nuevo me demuestra lo estúpida que fui. Anthony Sinclair es el mejor hombre que podría encontrar, encima me amaba, y tuve que destruir todo eso por miedo, orgullo y cabezonería. Camino hasta mi habitación, me doy

una ducha rápida y me visto, en unos diez minutos estoy lista para marcharnos.

—¿Lo tienes todo? —pregunta al verme aparecer, él se ha repuesto y nadie diría lo que ha pasado entre nosotros hace menos de una hora—. Imagino que los muebles no son tuyos…

Cojo la foto de mi hermano y mía y asiento dejándole saber que todo lo que me interesa ya me lo llevo conmigo. Sonríe, observa una vez más con ojo clínico a su alrededor como si quisiera asegurarse de que no dejamos nada atrás, y salimos del pequeño apartamento.

—¿Quién es tu casero? —pregunta una vez que ya estamos en el coche de nuevo—. Hablaré con él para zanjar el tema del alquiler.

—Estoy al día —respondo—. No hay nada que arreglar. Solo debo informarle de que me marcho.

—¿Fianza? —continúa interrogando.

—Si le da la gana, me la devolverá —me encojo de hombros.

—¿Has roto algo para que no lo haga? —suspiro harta de tanta pregunta, pero entiendo que lo haga.

—No. Es un viejo cascarrabias que no dudo encuentre algo a lo que aferrarse para quedársela.

—Yo me encargo —sentencia—. Dame su número, no va a quedarse dinero tuyo por la cara.

No me molesto en replicar porque estaría perdiendo el tiempo, sé que no lo va a dejar estar, y lo cierto es que si consigue los mil dólares de fianza, me vendrían muy bien, ya que, si debo dejar de trabajar, todo lo que pueda ahorrar será bienvenido.

◆◆◆

Al volver a casa de los Sinclair, intento serenarme, nadie tiene por qué saber lo que hemos hecho en mi apartamento, después de todo, somos adultos y Hope no ha llegado por obra del Espíritu Santo.

—No estés nerviosa —replica, sacando mis escasas pertenencias del maletero—. Seguro que mi madre ya tiene todo a punto para que nos instalemos, y yo me encargaré lo que no le haya dado tiempo.

—Puedo ayudar —digo siguiéndole.

—Por supuesto que no —contradice—. Te he traído para cuidar de ti, no para que seas mi sirvienta.

—Maldito cabezota —mascullo, él se detiene de golpe, y choco contra su espalda—. Avisa cuando vayas a hacer eso —mascullo.

—Somos más parecidos de lo que pensaba —me guiña un ojo y abre la puerta entrando en su casa, le sigo y cierro la puerta.

—¡Os habéis dado prisa! —saluda la señora Sinclair—. No he terminado de…

—No hace falta —interrumpo abrumada—. Puedo hacerlo yo, además, no necesito grandes lujos, solo una cama para dormir.

—Querida, tienes mucho más en la planta baja —sonríe—. Ven conmigo. Anthony, baja las maletas —ordena sin mirarlo, escucho cómo masculla algo que no logro comprender mientras me dejo guiar por su madre.

Descendemos unas escaleras de madera despacio, y al llegar abajo, me quedo con la boca abierta porque nadie llamaría a esto sótano. Es un espacio enorme donde encuentro un salón comedor precioso, Diane me guía hacia la derecha, donde hay dos puertas; al abrir la primera, jadeo sorprendida, porque el dormitorio más hermoso que he visto aparece ante mí.

—Anthony nos especificó exactamente cómo lo quería cuando estaba en el hospital. —La emoción me embarga, y los remordimientos también, ya que él se molestó en hacer algo así por mí y, de nuevo, le defraudé decidiendo que quedarme en la casa de su hermano era lo mejor para mantenerme alejada de la tentación que suponía su presencia, me sentía amenazada por lo que me hacía sentir.

—Es lo más bonito que he visto nunca —susurro conmocionada, Diane me insta para que entre. Mis manos acarician la colcha de flores, a juego con las cortinas. Las paredes pintadas de un color *beige* claro que da un efecto de amplitud, algunos cuadros de amaneceres y muchísimo espacio. Tanto en el gran armario como en el tocador bajo la ventana que da a la parte trasera de la casa donde se pueden ver algunas montañas—. ¿Por qué? —murmuro más para mí misma que para nadie en particular.

—Mi hijo te entregó su maltrecho corazón desde el principio. —Me giro para mirarla apenada y avergonzada al mismo tiempo—. Solo quería darte un pequeño hogar. Me alegro mucho de que te guste, no estábamos seguros, la verdad.

—Lo siento —un sollozo rompe mi garganta—. Lo siento muchísimo —agacho la cabeza, intentando controlarme—. No merezco esto.

—¿Por qué no? —pregunta.

No me da tiempo a responderle porque Anthony hace acto de presencia, soy consciente del momento en el que se da cuenta de que sucede algo, se queda inmóvil observándonos, como si intentará descubrir porque estoy llorando.

—Madre… —comienza a decir—. ¿Por qué Maya está llorando?

—No tiene la culpa —replico de inmediato, no quiero que discutan y mucho menos que piense que la mujer es responsable de mi estado porque no lo es—. Estoy bien.

—Os dejo solos —dice ella, se marcha mientras limpio todo rastro de lágrimas de mi rostro con la esperanza de que no me interrogue.

—¿Qué pasa, Maya? —pregunta acercándose—. Sea lo que sea, puedo arreglarlo.

—No es nada, Anthony, de verdad —intento sonreír, aunque el pesar en mi corazón no desaparece—. Solo me he emocionado porque es todo muy bonito…

—¿Te gusta? —pregunta ansioso, me doy cuenta de que estaba preocupado por mi reacción, de nuevo, me siento como una perra por ser como soy.

—Me encanta —le miro para que vea que no miento, parece nervioso—. Es lo más bonito que han hecho por mí, Anthony. Siento mucho no haberlo visto antes, lamento… —me giro para que no vea cómo me rompo, y me abraza por la espalda.

—No llores —susurra contra mi cuello—. No lo hagas, por favor.

Permanecemos así, abrazados, lo que me parece una eternidad. Cuando me tranquilizo, me siento agotada, él parece darse cuenta porque me alza y me lleva a la cama. Me tumba con cuidado, me quita los zapatos y me tapa con una manta, cierro los ojos porque me duele bastante la cabeza, lo escucho trastear por la habitación.

Con esos sonidos amortiguados, dejo que el sueño me venza sabiendo que no estoy sola, y eso me reconforta.

◆◆◆

Cuando despierto, lo hago por unas suaves caricias en mi vientre. Anthony está tumbado a mi lado, con el pelo mojado y vestido diferente; entiendo que se ha dado una ducha, frunzo el ceño.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto.

—Una hora o así —responde en voz baja sin detener su mano—. Mi madre me ha dicho que subamos a cenar, no creas que siempre será así; si quieres tu intimidad, como has visto, la cocina aquí abajo está equipada.

Asiento, entiendo por qué quieren compartir tiempo con nosotros, y no pienso seguir oponiéndome.

Capítulo 25

Anthony

Contemplarla mientras duerme podría convertirse en mi pasatiempo favorito. Me gustaría que el tiempo se detuviera justo en este mismo instante donde Maya, dormida, ha bajado la guardia, su rostro no muestra ni tristeza, ni dolor, ni rabia. Solo paz, y así es como desearía que estuviera siempre, no puedo negar que me ha partido por la mitad verla llorar.

Siempre ha demostrado una fortaleza digna de una guerrera, lo es y no me cabe la menor duda de ello, y, aun así, verla flaquear ha sido demoledor. Después de colocar su ropa, he sido consciente de que necesitamos ir de compras urgentemente, me he dado una ducha y la he dejado descansar porque lo necesitaba. No dudo que haya sido un día duro, lo ha sido para mí, ya que no esperaba para nada volver a encontrarla, y mucho menos, embarazada de mi hija.

—No me importa subir —murmura una vez se despierta y le anuncio que mi madre nos ha invitado a cenar—. No hace falta que andéis con pies de plomo a mi alrededor.

—Con tu carácter, cualquiera lo diría —bromeo, ella sonríe—. ¿Te encuentras bien? —pregunto preocupado, necesito asegurarme de que todo lo sucedido hoy no le ha pasado factura.

—Sí —asiente incorporándose—. De verdad, estoy bien. Y no tiene por qué pasar nada de lo que dicen los médicos, los embarazos son impredecibles.

—Sí podemos cuidarte y tú vas a dejar que lo hagamos —agrego —. Ethan y Emma también vienen, están deseando verte.

—¿Y los niños? —pregunta ilusionada—. Les he echado muchísimo de menos...

—No —hago una mueca al ver su desilusión—. Giselle y Eric están algo resfriados. Se encargará de cuidarlos durante unas horas Molly.

—¿Están bien? —cuestiona—. Son tan pequeños…

—Lo están —aseguro para tranquilizarla—. Los mellizos han crecido mucho. Y Giselle está preciosa. Iremos a verlos un día de estos, te lo prometo.

—Gracias —dice mientras se levanta—. ¿Me has quitado los zapatos?

—¿No te acuerdas? —Me río—. Siéntate, anda. Ahora te los pongo. Ya está. —Me incorporo y me doy cuenta de que me mira de una manera distinta, no puedo evitar preguntarme en qué está pensando, me he prometido a mí mismo que no voy a agobiarlo—. ¿Lista?

—Espera que me arregle un poco este nido de pájaros que tengo en la cabeza —dice frente al tocador—. Me peino y subo…

—Te espero —le digo observándola—. No quiero que subas y bajes esas escaleras sola.

—¿Y pretendes que viva aquí? —me cuestiona incrédula—. No voy a estar molestando a uno u otro para que me ayuden, puedo hacerlo sola.

No puedo rebatir porque tiene lógica, me da miedo que suba y baje unas simples escaleras. De todos modos, la espero y subimos juntos en el momento exacto en el que el timbre de la puerta principal suena, soy yo quien abre y recibo a mi hermano mayor y mi cuñada.

—Buenas noches —saludan, Emm es la primera en verla—. ¡Dios mío, Maya! —exclama, acercándose para abrazarla—. Pensé que no te volveríamos a ver y apareces con semejante sorpresa. Qué maravilla.

—Hola, Emma —devuelve—. Me alegro mucho de veros —añade, mirando a mi hermano, que permanece a mi lado.

—Ya habéis llegado —exclama mi madre interrumpiendo—. ¿Dónde están Alex y Scott? —pregunta, mirando la hora.

—Aquí, mamá. —Mi mellizo y su pareja aparecen entrando, ya que todavía no había cerrado la puerta—. Había un atasco de cojones.

—Alexander —reprende, haciéndonos reír a todos—. Esa boca. Entrad y sentaos, por favor. Está todo listo.

Así lo hacemos, cierro la puerta y, en vez de cenar en la cocina como solemos hacer, lo hacemos en el salón. Mi madre ha preparado la mesa como si fuera una celebración de Acción de Gracias, dejando claro que se siente feliz de la llegada de Maya y nuestra hija no nacida.

—¿Cómo te encuentras, Maya? —pregunta Emma preocupada.

—Muy bien —responde—. Todo va perfecto.

—Eso no es lo que me han dicho —rebate, la madre de mi hijo le lanza una mirada poco halagüeña a mi mellizo, este solo le guiña un ojo, juraría que la oigo murmurar un bocazas que me hace sonreír—. Debes cuidarte.

—Y lo hago —todos la miramos—. Lo haré mejor a partir de ahora.

Creo que veo a todos asentir, la escena es cómica vista desde fuera, desde luego. La cena trascurre muy bien, después de interrogar a Maya y de que esta responda a Emma, cambiamos de tema, puedo notar como ella se relaja, aunque no participa mucho en la conversación. A pesar de que disfruto de la compañía de toda mi familia, no pierdo de vista cada gesto que pueda delatar que se encuentra mal o que está cansada.

—Deberíamos irnos —anuncia Ethan—. Hoy no han tenido fiebre, pero no nos sentimos bien dejándoles durante tanto tiempo.

—Dales muchos besos de mi parte —dice Maya—. Espero verlos pronto.

—Sabes que las puertas de nuestra casa están abiertas para ti —responde mi hermano—. Enhorabuena y bienvenida a la familia.

Se marchan y, poco después, lo hacen Scott y mi mellizo. No he podido agradecerle que haya traído de vuelta a Maya, sé que fue casualidad que la encontraran, pero que haya sido justo él lo agradezco en el alma, los acompaño hasta la puerta.

—Gracias. —Me mira sin comprender— Por traerla de vuelta.

—No he sido yo —replica—. Ha sido el destino que justo pasáramos por allí. No puedo evitar pensar qué hubiera pasado si jamás lo hubiéramos hecho…

—Eso ahora ya no importa —intercede Scott—. Pensar en eso no ayuda a nadie, Alex. Lo importante es que Maya está aquí y podemos ayudarla.

Asiento en silencio porque tiene toda la razón, mi parte racional lo entiende, la otra no puede olvidarse del hecho de que Alex tiene razón. Si por casualidades de la vida no hubieran pasado por allí, puede que jamás hubiera tenido la oportunidad de conocer a mi hija, ¿tengo que creer que Maya me lo iba a decir tarde o temprano? No quiero desconfiar de ella, no quiero seguir discutiendo lo que pudo haber sido y no fue, sin embargo, mi cabeza es mi peor enemigo en estos momentos y no sé cómo acallarla.

—Buenas noches —se despiden, y cierro la puerta cuando veo cómo el coche se aleja.

Al regresar al salón, casi todo está recogido. No encuentro a Maya, lo hago en la cocina mientras sentada habla con mi madre. No le gusta la situación, no de estar acostumbrada a que sean los demás quienes cuiden de ella, me pregunto qué clase de padres pueden dañar tanto a una hija como para que piense que no es merecedora de amor.

—Ya se han ido todos —anuncio, mi madre asiente—. Maya, ¿estás cansada? —Me mira y, tras unos instantes, asiente—. Bajemos.

—Tu madre puede necesitar ayuda… —se queja cuando la cojo de la mano.

—No te preocupes por mí, cariño —dice riendo—. Anthony, ocúpate de tu mujer.

Capítulo 26

Maya

Tropiezo al escucharla y es Anthony quien evita que caiga de bruces al suelo. Mi cuerpo cae contra su pecho, alzo la mirada y todo parece detenerse, ya no soy consciente de que estamos en la cocina de la casa de sus padres, de que Diane es testigo de mi torpeza, solo siento cómo mi corazón se acelera y mis ojos no son capaces de apartarse de los suyos.

—¿Te has hecho daño? —susurra, mirándome intensamente.

—No —niego, sintiéndome como una imbécil—. Lo siento.

No dice nada más, solo seguimos nuestro camino hasta llegar a la planta baja. Me suelto intentando controlarme, no debo olvidar que no es un hombre libre, que perdí mi oportunidad por estúpida y que ya he metido bastante la pata acostándome con él sabiendo de la existencia de otra mujer.

¿En qué me convierte eso a mí? En una zorra, esas que siempre he odiado por meterse en una relación ajena, y yo ni siquiera tengo la excusa de no ser conocedora de ello.

—Voy a cambiarme —anuncio, busco uno de mis pijamas y me escondo en el baño. Me miro en el espejo, y no reconozco nada de la Maya de hace un año.

Me desnudo, echo crema en mi vientre y pechos para evitar estrías, y me visto. Suelto mi cabello, lo peino, me lavo la cara, y debo armarme de valor para salir.

Cuando lo hago, Anthony está en el sofá viendo una película. No me mira, me siento todavía más estúpida al estar nerviosa cuando está claro que para él esto es lo más normal del mundo.

—Si necesitas entrar al baño, puedes hacerlo —anuncio para llamar su atención, no entiendo por qué siento la necesidad de saber si a él también le ha afectado lo sucedido en la cocina tanto como a mí.

—Lo haré después —replica sin mirarme—. Que descanses bien…

—¿Es tu forma de despacharme? —pregunto molesta—. ¿Qué pasa si no quiero dormir?

—Pues no lo hagas —responde como si nada, no se inmuta, no me mira y eso consigue sacarme de mis casillas más rápido que si me estuviera gritando.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —pregunto, plantándome delante de la tele, al fin me mira.

—¿Tan horrible te es la idea de ser mi mujer para que tropieces? —pregunta mordaz, abro los ojos sorprendida ante semejante pregunta.

—¿Te estás oyendo, Anthony? —cuestiono incrédula—. Llevábamos seis meses sin vernos…

—¿Por culpa de quién? —inquiere—. ¿Mía?

—No —niego—. Fue mía. Por eso mi intención al enterarme de mi embarazo solo fue avisarte porque eras el padre, no lo hice por lo que ya te he explicado, sin embargo, el destino es un cabronazo —me río sin ganas—. Nos hemos vuelto a encontrar y te has empeñado en ayudarme, lo cual agradezco porque soy consciente de que no me lo merezco. En el pasado fui una perra contigo y por ello no quiero inmiscuirme de más en tu vida, ¿crees que me siento bien con lo que ha pasado en mi apartamento?

—¿Otra vez te arrepientes? —alza la voz mientras se levanta—. ¿Se puede saber qué tengo de malo para que acostarte conmigo sea tan horrible?

—No pongas palabras en mi boca que yo no he dicho —me defiendo—. Si me parecieras horrible, no estaría así —me señalo el vientre—. Te lo recuerdo porque pareces olvidar que tienes un

compromiso con otra persona que te has pasado por el arco del triunfo.

—Tienes un concepto de mí estupendo —replica irónico—. ¿De verdad crees que me hubiera acostado contigo estando con otra?

Mi silencio es suficiente respuesta para él, asiente con brusquedad dejando muy claro que no le gusta mi opinión, lo cierto es que nos conocemos tan poco que no sé como es en realidad.

—Estupendo —escupe—. Soy un cabrón infiel que le pone los cuernos a su novia con su exrolla embarazada —enumera—. Porque no puedo considerarte exnovia, ¿verdad, Maya?

—Anthony, no quiero esto —mascullo—. ¿Por qué tenemos que discutirlo todo? ¿Eres consciente de que cuando llegue Hope este no es un ambiente bueno para ella? Yo me he criado así y no lo quiero para mi hija.

—Créeme que deseo para Hope lo mejor, lo que yo he visto en mi casa. Dos padres que se han querido con locura, que se han apoyado a cada paso del camino, aunque este fuera oscuro.

—No dudo que quieras lo mejor para nuestra hija —rebato—. Ni por un solo instante he dudado de tu amor por ella.

—Menos mal —inquiere con burla—. Al menos, me concedes eso. Maya, de verdad, puedo entender tus miedos, tus traumas de infancia, créeme que me gustaría que me permitieras borrar todo eso, que me dejaras enseñarte que hay algo distinto a lo que tú viste mientras crecías.

—Como te he dicho, no voy a pedir nada. —Mis manos tiemblan —. Durante estos meses me he arrepentido mil veces de mi decisión, Anthony.

Me doy la vuelta dispuesta a marcharme porque abrirle mi corazón por completo no es una opción en este momento, me desgarra por dentro el hecho de que lo tuve todo al alcance de la mano y yo fui la que lo jodió todo.

Cuando estoy a punto de cerrar la puerta de mi dormitorio, su mano me lo impide, doy varios pasos hacia atrás sorprendida mientras entra sin dejar de observarme.

—Aclara lo que acabas de decir —pide mortalmente serio.

—No tiene importancia… —me encojo de hombros.

—Puede que para ti no —rebate—. Para mí tiene mucho. Quiero saber de qué te arrepientes, cómo demonios te sientes, eres tan hermética que es imposible llegar a ti, Maya.

—Déjalo estar de una maldita vez —grito, perdiendo la paciencia, olvido que no vivimos solos, que este es nuestro primer día conviviendo por nuestra hija—. Deja el pasado en paz —termino susurrando—. Por favor…

—Buenas noches —dice tras observarme lo que parece una eternidad. Debería dejarlo marchar, pero algo me lo impide…

—¿Serviría de algo decir que me di cuenta demasiado tarde de que eres importante para mí? —pregunto, haciendo que se detenga —. ¿Ahora que has seguido con tu vida? Por supuesto que no, por lo que remover la mierda no sirve para nada.

—¿Estás diciendo que sientes algo por mí? —susurra, mirando sobre su hombro—. Deja de poner a Susan como excusa, aquí solo estamos tú y yo.

—¿Y dónde queda ella? —cuestiono empecinada—. Te recuerdo que os vi besaros…

—¿Me estás reclamando algo? —se acerca enfadado—. Porque sí es así, debo recordarte que fuiste tú quien me mandó a la mierda…

—Ni tú lo entenderías ni yo soy capaz de explicarme, es mejor dejarlo así —le señalo la puerta—. Estoy cansada, ha sido un día muy intenso, podemos hablar en otro momento.

—Estoy harto de esto —masculla—. No pienso volver a hablar de esto, ¿me entiendes? Si estamos aquí juntos es por Hope, no lo olvidaré de nuevo.

Sale dando un portazo, cierro los ojos porque lo he vuelto a hacer. Me he asustado, primero lo sucedido en mi apartamento, luego la cena familiar y por último verlo sentado en el sofá como si fuéramos una familia ha sido demasiado para mí. Y, como siempre hago cuando tengo miedo, huyo, otra vez…

Capítulo 27

Anthony

Subo las escaleras dispuesto a marcharme de casa, mis padres me esperan en la cocina. Los miro sorprendidos, ellos lo hacen serios, incluso preocupados.

—Siéntate, Anthony —me pide mi padre—. Tenemos que hablar.

Frunzo el ceño porque no he escuchado esa frase en mucho tiempo, y nunca significa nada bueno. Obedezco en silencio y me siento esperando que digan lo que quieran.

—¿Eres consciente de que Maya está embarazada? —Asiento extrañado ante semejante pregunta—. Entonces, ¿por qué la agobias?

—¿Que hago qué…? —exclamo incrédulo, me río ante semejante situación, me parece incluso surrealista—. No sabéis toda la historia, por lo que creo…

—Puede que no —interrumpe de nuevo—. La escucharemos si estás dispuesto a contárnosla, sabes que siempre hemos estado para vosotros. —Asiento—. Mientras tanto, creo que no es el momento para que os centréis en lo que falla o ha fallado en vuestra relación.

—Ahora, lo más importante es Maya y Hope, y la tranquilidad y el descanso es muy importante, hijo —añade mi madre, que hasta el momento se había mantenido al margen—. Cuando nazca, podéis sentaros a hablar como adultos y decidir qué es lo que queréis hacer.

Suspiro cabizbajo porque sé que tienen razón, ellos desde fuera son capaces de verlo en perspectiva, mientras que yo me dejo llevar por lo sentimientos que no he sido capaz de controlar. Siempre me he considerado el más tranquilo y controlado de los tres, y resulta que soy peor que mis hermanos.

—Tenéis razón —concedo—. No es momento de embrollar las cosas. Me mantendré alejado, le daré el espacio que necesita, y una vez que nazca Hope, decidiremos qué camino tomar.

—Perfecto, hijo. —Mi padre me palmea la espalda mientras se levanta—. Ahora vuelve abajo, puede que te necesite y no la escuches mientras hablamos aquí arriba.

—Recuerda —añade mi madre—. Por muy enfadado que estés ahora, aunque te saque de tus casillas, lo cual pensé que jamás ocurriría… —Los tres sonreímos porque sabemos por todo lo que hemos pasado juntos—. No la dejes sola; si algo le sucediera, no te lo podrías perdonar jamás.

Desciendo las escaleras de nuevo pensando en la corta conversación que he mantenido con mis padres. No me han interrogado, ni reclamado, solo me han tranquilizado como solo ellos saben hacerlo para que pudiera reaccionar con frialdad. Ahora me doy cuenta de que he metido la pata, ¿cómo demonios se me ocurre dejarla sola?

Observo la puerta que he cerrado no hace mucho de un portazo y me pregunto si debería entrar para asegurarme de que esté bien. Camino despacio y la abro con cuidado, Maya está acostada de espaldas, acurrucada, me quedo más tranquilo. Me dispongo a salir de niuevo cuando escucho un sollozo ahogado. Cierro los ojos sintiéndome como un bastardo egoísta, decido desobedecer a mis padres y me adentro en la habitación, me quito la ropa y me tumbo a su lado.

—¿Qué…? —se sobresalta, y al verme, intenta ocultar el llanto—. ¿Qué haces aquí?

—Lo siento —susurro abrazándola, poso una de mis manos en su vientre—. Lo siento mucho, Maya. Duerme, no volveré a presionarte, te lo prometo.

La escucho murmurar algo para comenzar a estremecerse, la aprieto más contra mí, no vuelvo a hablar, creo que ahora sobran las palabras. A veces, un buen silencio es mejor que una conversación en la que no vas a sacar nada en claro. Dejo que se desahogue, aunque mi corazón duele con cada sollozo que desgarra su garganta y con cada lágrima que baña la almohada que compartimos. Finalmente, cuando el cansancio la vence y se duerme, puedo respirar más tranquilo, en ningún momento he dejado de abrazarla y acariciarla para que sintiera mi apoyo y arrepentimiento por lo ocurrido.

Me duermo mucho tiempo después intentando encontrar una solución para que esta vez nuestra historia tenga un final feliz. Dejarla marchar de nuevo no es una opción, así que tengo tres meses para demostrarle que puedo hacerla feliz si me deja; si me lo permitiera, sería capaz de bajarle la luna.

◆◆◆

Como ya le había prometido a mis padres y a mí mismo, me mantengo alejado de Maya, en el sentido de que me comporto con ella como si fuéramos compañeros de piso. Me preocupo por su bienestar y el de mi hija, sin embargo, no la agobio con exigencias que no vienen al caso ni con preguntas para las que ella no está preparada.

He notado que de ese modo está más relajada a mi lado y podemos comportarnos como dos adultos civilizados. Por mi parte, también me siento más tranquilo sabiendo que no debe matarse a trabajar, me doy cuenta de que cuida su alimentación y camina por el barrio junto con Emma o mi madre si yo no estoy.

—¿Cuándo tienes la próxima revisión? —pregunto mientras recojo la mesa, ahora solemos comer solos—. Me gustaría que vinieras conmigo para ver unas cuantas casas que he encontrado en el barrio y alrededores.

—¿Tan pronto? —pregunta sorprendida—. De verdad que no me molesta vivir aquí, no tiene caso que gastes tanto dinero; cuando nazca Hope, podemos decidir qué hacer, Anthony.

—Como te dije, el futuro de nuestra hija no está en discusión —rebato con suavidad—. Si te sientes más cómoda, la casa puede ir a su nombre. Considéralo un regalo de nacimiento.

—Por el amor de Dios, Anthony —exclama—. Las personas normales regalan pañales, no casas.

Intento contener la risa por su comentario, pero pierdo la batalla, lo que me sorprende es que poco después Maya me imita, creo que nunca me voy a acostumbrar a verla reír.

—Bueno, siempre has sabido que no soy un tipo normal —continúo con la broma.

Suena mi teléfono, y al ver de quien se trata, pierdo la sonrisa, no porque me moleste su llamada, sino que puede complicarme la relación con Maya. Me disculpo y me dirijo a mi habitación, cierro la puerta mientras descuelgo.

—Hola, Susan —saludo, intentando aparentar normalidad.

—Hace mucho que no sé de ti, Anthony —regaña—. No respondes mis llamadas ni mis mensajes, ¿qué sucede?, ¿qué he hecho mal?

—Nada —respondo sintiéndome mal por ella—. De verdad que no es culpa tuya —suspiro—. Me gustaría hablar contigo, ¿puedes quedar hoy para tomar un café?

—¿Qué tal para una cena? —inquiere, sé que debería negarme, pero ya que voy a despedirme de ella, no me siento capaz de negarle eso.

—De acuerdo —concedo—. Paso a recogerte a las ocho.

Cuelgo y por un rato me quedo mirando al vacío, intentando que el mal sabor de boca que siento desaparezca. De nuevo, siento como si le estuviera siendo infiel a Maya, cuando ni estamos juntos, ni estoy con Susan. Puede que lo intentara, con todas mis fuerzas además, pero no funcionó porque no era capaz de sentir ni la mitad de lo que me hacía sentir la madre de mi hija.

Intenté acostarme con ella, y en el último momento, me eché atrás de nuevo, recuerdo que tuvimos una discusión porque no era capaz de hacerle entender que no me sentía bien utilizándola de esa manera. No le mentí en ningún momento, y sabía que luchaba por olvidar a una mujer que no correspondía mis sentimientos, y aunque

Susan hubiera sido la novia perfecta, mi corazón no latía acelerado en mi pecho al verla ni las mariposas revoloteaban en mi estómago ante su contacto, por lo que quedamos como amigos.

—Anthony —llama Maya trayéndome al presente—. ¿Estás bien?

Salgo de mi habitación con una sonrisa en los labios para que no se preocupe.

—Sí —asiento—. Era un amigo. —No sé porque miento, eso solo puede complicar las cosas—. He quedado para cenar, prometo volver pronto.

Algo parece cambiar en el ambiente, en ella, y me doy cuenta de que la he vuelto a cagar a lo grande. Me da la espalda y vuelve a sentarse en el sofá, coge una revista de maternidad y comienza a leer como si nada.

—No tienes que darme explicaciones —masculla—. No te las he pedido, además, no necesito niñera, no hace falta que te pases las noches conmigo. Si necesito ayuda, puedo llamar a tu madre, soy mayorcita para cuidarme por mí misma.

—Lo sé —intento calmar las aguas—. Sé que serás más que capaz de cuidar de ti y de Hope, de todos modos, continuaré haciéndolo porque es lo que deseo.

—Ya —muerde—. Si vuelves, hazme el favor de no hacer ruido —me pide sin mirarme—. Últimamente ya me cuesta conciliar el sueño, y si me despiertas, no podré volver a dormirme.

—Claro que voy a volver —exclamo—. Te he dicho que solo va a ser un rato.

Adelanto algo de trabajo, ya que no parece muy receptiva a continuar hablando. Cuando me doy cuenta, son las siete, me doy una ducha rápida, me visto con unos vaqueros y una camisa negra y salgo dispuesto a marcharme. Sigue sin mirarme y comienza a tocarme un poco la moral, aunque como prometí que iba a mantener la compostura, me muerdo la lengua.

—Puedes subir a cenar con mis padres o en la nevera ya hay algo preparado —le digo—. No te acuestes sin cenar, por favor.

—Soy capaz de cocinar. —Me mira por primera vez y tuerce el gesto al verme cambiado. Me dirijo a la salida, sus palabras me dejan inmóvil—. Dale recuerdos a Susan…

—Maya… —Alza la mano para silenciarme—. No es lo que piensas, si me dejas que te explique…

—Márchate, Anthony, o llegarás tarde —ordena interrumpiéndome—. A una mujer no se le deja esperando.

Capítulo 28

Maya

Verlo salir por la puerta es la confirmación que necesitaba para bajar de las nubes. Estas dos semanas a su lado han sido como un sueño, nos hemos convertido en compañeros de piso, Anthony no había vuelto a insistir con nuestro pasado y eso me había hecho bajar la guardia, hasta hoy. Supongo que ahora ya no necesita ocultarse, lo que no logro comprender es por qué me ha mentido cuando no le he reclamado nada en ningún momento, en realidad, ni antes ni ahora.

A pesar del dolor que siento, debería agradecerlo, de esa manera podré ver las cosas en perspectiva, Anthony solo me trata bien porque soy la madre de su hija, le preocupa el bienestar de ambas, no tengo que ver cosas donde no las hay. No puedo permitirme sentir más de lo necesario porque eso solo consigue hacerme sufrir, y cuando todo acabe, volveré a verme envuelta en esa oscuridad de la que llevo mucho tiempo tratando de escapar.

—Tengo que olvidarle —murmuro, mirando a mi alrededor, sintiéndome más sola que nunca—. Es solo el padre de mi hija, nada más.

◆◆◆

Seis semanas después…

El dolor de cabeza me está matando, pero no quiero decir nada. Puede ser una falsa alarma, prefiero esperar a que se pase, ya que

todavía quedan unas semanas para la llegada de Hope. Sin embargo, soy enfermera y sé que algo no va bien, conozco los síntomas y me debato entre si hablar o no, ya que el ambiente ha cambiado desde la noche que me di cuenta de que no podía vivir mi propio cuento de hadas.

Llevo una de mis manos a mi frente porque siento cada vez más presión y me asusto cuando me tambaleo, me cojo a lo más próximo que tengo, una de las cuatro sillas que acompañan a la mesa de la cocina que no solemos usar ya. Cierro los ojos con la esperanza de que todo se detenga, que solo sea cansancio, aunque por como me he levantado con los pies, manos y rostro de hinchados, ya no puedo obviar lo que me pasa.

—Dios mío —murmuro antes de vomitar lo poco que he desayunado, un frío horrible recorre mi cuerpo, aunque estoy sudando y me doy cuenta de que estoy a punto de desmayarme—. ¡Anthony! —grito lo más fuerte que puedo.

Caigo de rodillas en el momento que lo escucho llegar corriendo, sollozo agradecida de que haya escuchado mi llamada a la primera. He esperado demasiado y puedo pagar las consecuencias.

Siento cómo me tumba en el sofá muy despacio, todo a mi alrededor da vueltas, me esfuerzo para abrir mis ojos, lo veo mirarme aterrado.

—¿Qué va mal? —pregunta—. ¿Es la niña?

—Tienes que llevarme al hospital —respondo—. Creo que tengo preeclampsia.

—¿Cómo es posible? —cuestiona ceñudo—. En tu último examen todo estaba bien…

—Puede pasar en cualquier momento —replico, intentando incorporarme—. Hay que limpiar ese desastre…

—Olvídate de eso —exclama, cogiéndome en brazos—. Puede hacerlo mi madre antes de seguirnos al hospital.

Sube las escaleras mientras le digo que voy a necesitar la maleta que tenía preparada con todas las cosas de Hope y mías. De nuevo, parece que no me escucha porque solo está centrado en buscar ayuda. Sin detenerse, le pide a su madre que coja mis cosas, que por favor limpie el desastre y que acudan lo antes posible.

Una vez en el coche, intento tranquilizarme con la esperanza de que eso sirva de algo, ¿cómo he podido ser tan imbécil como para no darle la importancia a los síntomas tan claros que tengo?

—Llegaremos enseguida —dice Anthony sin despegar los ojos de la carretera—. Aguanta.

—Necesito decirte una cosa —me mira de reojo, asiente—. En caso de que algo se complique, ya he dejado firmado que sea a Hope quien se salve.

—¿Te has vuelto loca? —alza la voz, mirándome horrorizado—. ¿Cuándo has decidido semejante locura? Los médicos tienen la obligación de salvaros a los dos y no pienso permitir otra cosa.

—Por supuesto que harán todo lo posible, pero en el caso de que haya que elegir, te lo he puesto fácil, será a Hope porque ese es mi deseo. ¿Crees que podría vivir sabiendo que ha sido a costa de mi propia hija?

—¿Y yo tendré que vivir con el hecho de haberte perdido? —Me niego a que semejante comentario me afecte.

—Tendrás a Hope —rebato empecinada.

Aprieta el volante con fuerza, ya no dice nada más. Cuando aparece el hospital frente a mis ojos, suspiro aliviada. Me ayuda a bajar y no me suelta hasta que conseguimos una silla de ruedas, no importa que insista para andar, él ha tomado el mando y no va a permitir que sufra.

Como temía, tras hacerme unas pruebas, se confirma mi preeclampsia y van a llevarme a quirófano de inmediato para una cesárea de emergencia, no pueden dejar que me siga subiendo la tensión, es demasiado peligroso tanto para mi hija como para mí. Todos los Sinclair llegan al completo, me deja más tranquila saber que Anthony no va a estar solo mientras espera por nosotras, no le permiten entrar y me siento mal por ello, ya que me hubiera gustado poder compartir un momento tan mágico con él.

—Todo va a estar bien —me susurra mientras aparta mi cabello de mi frente sudorosa—. Lamento que no me dejen entrar contigo.

—Más lo lamento yo —replico—. Hasta dentro de un rato. No te olvides de lo que te he dicho —inquiero cuando llegan a por mí—. Por favor…

—Procura volver, porque, si no, me voy a cabrear —rebate—. Tengo muchos planes, así que vuelve, ¿de acuerdo? —intenta bromear, no lo consigue, veo el miedo en sus ojos, el rostro de los demás también demuestra lo preocupados que están ante esta situación.

Sin embargo, yo no estoy asustada, estoy ansiosa por ver la carita de mi hija, y por saberla a salvo sobre todo. Una vez sepa que Hope está sana y salva, lo demás dejará de importar. No dejo de mirarlo hasta que las puertas de quirófano nos separan, ya que quiero ser capaz de recordar su rostro allá donde vaya. Intento parar de temblar, aunque no es algo que sea capaz de controlar.

En todo momento me explican lo que va a pasar, así que, cuando cierro los ojos preparada para que me seden, rezo a todos los dioses por volver a despertar.

◆◆◆

Al despertar, en lo primero que pienso es en mi hija.

—Tranquila. —Me giro para ver a Anthony a mi lado sonriéndome —. Bienvenida, señorita. Me has tenido preocupado.

—¿Qué ha pasado? —pregunto ceñuda—. ¿Dónde está Hope?

—En la incubadora —responde—. No te preocupes —me pide—. Está bien, solo quieren asegurarse. Es pequeñita pero perfecta, pronto podrás verla.

—Llévame con ella —exijo, intentando incorporarme, gimo por el dolor en mi vientre, Anthony me empuja con delicadeza para que vuelva a recostarme.

—¿Dónde crees que vas? —cuestiona incrédulo—. Acabas de dar a luz y no vas a moverte de la cama hasta que los doctores den el visto bueno.

—En realidad, no he hecho nada —rezongo—. Ni siquiera soy capaz de traer a mi hija al mundo como Dios manda.

—No vuelvas a decir algo así nunca más —amonesta—. Has arriesgado tu propia vida por la de Hope. ¿Cómo crees que me he sentido esperando para saber si ambas estabais bien?

—Lo lamento —replico, sabiendo el miedo que debe haber sentido—. ¿A quién se parece? —pregunto para cambiar de tema, la

verdad es que no me siento con fuerzas para comenzar a discutir.

—No sabría decirte —inquiere—. Mi madre dice que a mí —se encoge de hombros riendo eufórico—. Emma difiere y dice que es clavada a ti…

—¿Por qué no me llevas con ella aunque sea en silla de ruedas? —pregunto esperanzada, no creo poder esperar a que me la traigan, necesito verla y sostenerla entre mis brazos.

—Eres una enferma horrible —se burla—. ¿Sabes que podría vengarme por todas las veces que no me dejaste levantarme de la cama? —pregunta, alzando sus dos cejas a la vez en un gesto bastante cómico.

—No lo harás —replico convencida—. Anthony, he esperado casi nueve meses para verla… —intento convencerlo, aunque no parece que esté consiguiendo gran cosa.

La puerta se abre y mi ginecóloga entra sonriente.

—Me alegra que ya hayas despertado —dice—. Todo ha salido bien, aunque en un primer momento me preocupó mucho tu estado. Imagino que sabes cómo funciona, nada de embarazos en al menos dos años. —Nos observa a ambos—. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuándo podre ver a mi hija? —es lo único que quiero saber, lo demás me importa poco.

—En un rato la traerán —responde—. Quiero que pase estos tres días en la incubadora, al menos las noches. Cuando tu recibas el alta, consideraré si te la llevas o no.

—Has dicho que estaba bien —exclamo—. ¿Nos estás mintiendo?

—Maya —reprende Anthony—, ¿por qué haría eso?

—Déjala —pide la doctora—. Sus hormonas tardarán en relajarse, además, no hace nada fuera de lo normal. Es una madre protegiendo a su bebé. No estoy mintiendo, Maya, solo quiero estar segura de que Hope no se ha visto afectada de ningún modo. ¿Puedes entender eso?

—Lo comprendo —suspiro, tendré que armarme de paciencia, esperar a que sean ellos los que decidan cuándo es mejor que conozca a mi hija. No me gusta, pero el bienestar de mi pequeña es lo primero.

Cuando se marcha y volvemos a quedarnos solos, siento la mirada de Anthony sobre mí, parece que quiere preguntarme algo y no se atreve.

—Maya… —Alzo una ceja interrogante—. Toda mi familia está fuera. —Me tenso porque creo que sé por dónde va y no me gusta —. ¿No quieres que llame a tus padres? —pregunta con sumo cuidado.

—Te recuerdo que me echaron de su casa —replico—. ¿Crees que les va a importar que haya tenido una hija? Hace un año que no sé nada de ellos, Anthony.

—Tal vez, si intentas un acercamiento ahora que ha pasado el tiempo… —rebate—. Solo si quieres, por supuesto. Creo que Hope se merece conocer a sus abuelos maternos.

Durante lo que parece una eternidad, lo pienso mientras él permanece en silencio, sin presionarme, sin insistir. ¿Debería al menos informarles? Lo cierto es que no creo que el padre de mi hija pueda llegar a imaginar cómo ha sido mi vida con mis padres, y no me había planteado la posibilidad de que estuvieran en la de Hope.

—¿Puedes darme el teléfono? —pregunto al fin, me lo tiende como si hubiera estado preparado para ello—. No te desilusiones si ni siquiera me lo cogen —lo digo más para mí misma que para él, después de todo son unos desconocidos.

—Si lo hacen, ellos se lo pierden —replica—. Me tienes a mí.

Capítulo 29

Maya

Intento que sus palabras no me afecten. Escucho el pitido al otro lado de la línea y mi corazón comienza a golpear con fuerza dentro de mi pecho, la ansiedad crece.

—¿Diga? —pregunta mi padre—. ¿Quién llama? —exige, alzando la voz.

—Papá, soy yo, Maya. —Silencio al otro lado de la linea—. Os llamo para deciros que acabo de tener a una hija.

Cuando creo que me ha colgado sin dirigirme una sola palabra, habla al fin.

—¿Te has casado? —cuestiona con frialdad—. ¿Llamas para restregarnos que continúas con tu vida como si la de Jason no se hubiera detenido?

—No, no lo he hecho. —Miro de reojo a Anthony, que frunce el ceño—. No es así —me defiendo dolida, odiando el hecho de haberles llamado porque está empañando uno de los momentos más bonitos de mi vida.

—Ya —masculla—. ¿Para qué llamas entonces? ¿No será para que te cuidemos a la mocosa? —aprieto con fuerza la mano con la que sostengo el teléfono.

—Por supuesto que no, papás —replico, mordiendo las palabras— Seríais los últimos con los quien dejaría a Hope. Ella tiene un padre, unos tíos y unos abuelos que la aman.

—Pues muy bien, no vuelvas a llamar entonces —sentencia, colgando sin darme opción a replicar.

Intento ocultar el hecho de que me duele, consiguen hacerme daño a pesar de que lucho contra ello todos los días. Estoy acostumbrada a su indiferencia, pero que ni siquiera quieran conocer a mi hija, a su nieta…, es algo que jamás podré perdonarles. Le devuelvo el móvil a Anthony mientras miro por la ventana para que no sea capaz de ver el dolor en mis ojos.

—Lo siento —se disculpa—. No debería haberte dicho que los llamaras.

—No me has obligado a hacerlo —le miro—. Ha sido la última vez, ¿lo entiendes? —Asiente, mirándome apenado, odio eso—. No quiero volver a saber de ellos. Si no quieren conocer a Hope, mejor para ella, a la larga le hubieran hecho daño, están podridos, Anthony.

—No puedo comprender cómo son capaces de darte la espalda —dice furioso—. ¿Cómo se atreven? Eres la mujer más generosa que he conocido, puede que tu carácter no ayude a que la gente te conozca, pero, joder, eres su hija.

—He dejado de intentar entenderlo —miento—. No te sulfures, no merece la pena.

—¿Cómo quieres que no me enfurezca cuando los padres de la mujer que amo la desprecian?, ¿cuando también lo hacen con mi hija? —cuestiona, alzando la voz, pasea por la habitación como un animal enjaulado.

La puerta se abre y aparecen los Sinclair al completo. Emma se acerca y me abraza, no pierdo de vista a los hermanos, que se mantienen al margen.

—¿Por qué gritas, hijo? —amonesta el señor Sinclair.

—No pasa nada, papá —masculla.

—Pues, entonces, deja de gritar a la muchacha —sigue reprendiendo—. Acaba de dar a luz a tu hija, ¿en qué demonios estás pensando?

—No pasa nada —intervengo, todos me miran, Emma me abraza como si tuviera que protegerme de algo, no puedo permitir que piensen que Anthony tiene la culpa de algo porque no es así—. No me gritaba a mí. He llamado a mis padres, no quieren verme, y mucho menos conocer a Hope.

—¿Cómo se atreven? —grita Diane—. Eres su hija —añade anonadada, como si no pudiera comprender que hay padres que son incapaces de comportarse como tal—. ¿Cómo pueden darte la espalda?

—No debéis preocuparos —me encojo de hombros, no me gusta hablar sobre esto, ya que es algo que me gustaría superar, tengo la esperanza de conseguirlo algún día.

—Perdona que diga esto —interrumpe Ethan—; tus padres son unos mierdas. —Diane lo golpea, él no se inmuta—. Ellos se lo pierden —se encoge de hombros—. A Hope jamás le va a faltar amor, ni una familia que la apoye y proteja, y a ti tampoco —añade.

—Gracias —replico azorada—. De verdad, no dejéis que ellos empañen este momento. Los he llamado porque no quería el arrepentimiento o la culpa.

—Hemos entrado para verte, y darte la enhorabuena —dice el señor Sinclair—. Hope es preciosa. Gracias por este regalo, ahora vamos a dejaros porque creo que tenéis mucho de qué hablar.

Uno a uno se despiden. Al cerrarse la puerta me doy cuenta de que Anthony mira por la ventana, las manos en los bolsillos. No puedo evitar preguntarme qué es lo que está pensando. Parece más calmado, pero al no poder ver sus ojos, no soy capaz de adivinar qué pasa por su mente.

—¿Qué quieres hacer a partir de ahora, Maya? —se gira al fin para mirarme.

—¿A qué te refieres? —cuestiono—. Creí que la compra de la casa…

—Eso está zanjado —interrumpe—. Me hubiera gustado poder hacer la mudanza antes del nacimiento de Hope, aunque no es un problema realmente. Mi pregunta es… qué quieres hacer respecto a nosotros.

—Anthony… —comienzo a decir muy nerviosa, sabía que este momento iba a llegar…

—Te amo, Maya, nunca he dejado de hacerlo. —Mis ojos se humedecen—. Estos meses he mantenido las distancias porque no parecías dispuesta a entender que entre Susan y yo nunca ha

existido nada, al menos, por mi parte. Lo intenté —añade entre dientes—. Te juro que lo hice, pero no fui capaz.

—Nunca tuve derecho a reprocharte nada, aunque lo he hecho en innumerables ocasiones —le digo avergonzada—. Quiero que sepas que si me sentía así es porque… —suspiro, intento reunir el valor necesario para pronunciar las palabras—. Me enamoré de ti hace mucho tiempo, Anthony Sinclair.

Masculla una maldición antes de caminar con decisión hacía mí, tomar mi rostro entre sus manos temblorosas, y tras mirarnos por lo que parece una eternidad, se apodera de mis labios y lo recibo gustosa. Al confesar lo que he intentado obviar por tanto tiempo, me siento liberada, como si una gran losa hubiera desaparecido de encima de mis hombros. Ese peso que me aplastaba, que me asfixiaba, ya no existe, y, a pesar de que respondo gustosa, no puedo evitar sonreír. Por supuesto lo nota y se aleja unos centímetros de mí.

—¿Qué te hace tanta gracias? —pregunta con la voz enronquecida—. ¿Sabes lo que me has hecho pasar? —Ya no percibo resentimiento, y eso alivia mi corazón.

—Soy libre —exclamo—. Me he quitado esa coraza, soy capaz de decirte que te amo y que quiero pasar toda mi vida a tu lado, si me lo permites, claro.

—¿Si te lo permito? —cuestiona incrédulo—. Maldita sea, Maya. Llevo más de tres años soñando con ello. —Vuelve a besarme—. Quiero pasar lo que me quede en este mundo a tu lado. ¿No más malos entendidos? —Niego riendo y llorando a la vez, seca mis lágrimas con los pulgares—. ¿Me escucharás y no sacarás conclusiones precipitadas?

—Prometo que lo haré —sentencio—. Aunque no prometo dejar de ser celosa, creo que es mi carácter latino —me encojo de hombros—. ¿Podrás soportarme?

Epílogo

Anthony Sinclair.

Un año más tarde…

La pregunta que me hizo Maya aquel día en el hospital jamás se la respondí, ya que se lo demuestro en todo momento. Cada persona tiene su carácter, el de ella es combativo porque así creció, aunque poco a poco y, sobre todo, gracias a Hope eso está cambiando.

Se ha dado cuanta de que existe otra manera, que el amor existe y que es merecedora de ello. En cuanto salimos del hospital con Hope entre nuestros brazos, mi familia nos ayudó con la mudanza y hoy somos los encargados de preparar la barbacoa en nuestra propia casa.

—Mira cómo juegan —dice maravillada al ver a los mellizos, a Giselle y nuestra hija disfrutar—. Me encanta contemplarlos.

—Crecen rápido —susurro, abrazándola y dejando un beso suave en su cabello—. Giselle —me río—. Parece que fue ayer cuando nació, y mira cómo Hope intenta seguirlos.

Mi padre la lleva cogida de las manos para que no caiga, pues todavía la vemos un poquito verde para que camine sola. Los mellizos, sentados en una manta en el césped, juegan a quitarse los juguetes el uno al otro, va perdiendo Evan claramente.

—¿Dónde se han metido Alex y Scott? —pregunta extrañada—. ¿Les has llamado?

—Sí, mi hermano me ha dicho que se retrasaran un poco, pero que no nos preocupemos —me encojo de hombros—. En breve me

pondré con la barbacoa. Estoy seguro de que llegarán a tiempo, siempre lo hacen.

Alza la mirada hacia mí y me dedica una sonrisa tan dulce, en sus ojos puedo ver el amor que siente por mí, que ahora se permite sentir sin restricciones. Doy gracias al cielo de que aquella noche en la que decidí que debía cortar todo lazo con Susan para darle una oportunidad más al amor de mi vida todo salió bien. La muchacha que había estado a mi lado en los meses más oscuros de mi vida aceptó con pena mi decisión, la comprendió y me deseó lo mejor para el futuro.

Mentiría si dijera que no la recuerdo de vez en cuando, me pregunto qué ha sido de su vida, y deseo que sea tan feliz como yo. No seguimos en contacto porque así me lo pidió, me dijo que necesitaría tiempo para olvidarme y que, mientras tanto, necesitaba no saber de mí. Lo respeto y acepto, solo espero saber de Susan alguna vez.

—¿En qué piensas? —pregunta acariciando mi barbilla—. Te has puesto serio de repente…

—En nada. —La beso de nuevo, es uno de mis pasatiempos favoritos—. Voy a ponerme con la comida. ¿Puedes quedarte con Hope y así mi padre deja de escaquearse? —pregunto en el momento que pasan cerca de nosotros.

—Te he oído, mocoso —se carcajea—. Hope, deja que el abuelo ayude a tu papá. —La niña hace un mohín dejando claro que no está muy conforme, y se deja arropar por los brazos de su madre.

Nos alejamos mientras observo cómo Maya se une a Emma y mi madre, deja a Hope junto a los mellizos y comienzan a hablar animadamente.

—Deja de vigilarla —replica mi padre—. No va a perderse…

—Muy gracioso —mascullo, ayudándole a preparar la carne y las verduras—. Es una costumbre, ¿vale? —me defiendo—. Ha sanado, ¿verdad?

—Ya no tiene esa sombra sobre ella —asiente—. Sonríe, se deja arropar por la familia —enumera—. Creo que ha mejorado mucho, y todo es gracias a ti y a Hope, por supuesto.

—Todos los días doy gracias a Dios porque ese día me aventuré a intentarlo por última vez; seguramente, si no lo hubiera hecho, ella jamás me hubiera dicho nada. Ahora estaríamos separados, unidos solo por nuestra hija en común.

Pensar en semejante panorama me pone los pelos de punta; muchas noches, ya en la cama, imagino cuán distinta hubiera sido nuestra vida y me mantiene despierto durante horas. Por eso, aunque Maya no lo sabe, hoy es un día especial, no solo una comida familiar.

—Mira hacia el futuro, hijo, siempre hacía delante —aconseja—. ¿Lo tienes todo preparado?

—Sí —susurro, asegurándome de que nadie nos escucha—. Alex ha pasado a recogerlo, he tenido que mentir, es la única manera de que no me descubra antes de tiempo.

—Bien —asiente sonriente—. Pues preparemos la comida, todo tiene que salir perfecto.

Nos ponemos manos a la obra, la mesa ya está puesta, todos sentados salvo mi mellizo y mi cuñado, y comienzo a ponerme nervioso porque tardan demasiado. Cuando los veo aparecer por la puerta, porque ha sido Ethan quien ha escuchado el timbre, cuando al fin se acercan a mí, siento ganas de matarlo.

—Hola, hermanito. —Esa sonrisa picará que pocas veces es sincera como hoy—. Tengo lo tuyo —susurra como si estuviéramos hablando de algo ilegal.

—Voy a matarte —mascullo entre dientes mientras disimulo—. ¿Todo bien?

—Perfecto —interviene Scott, que parece estar pasándoselo de lo lindo—. ¿Preparado?

—Estoy acojonado, con Maya nunca sabes por dónde va a salir —reconozco.

—Tonterías —rebate—. Ya lo tenéis todo superado, ahora es el momento de dar un paso más.

Mi hermano pasa un brazo por sus hombros, comparten una mirada como si fueran capaces de entenderse, siempre he pensado que lo hacen. Debería estar acostumbrado, pero no creo que jamás lo logre.

—Sentémonos a comer —ordena mi madre, poniendo orden como cuando éramos pequeños—. ¿Qué cuchicheáis vosotros tres? —pregunta, acercándose a nosotros.

—Nada, querida suegra —la abraza Scott y se la lleva hacia la mesa. Nosotros les seguimos, no sin darme antes mi hermano una pequeña caja disimuladamente, que escondo en el bolsillo de mi pantalón.

La comida trascurre con normalidad; charlas, risas y bromas. Hasta que Alex pide un minuto de silencio, lo miro horrorizado, por su parte, no pierde la sonrisa.

—Scott y yo queremos aprovechar que estamos todos para anunciar que estamos en trámites para aumentar la familia —exclama, todos nos sorprendemos porque ha sido algo que han llevado en secreto, y nos alegramos muchísimo, contamos los días para la llegada del nuevo integrante.

Mi padre, un rato después, carraspea varias veces llamando mi atención, hace un gesto sutil animándome a hacer lo que llevo tiempo planeando. Solo él, Alex y Scott lo saben, no porque no confíe en los demás, solo que no quería que todos lo supieran y alguno pudiera irse de la lengua sin querer.

—Yo también tengo algo que decir —alzo la voz para que me escuchen, Maya me mira ceñuda sin comprender nada—. Primero que nada, espero que sepáis lo feliz que nos hace teneros en nuestra casa.

—Venga ya —exclama Alex—. Ve al grano, maldita sea. No es tan difícil.

—Maya. —Me mira expectante, la insto a que se levante como lo hago yo, no se opone—. Tengo que preguntarte algo…

—¿De qué se trata? —cuestiona—. Me estás asustando.

Escucho el grito de sorpresa de mi madre en cuanto muestro la cajita de terciopelo de color burdeos. La madre de mi hija desciende la mirada y la observa con la boca abierta, después vuelve su mirada hacía mí. Sonrío con nerviosismo, la abro mostrándole el anillo de compromiso que he creído que es perfecto para ella. Una fina alianza con un pequeño diamante, nada muy ostentoso, el silencio

es abrumador, tanto que creo que soy capaz de escuchar mi propio corazón.

—Maya, ¿quieres casarte conmigo? —pregunto, intentando que mi voz no tiemble.

Sus ojos se empañan, su labio inferior tiembla y temo que su respuesta sea negativa. Intento mantener la calma y esperar a que responda, ya que no quiero agobiarla exigiendo algo para lo que no esté preparada.

—¿Cómo lo has hecho para que no me entere? —pregunta con voz temblorosa por la emoción.

—¡Le hemos ayudado! —interviene Scott—. Haz el favor de responder, por el amor de Dios, va a darme un infarto.

A pesar del miedo que me invade, estallo en carcajadas como todos los demás, incluida la mujer que tengo delante. Me mira a los ojos y contengo la respiración preparándome para lo que sea que esté por venir.

—Sí —asiente, y suelto todo el aire que estaba conteniendo—. Me casaré contigo.

Vítores y gritos de enhorabuena resuenan en nuestro jardín. Coloco el anillo en su dedo y se lanza a mis brazos. La beso mientras siento cómo sus lágrimas bañan nuestros labios, todos se acercan, nos abrazan quedando nosotros en medio riendo dichosos.

Horas después, con todo recogido, la euforia del momento templada, y con ayuda de mi madre, que se queda con Hope, decidimos dar una vuelta por el bosquecillo que nos rodea. Maya siempre me ha parecido hermosa, pero hoy, justo ahora, me parece incluso irreal.

Lleva un vestido blanco veraniego hasta los pies con su cabello castaño suelto mientras la brisa de la tarde lo sacude. Cogidos de la mano, disfrutamos de nuestra mutua compañía, yo de vez en cuando no puedo evitar mirar el anillo que adorna su dedo. Parece darse cuenta, se detiene frente a mí, los últimos rayos de sol tras ella le confieren un aspecto casi etéreo.

—Gracias —susurra, acaricio su rostro—. Gracias por elegirme para unir tu vida a la mía. Por ser mi mejor amigo, mi compañero, mi confidente y el padre de mi hija.

—Wowww —exclamo, intentando no emocionarme—. Lo mismo digo, cariño. —Nos abrazamos, su cabeza en mi pecho, le encanta hacerlo porque dice que así siente a Jason más cerca—. Gracias por aceptarme. Prometo hacerte feliz, Maya —susurro, contemplando cómo el sol se oculta.

Una promesa que pretendo cumplir hasta mi último aliento.

—Te amo, Anthony —alza su rostro para mirarme—. Ya me haces muy feliz, jamás pensé que pudiera vivir este modo, tú me has salvado incluso de mí misma.

—Te amo, Maya —replico sonriendo—. Fuiste mi luz al final de un túnel largo y oscuro. No ha sido fácil. —Ella se ríe avergonzada, puedo ver en sus preciosos ojos el arrepentimiento—. Ha merecido la pena. Hemos llegado hasta aquí y ahora tenemos un futuro por delante.

—Solo contigo —sentencia—. Junto a nuestra hija, con nuestra familia…

Asiento complacido, no decimos una palabra más, sobran entre nosotros. Ambos sabemos lo que sentimos, lo que esperamos compartir y lucharemos por ello el resto de nuestra vida. Quiero darle a mi hija todo lo que yo tuve, unos padres que se quieren y respetan, compañeros de viaje que han decido unir sus destinos porque así lo sienten, solo así, cuando crezca, será capaz de buscar y encontrar algo por lo que merezca la pena luchar.

Cuando comienza a oscurecer, regresamos a casa a paso lento, sabiendo que ya tenemos todo lo que una vez anhelamos y creímos haber perdido.

Ahora, un futuro nuevo se abre ante nosotros, un futuro que no me asusta, no mientras tenga al amor de mi vida a mi lado.

Agradecimientos.

Ahora sí que los Sinclair han llegado a su fin.

Anthony ha encontrado su hogar, su lugar seguro al lado de Maya, lo supo de inmediato, y aunque su camino no ha sido fácil, lo han conseguido; no se rindió con su enfermedad y no lo ha hecho con la mujer que le había robado su maltrecho corazón tiempo atrás.

Como sabéis, Jeanne Parker nació para dar voz a todas las historias de amor contemporáneas que tal vez como Jane Mackenna no llegan a los lectores como deberían. Sin embargo, espero que disfrutéis de ambas facetas, tanto la de escritora de romance histórico escocés, como de *new adult*.

Me gustaría poder seguir dándoles voz a diferentes géneros, diferentes personajes, solo rezo estar a la altura y que disfrutéis con ellos. Gracias por acompañarme en esta nueva aventura, porque sin vuestro apoyo, no podría continuar, ni siquiera me hubiera aventurado a esta nueva etapa. Espero que los Sinclair os hayan gustado, hayáis reído, llorado y enfurecido como lo he hecho yo en cada momento. Si lo he conseguido, me doy por satisfecha.

¿Nos vemos en la próxima aventura? Confieso que me siento impaciente y a la vez emocionada.